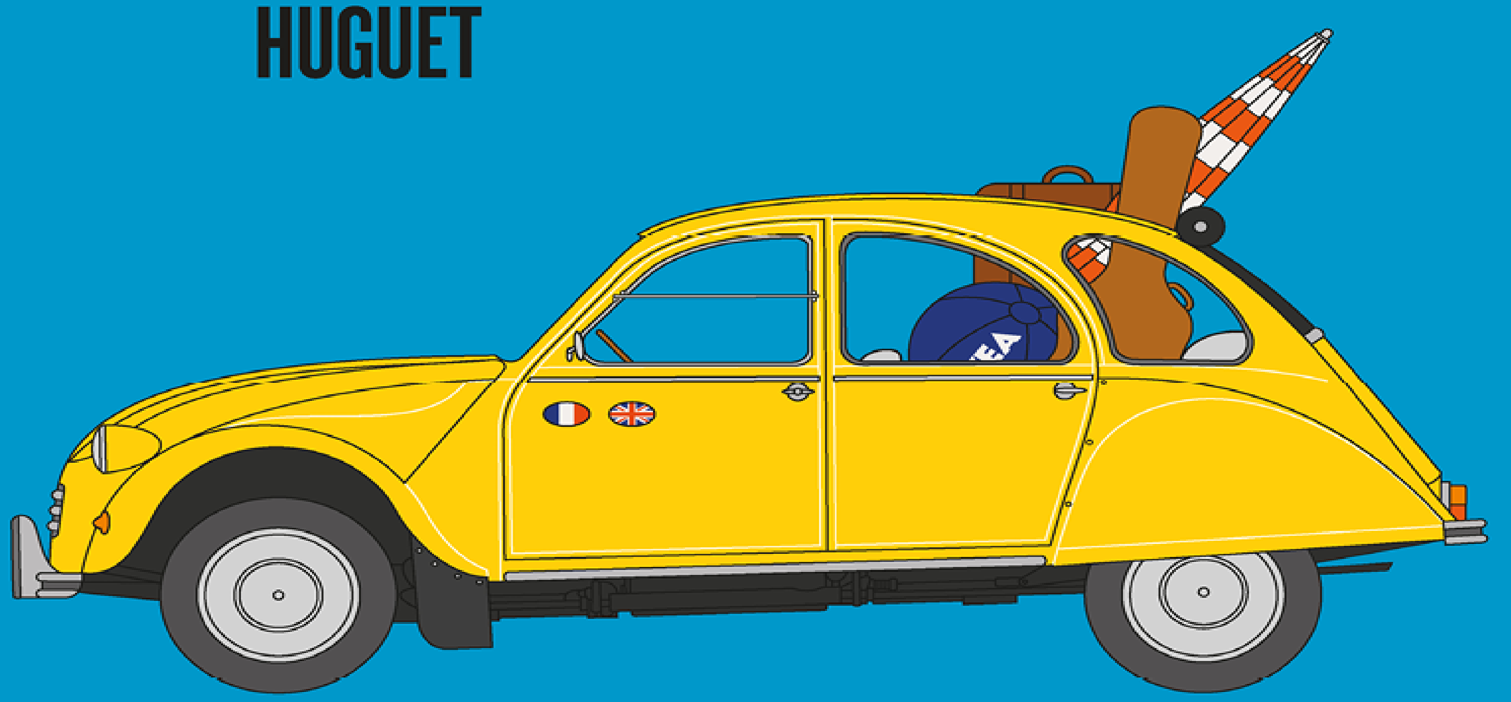
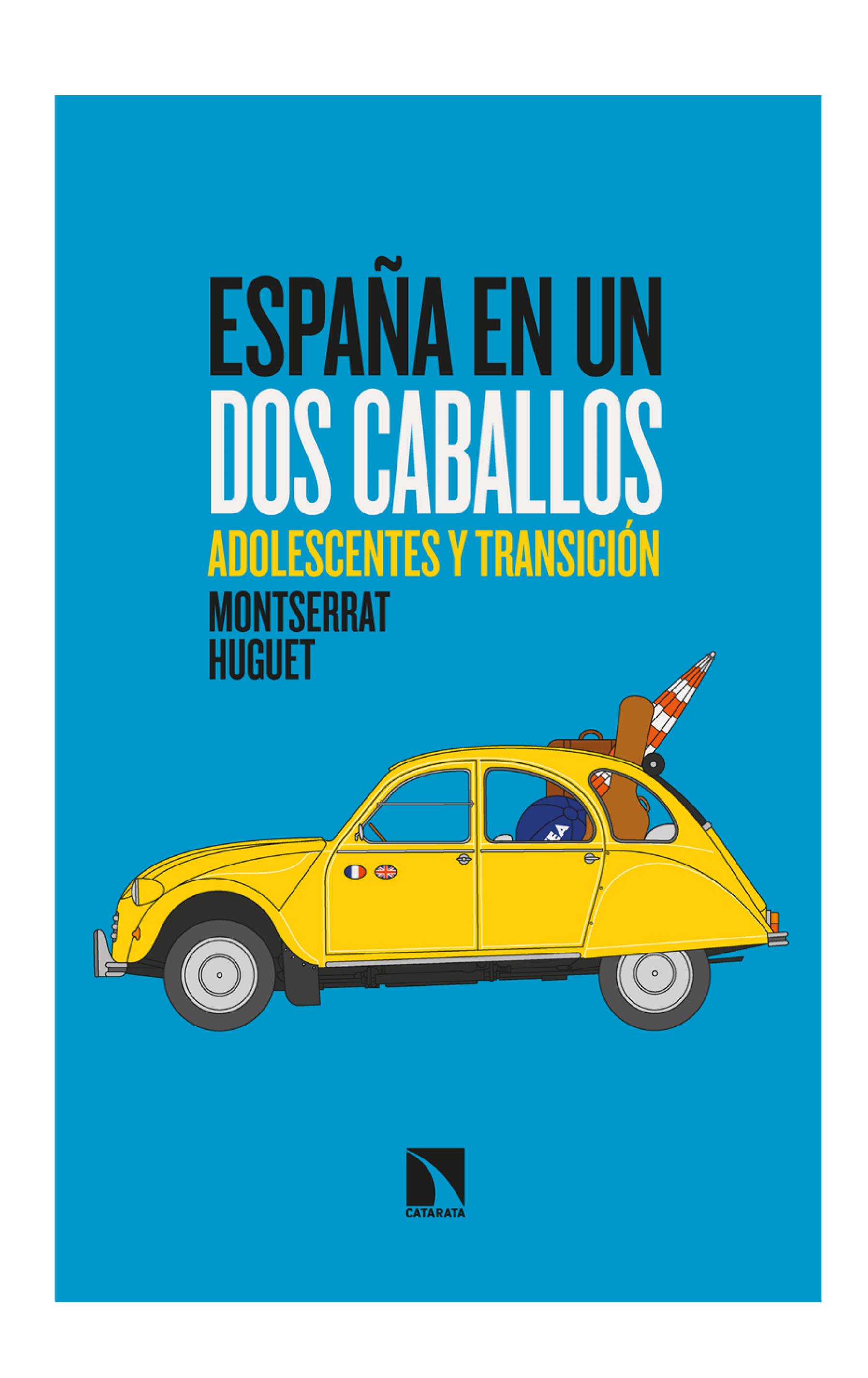
ESPAÑA EN UN DOS CABALLOS

ADOLESCENTES Y TRANSICIÓN

MONTSERRAT HUGUET






ESPAÑA EN UN
DOS CABALLOS
ADOLESCENTES Y TRANSICIÓN
MONTSERRAT
HUGUET
CATARATA



MONTSERRAT HUGUET

Doctora en Historia Contemporánea y profesora, catedrática acreditada, en la Universidad Carlos III de Madrid. En la actualidad es directora del Instituto de Estudios Internacionales y Europeos Francisco de Vitoria de la misma universidad. Autora de numerosos textos académicos y de alta divulgación a propósito de la historia y la sociedad contemporánea, entre sus últimos libros publicados destacan los siguientes: Washington, la ciudad del barro y los esclavos (2020), La España del Seiscientos: memoria de la generación de los sesenta (2019), Miradas encontradas. Sociedades y ciudadanías de España y Estados Unidos (2019), Iconos del futuro. A propósito de lo moderno en el mundo contemporáneo (2017), Londres, el año de la amapola (2017), Breve historia de la guerra de la Independencia de los Estados Unidos (2017) y Estados Unidos en secesión. De la comunidad de americanos a la sociedad estadounidense (2016).

Montserrat Huguet

España en un dos caballos

ADOLESCENTES Y TRANSICIÓN



DISEÑO DE CUBIERTA: PABLO NANCLARES

FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

ESPAÑA EN UN DOS CABALLOS.
ADOLESCENTES Y TRANSICIÓN

ISBNE: 978-84-1352-213-5
ISBN: 978-84-1352-196-1
DEPÓSITO LEGAL: M-5.796-2021
THEMA: HBTB/3JKJ/BM

A los que merecían un país mejor.

A los que se esforzaron por dárselo.

CAPÍTULO 1

LA HABITACIÓN EN QUILLA

A comienzos de los años setenta mi familia se había mudado de un barrio modesto en la zona de Carabanchel a otro, en la Dehesa de la Villa. A fin de cuentas, casi todo lo que tiene que ver con la experiencia del hombre en los tiempos modernos ha entrañado abandonar un sitio y trasladarse a otro en un intento de hacer posibles sus "grandes esperanzas". En ocasiones el camino en sí sustancia el grueso de las expectativas. En otras —como era el caso— la proximidad entre los puntos de origen y destino, ambos en la misma ciudad, alivia el esfuerzo inherente a cualquier tránsito. El nuevo barrio al que nos mudamos lo era con todas las letras. Se distinguía de lo que entendíamos entonces por barriada. A diferencia de estas, con bloques de ladrillo visto hincados en la arena, en el barrio (que en su día fue barriada) había viales bien articulados en el tejido de la ciudad, con sus tiendecitas a pie de calle, comercio especializado y portales en hilera. Mi familia era el ejemplo de las que salían del área obrera de la periferia de la ciudad de Madrid y elevaba sus expectativas empadronándose en una zona "mejor". Ahora vivíamos con cierto desahogo, que para nosotros era puro confort. Hoy, *confort* es un término pasado de moda, pero en los setenta evocaba elementos de bienestar muy precisos: habitaciones más grandes y luminosas, muebles sencillos pero cómodos, y acceso al transporte urbano. El piso nuevo era moderno y tenía portero físico, de los de mono azul por la mañana y traje gris con doble abotonadura por la tarde. Enseguida se instaló un portero automático. Su recuerdo me remite al empresario Canivell, o lo que es lo mismo, a José Sazatornil, personaje central berlanguiano de *La escopeta nacional*, empeñado en trabar contactos con políticos en una hilarante cacería, a fin de conseguir un contrato de instalación de porteros automáticos y así dar un pelotazo. En el posfranquismo se trababan acuerdos empresariales a la sombra del chanchullo.

Hecha a entrar y salir de casa por un portal canijo que daba directamente al tramo de escalera, a comienzos de los setenta me alucinaban las dimensiones y vericuetos del magnífico portal de un inmueble con nada menos que cuatro ascensores. Estaba acondicionado con mullidos sofás de cuero bueno, y tenía un largo mostrador de madera barnizada tras el que se guarecía el empleado de la finca en la jornada vespertina. Semejante portal me parecía el palacio de La Granja. Con su traje perfectamente planchado, nuestro portero —un hombre enjuto y de buen carácter, con los ojos pequeños y tan azules como dos calas de la Costa Brava— lucía como un mariscal de campo: los botones plateados por medallas, y los zapatos de cordones tan lustrosos que cuando se doblaba (padecía del estómago, por lo que era habitual que hiciera de su cintura un gozne) podía verse la cara reflejada en la puntera. Los sillones del portal, amarillo mostaza, se agrupaban en ambientes en torno a mesitas de cristal y hierro dorado. Este mobiliario cumplió su función durante unos años, pero con la crisis de finales de los setenta alguien se los llevó. Hubo que reponerlos y fijar al suelo los nuevos.

Tras más de diez años yendo y viniendo de casa al trabajo, de una zona de la ciudad a otra, mi padre había conseguido una vivienda a un kilómetro escaso del empleo. Había gestionado la compra un poco de tapadillo, según él para darnos una alegría, acumulando durante meses la ilusión de poder impresionarnos en el momento preciso. Los padres de esa época eran mucho de tomar ellos solos las decisiones, lo que a veces les salía bien y otras resultaba un desastre. Se les había educado para que sacaran solos las castañas del fuego a la familia, una condición desde la que perfeccionaban sus actitudes protectoras. A mi padre le gustaba sorprendernos más que nada en el mundo. Un día aparecía por casa con una guitarra que alguien le había regalado a cambio de cualquier servicio profesional, otro con un puñado de libros encuadernados o con un juego de café de porcelana de Macao, procedente de vaya usted a saber dónde. Aunque debía olerse algo (a fin de cuentas, no era tonta) al entrar por la puerta de la que iba a ser su nueva casa, mi madre hizo como si se quedara perpleja: felicísima, desde luego, pero al mismo tiempo ceñuda. La vivienda era una maravilla según el rango de nuestras expectativas: nueva, con calefacción central, toda exterior y con una terraza que daba a la vía principal. Hasta un tendedero abierto a un patio interior tenía. Los muebles de cocina eran de última generación y había un vestíbulo hermoso con su armario empotrado. El piso tenía puertas de madera

oscura que olían a barniz y en los techos se veían molduritas de escayola que, aunque en los setenta se iban pasando de moda, seguían marcando la diferencia entre las casas buenas y las que no, razón por la cual, en algunas de estas últimas, las señoras se empeñaran en ponerlas.

Pero fue entrar en la vivienda y mi madre se topó rápidamente con el defecto que habría de mortificarla durante los tres lustros que vivió allí. El piso era esquinado, por lo que una de las tres habitaciones dormitorio tenía una forma de quilla cuyo descubrimiento tiró por los suelos el resto de las virtudes de la casa. Muy rígida en su concepción de las cosas, lo único que a mi madre se le vino a la mente fue la idea de que ese cuarto era "imposible" de amueblar, por lo que no le servía para nada. En realidad, era una habitación exterior holgada y con mucha luz natural que, en los planes maternos, debía desempeñar la función del llamado cuarto de estar. Otra persona hubiera visto en ella el encanto del reto de encontrar muebles adecuados, pero a mi madre —proclive a la consternación— le pareció que con esta "tara" le endosaban un quebradero de cabeza de esos que le amargan a uno la vida. De manera que no pasó día en que no le recordara a mi padre, y de paso a los demás, el error de comprometer sin consultárselo a ella todos los ahorros familiares en la entrada de una casa imperfecta. Al fin, hubo de darse por enterada de que había sido precisamente esta peculiaridad de la vivienda la que, al rebajar el precio del piso, había hecho posible su compra.

Mis padres, como muchos matrimonios hechos a comienzos de la década previa, le veían ventajas a casi todo lo que implicara algo más de confort. Venían de una época con escasez de vivienda, en que las casas se ampliaban a pegote limpio, pareciendo siempre al retortero: las paredes mustias y repintadas, los tabiques huecos y no muy rectos. Incluso con el inconveniente de tener que hacer vida en una habitación con forma de punta de lanza invertida, la iniciativa paterna supuso una oportunidad cazada al vuelo para sacar a la familia de una barriada que, en los setenta, se deterioraba a ojos vistas. Todos habíamos ganado con el cambio. Mi padre algo de sosiego a la hora de la comida y la familia un entorno más grato y apacible para mejorar nuestras expectativas. La habitación en quilla, que así la llamábamos, fue el escenario al que asocio mi adolescencia en Transición, el lugar en el que se hacía casi toda la vida de casa: se comía, se discutía, se veía la televisión, se resolvían los ejercicios de clase. En los primeros tiempos solo las visitas

tenían acceso al bonito salón con terraza. Y fue en el cuarto de quilla donde nos agazapamos los miembros de la familia la noche del 23 de febrero del 81, el penúltimo de los inviernos que pasé en esta casa. En aquel cuartito nos sentíamos recogidos de las inclemencias del tiempo y de la historia, y cuando llegaba la hora de dormir hasta nos daba reparo salir de él.

Como tantas mujeres ya no muy jóvenes y con hijos adolescentes, mi madre a principios de los setenta experimentó un enorme vértigo. Entraba en los cuarenta, en esos días una edad respetable para las mujeres. La inseguridad personal, la falta de autoestima en la madurez, era para muchas amas de casa una segunda piel en la que se metían a pelo, sin ayuda de psicólogos ni terapias, y bajo la mirada escrutadora de las señoras mayores, que seguían sin perdonar ni una, o de las más jóvenes que, dispuestas a hacer borrón y cuenta nueva, les echaban en cara los modos anticuados y la dificultad manifiesta para salir de debajo del ala del esposo. Aunque aún no tenía una mirada formada sobre qué les pasaba a las mujeres casadas y con hijos, la adolescente que entonces era yo apreciaba que, en conjunto, lo pasaban más mal que bien. Se las veía con penas, en un sinvivir disgustado. A mi madre se le añadió la circunstancia de una mudanza de barrio, que no era en esos días un asunto trivial, habida cuenta de que las mujeres de a pie no se movían por la ciudad con la soltura de los maridos y los hijos.

De la noche a la mañana las promesas de bienestar quedaban opacadas por las consecuencias no presumidas de un traslado, para las que nadie te había preparado. De entrada, mi madre se encontró sola, sin la red de apoyo que constituían sus vecinas y hermanas, que antes vivían cerca. Aunque estuvieran de morros las unas con las otras, aunque se pusieran a caldo por un quítame allá esas penas, hermanas y cuñadas componían una red de experiencia compartida cosida desde la infancia. Todas, más o menos próximas afectivamente, compartían relatos de alegrías y de dramas, historias de la guerra y de la singular paz que les tocó en suerte. En los ratos en que se les olvidaba que estaban a malas, rememoraban sus vivencias de cuando iban con la comida para los familiares presos en Carabanchel, o de cuando esta o la otra enfermó y hubo que llevarla en volandas hasta la casa de socorro. Con el cambio de vivienda, mi madre se alejaba de unos relatos y un entorno en el que había aprendido a apañarse en su condición de ama de casa y de madre: la relación con los tenderos de proximidad, el mercado, el practicante, la escuela y la parroquia, o las camionetas que llevaban a Madrid.

En ese mundo, un poco como de pueblo, las mujeres estaban habituadas a salir al portal sin protocolos, a improvisar con cualquier cosa. Compraban lo justo y apañaban lo demás. Mi madre había trabajado en la posguerra siendo un comino de diez años en un taller de costura a cambio de nada, excepto de la oportunidad de aprender un oficio. Cosía de maravilla. Llegó a diseñar y confeccionar trajes de novia para las "señoras del centro", pero abandonó el oficio cuando se casó. Le amargaba haber tenido que dejarlo, aunque tampoco creo que hubiera sido capaz de apañarse dentro y fuera del hogar. Si cuando éramos pequeños veía con gusto el hecho de no trabajar fuera de casa, al hacernos grandes se reivindicó en cambio como una víctima. Era esbelta y muy delgada, la ropa le quedaba como un guante, y miraba con lupa lo que comía y lo que nos daba de comer. Por haberse criado en la verbena perpetua de una casa llena de hermanos, ahora elegía el silencio como signo de distinción. Se quejaba, con toda razón, de no haber tenido una infancia y una educación con las que haber exprimido su talento. Se reía de las cosas más tontas, y con los números era rápida como el diablo.

Sin educación apenas, las pillaba al vuelo y calculaba a cien por hora. Nos enseñó a leer y a escribir para que fuéramos ya sabidos a la escuela y así nos aprovechara mejor el tiempo. Tenía un gusto refinado en las cuestiones del vestir. Se fijaba en los detalles. La posguerra ilustró a las chicas para no desperdiciar energías en materia superflua. Respetaba sobremanera las matemáticas y prefería los periódicos a las revistas, que llevaban fotos y, como tal, restaban espacio a lo escrito, sinónimo del saber. En estados de holganza generosa, cuando éramos pequeños, nos dibujaba muñecas recortables para que las coloreásemos. Las muñecas tenían siempre ojos rasgados y una cabeza muy gorda. Era poco cantarina y carecía de dotes para entonar. Un sarampión agresivo le había dañado la audición, que fue perdiendo desde muy niña. Como oía solo regular dejó de ir a la iglesia. En la adolescencia, me vino de perlas aquella dejadez suya de los deberes religiosos. A los doce años me amparé en la desidia hacia la parroquia para rehusar también yo a ir a misa. El mal progresivo de la sordera, que una mala operación de tímpano apenas restañó, contribuía a su ensimismamiento y, de paso, a que en casa subiésemos más de lo aconsejable el volumen de la voz y de la tele.

Todos estos datos ayudan a hacerse cargo de lo que le iba a costar a mi madre ponerse a tono con los cambios en los años setenta. Se sentía orgullosa

de haber prosperado, siendo la única de una familia de siete que había logrado sobreponerse en la madurez a los efectos nefastos de una guerra que, para empezar, había desclasado a su familia, algo que no perdonaba. Republicanos y madrileños, en el orden que se prefiera, las milicias habían incautado no obstante a mis abuelos maternos la finca de la que vivían en el pueblo de Carabanchel, donde se ganaban la vida guardando automóviles y manteniendo animales de tiro, pues mi abuelo, al igual que su padre y su abuelo, se desempeñaba como veterinario. Tras al alzamiento militar los milicianos habían sacado a la familia a culatazo limpio y requisado las herramientas que eran su modo de vida. Mi abuelo y mis tíos mayores pasaron a servir en el ejército, y el resto de la familia, la abuela y los pequeños, salieron con lo puesto a buscar dónde meterse. Esto sí era una guerra. En el 39 ya no quedaba nada de lo que había sido un hogar feliz, sencillo y virtuoso, con gallinero y huerta. Una familia de la zona, franquista, había ocupado la vivienda y la finca. Años más tarde se daría la circunstancia de que yo compartiera pupitre con una nieta de aquella gente. Mi madre no soportaba cruzarse con la de mi amiga, que había sido beneficiaria de todo lo que a ella le habían quitado en su primera infancia. De puertas para afuera jamás dijo ni mu. En los setenta, mi madre sentía más si cabe el peso del miedo que la necesidad imperiosa de expresar su rabia, que solo sacó pasados los años y muy a destiempo.

Al cambiar de barrio mis padres tiraron la casa por la ventana. Del que les había acogido en sus primeros años de convivencia no querían llevarse ni el recuerdo. Malvendieron y regalaron muebles y objetos —que tampoco eran gran cosa— y hasta le endilgaron a alguien la maravillosa máquina de coser Singer con mueble de madera en la que mi madre nos cosía la ropa. Se había acabado la etapa de confeccionar prendas a medida. Ahora nos la comprábamos en los grandes almacenes. Si no recuerdo mal, solo se llevaron una pesada lámpara de techo de la que pendían lagrimones de cristal y que había que bruñir cada dos por tres. Los anticuarios están llenos de estas lámparas que, por su abundancia, ya nadie quiere. Como el piso estaba pintado en un blanco uniforme, al poco de instalarnos —siguiendo la tradición familiar— mis padres empapelaron las paredes. Según avanzaba la década comenzaban a llevarse los papeles decorados con diseños de figuras geométricas de gran tamaño, en tonos marrones, verdes y amarillos. Vistos hoy, incluso bajo la égida del *vintage*, resultan espantosos.

Para la nueva casa se hizo provisión de muebles en unas tiendas de gran tamaño y con exposición, sitas en alguna vía de acceso a Madrid. Estas naves comenzaban a emerger en los márgenes de las grandes ciudades, acompañando el ritmo de la construcción de viviendas de iniciativa privada. Los muebles nuevos tenían colores oscuros y eran de mayor tamaño que los de los sesenta. La pieza estrella era lo que entonces se denominaba librería, que ocupaba toda una pared, con sus baldas y tiradores metálicos, amén de las puertecitas correderas y alguna otra de cristal a modo de vitrina, a la que las señoras se ocupaban de dar vida coleccionando juegos de café que nunca se usaban y alguna vajilla para las ocasiones especiales. Los padres creían necesario adquirir colecciones de libros bien encuadernados, las "obras completas de la literatura universal", por ejemplo, con hojas de papel cebolla, cantos dorados y cubiertas de piel granate, verde o azul. Los estudiantes aportábamos a la biblioteca familiar los diccionarios (de latín, griego, inglés o francés), los libros de texto del bachillerato y los de la carrera más tarde, algunos de los cuales no eran bonitos, por lo que las madres los escamoteaban tras los encuadernados. A la expansión lectora ayudó el incremento del número de suscriptores de un club llamado Círculo de Lectores, muy importante sobre todo en las zonas rurales o donde había menos opciones de acceso a la venta en librerías. En los estantes más resguardados se colocaban figuritas de cerámica o supuesta porcelana china, que se iban regalando en ocasiones señaladas como los cumpleaños o el Día de la Madre. La mía era poco caprichosa, pero tenía debilidad por los relojes de péndulo de pared, y acabó teniendo uno, atendido puntualmente por el relojero del barrio, y al que tuvimos forzosamente que acostumbrarnos pues sonaba a las medias y las enteras. Ni de madrugada detenía su canto.

En el nuevo barrio había más negocios que en el antiguo. Los inmuebles, sostenidos entre sí por las medianas, tenían bajos con tiendas a ambos lados de los portales. Así, y a diferencia del antiguo, que se quedaba adormecido durante las horas centrales del día, en mi calle siempre había trasiego a cuenta del horario comercial. Las señoras que vivían en estos pisos hacían poca vida de puertas para afuera, y se trataban poco entre sí. Los pisos funcionaban como pequeños fuertes. Las mujeres ya no debían ocuparse de limpiar su lado del rellano y hasta las bolsas de basura las recogía el portero. Ahora no eran meras amas de casa sino señoras al frente de un hogar. En los inmuebles, como en los buques de pasajeros, los empleados desempeñaban la

función para la que habían sido contratados. Unos a las máquinas y otros al timón: la mujer del portero se ocupaba de limpiar las escaleras y los hijos de ambos, chiquillos en edad de estudiar como nosotros, ayudaban en la portería cuando regresaban del colegio. Siempre había algo que hacer: desde ordenar el correo de la mañana hasta ajustar alguna pieza del sistema de calefacción.

La vivienda del portero me producía una enorme curiosidad y no poca envidia, pues se ubicaba en lo que para mí en aquella época era el pedazo más apreciado —por más alto— de la finca: su azotea. Los vecinos no teníamos permiso para pasear por la amplia terraza, en mitad de la cual había una casa donde se alojaba el portero con su familia. Esta vivienda lo era en usufructo, por lo que los empleados de portería se pasaban la vida pagando las letras de otra casa, cuya localización era un misterio. Los porteros con este tipo de vivienda (otros seguían habitando porterías de entresuelo) cebaban la calefacción del inmueble para que el calor les llegase bien a ellos. En la cima del mundo las vistas eran de lujo, pero las inclemencias también. A cuenta de que el portero atizaba la caldera incluso bien entrado mayo, los vecinos de las plantas inferiores se quejaban de la sofoquina y el despilfarro, si bien los de las altas no decían nada. Pese a estar en un quinto, en mi casa hacía en invierno un calor de no te menees, y mi madre andaba siempre sin medias, metiéndose las botas de la calle a pelo por eso de aligerar tiempos cuando tocaba salir al mercado. Tras años de sufrirlos, la adolescencia me deparó el fin de los sabañones.

En nuestra nueva casa no se veían vecinos demasiado peculiares, a excepción de dos familias. Una era la del hombre del tiempo de la televisión, una personalidad pública en esos años en los que solo había un presentador del tiempo. Yo veía a sus numerosos hijos meter bulla en la cocina y la terraza que daba al patio de luces. La otra casa peculiar, por la profesión —me parecía a mí— de su inquilino, era la de un cura capellán de Las Ventas. Puesto que además ejercía su trabajo en el centro educativo en el que enseñaba mi padre, ambos congeniaron. Pasados los años a este cura atípico le debería yo algún favor, como que hiciera la vista gorda a la hora de cristianar a mis hijos, no estando sus padres casados a ojos de la Iglesia. De momento, a comienzos de los años setenta el trabajo de aquel cura no dejaba de parecerme chocante. No se me ocurría por qué diantres podían necesitarse capellanes en una plaza de toros. Y es que no había en mi casa ni afición a los toros ni al folclore que los acompañaba. En ausencia de cualquier interés

por esta cultura, en mi familia no éramos ni siquiera antitaurinos. También recuerdo —quizá por la machaconería con la que me tiraban de la coleta por hacer una gracia— a un matrimonio procedente de una aldea de Zamora que, en la jubilación, se había trasladado a la capital. Era una pareja que daba repelús a una adolescente. Todo era viejo y olía a viejo en torno suyo, y yo les rehuía como a la peste. Mi madre en cambio no les escamoteaba la charla.

Echando a andar hacia un lado de la calle se llegaba al pulmón del parque de la Dehesa de la Villa, y hacia el otro al frenesí de Bravo Murillo y Cuatro Caminos. Me fui acostumbrando más a este trayecto urbano por tener que coger el metro para ir al instituto en el centro de la ciudad. El parque de la Dehesa quedaba fuera de mi actividad diaria. Durante la semana no daba tiempo ni a acercarse. Los fines de semana se iba a dar una vuelta, pero también a lavar el coche, o a cambiarle el aceite al borde de la carreterita en curvas que lo recorría. Esto que hoy nos parece un sacrilegio lo hacían los conductores en esos años con la mayor naturalidad. Aquel parque tenía gracia por los merenderos y los caminitos entre pinos. Mucho más pequeño que la Casa de Campo de mis primeros años, resultaba recoleto y accesible. Durante los fines de semana también hacíamos el camino de regreso al sur de la ciudad. En coche, visitábamos a los parientes en el antiguo barrio de más allá del Manzanares.

Como suele pasar, enseguida comenzó a abrirse una brecha que terminaría convirtiéndose en sima. Ir hacia el sur era retroceder. La familia se había quedado varada frente a un acantilado, sin barcos en los que zarpar. Era como si en el barrio de antes se hubieran agotado los billetes de embarque, como si nuestros semejantes, idénticos a nosotros mismos hasta hacía un momento, mostraran una apariencia distinta. El alejamiento vital se tradujo en un paulatino espaciamiento de las visitas. De boca de mi madre salía aquel: “Uf, que suban ellos”. De la de mi padre: “Mira, mejor no”. A los adolescentes nos iba dando un poco igual porque cada uno iba haciendo su vida. En descargo nuestro diré que mantuvimos el hábito de “bajar” durante muchos años. La lealtad de mi madre era militar. En cambio, los parientes apenas “subían”, visitando nuestra casa tan de higos a brevas que quedaba grabado en los anales de la historia familiar. A ellos no les gustaba ir hasta allí. El teléfono cubría las necesidades informativas. Pero no era lo mismo. Los primos y las primas mayores se iban casando y los menores hacían la comunión. Los nacimientos en la siguiente generación eran aún contados,

pero se morían los parientes mayores. Desaparecían como a rachas funestas: un buen día caía uno y a continuación se daba una cascada de decesos. En las reuniones que acompañaban a estos eventos, y a medida que avanzaba la década, yo notaba que la red de confianza de mi infancia se rompía. Las formas del cariño eran plausibles ("¡Ay, sobrina, qué ganas tenía de verte!", y un achuchón), pero una vez cumplidas las alharacas de rigor, se abrían los silencios incómodos. En la ausencia de contacto habitual se propiciaban roces más severos entre los adultos que derivaban en cesuras difíciles de restañar. De la noche a la mañana esta dejaba de hablarse con aquella, un hermano con un cuñado… Las causas de estos rompimientos desgarrados tenían una naturaleza tan infantil que los jóvenes tirábamos de la manga a los adultos para animar a que dieran el paso que cerrara una herida absurda. Pero era infinitamente peor. La generación de la posguerra era tozuda y rencorosa. Lo de menos era el motivo de la afrenta.

Como sucede en las familias de procedencias diversas, la zona más frágil de la mía era la paterna, a la que apenas veía una vez al año. En su adolescencia mi padre había salido desde Barcelona a Madrid, en uno de cuyos internados había cursado los estudios de bachillerato. Había vadeado en solitario los antojos del destino, primero en la capital y luego en el Sáhara español. De carácter muy inquieto, su familia era ahora la de mi madre, aunque la toleraba malamente. Era mi padre de esos hombres que salen temprano a trabajar, doblan empleos y buscan recursos hasta debajo de las piedras. Vivía rodeado de gente diversa y no sentía añoranza alguna ni por el barrio en el que compró su primer piso ni por la familia política que dejaba en él. Quizá por estar habituado a la separación le costaba entender las querencias del arraigo. Vivía sus experiencias como puntos de partida hacia algún lugar inesperado, pero blindaba su familia como un fortín. Esa visión de la vida tenía que ver seguramente con una infancia trajinera por ser hijo de militar. Contaba la abuela que, a cuenta de los traslados continuos del abuelo, en los años cuarenta había transportado el traje de comunión de mi padre durante cuatro años. Y debía de ser cierto, porque en la foto de comunión se le ve adolescente y con el pantalón del traje pesquero.

Al poco de vivir en la nueva casa mi madre tuvo una crisis de "echar de menos aquello". Resultaba comprensible si se piensa que su jornada transcurría entre los quehaceres domésticos, que arremetía con hacendosa ocupación, y las cuitas de los hijos adolescentes que toda madre tiende a

magnificar. Sin problemas de salud relevantes ni falta de recursos en la casa, este tipo de preocupaciones quedaba jibarizada, por mucho que las madres se empeñaran en inflar la dimensión de los rotos para sentirse luego hacedoras de remiendos. La familia no había cambiado, pero la función de mi madre, llevar el timón con mano firme y economía eficiente, era menos relevante. Seguía siendo un lince para comprar y ahorrar, pero ella notaba que había perdido pie. El mundo en el que la conocían y respetaban en sus peculiaridades se había desvanecido. Atrás quedaban las vecinas: Margarita y su hija Margaritina en la puerta de enfrente, la del segundo, casada con el taxista; y la madre, las hermanas, cuñados y sobrinos, casi todos a un paseo de casa. Tardó en hacerse al barrio e iba a todas partes volada, corriendo, incluso si no había razón para la prisa. Esta agilidad le venía de la costumbre infantil adquirida durante la guerra de salir pitando al primer sobresalto. Se llevaba bien con las vecinas, que eran buenas personas, aunque algunas trabajaran fuera de casa, en oficinas por lo general, y se les viera poco el pelo.

Las mujeres de esos años que salían de su entorno perdían la naturalidad de trato en el que habían crecido. Con las comodidades de la nueva casa y los hijos creciendo, les sobraban horas. Algunas sacaron rendimiento a ese tiempo regalado aprendiendo de manera más o menos autodidacta algún oficio. Otras se atiborraban a pasteles o a programas de radio y televisión. Mi madre no hizo ninguna de estas cosas. El tiempo libre lo mataba cosiendo o haciendo punto. Pieza a pieza, tejió una laboriosísima colcha de ganchillo blanca que luego no quería usar para que no se estropeara. Leía la prensa y, a su modo, estaba al tanto de la actualidad. Consideraba su deber fisgar en los asuntos de los adolescentes que íbamos teniendo una vida que ya no queríamos compartir. Esto lo hacían muchas madres de entonces, y me temo que de ahora. Una ordenanza en el sistema de las madres españolas era "sonsacar a los hijos, por su bien": con quién se juntaban, a dónde iban, qué comían en cada instante fuera de su radio de acción… Lo consideraban un derecho, pero sobre todo una obligación: "Hija, no cuentas nada. Yo a mi madre se lo contaba todo". Lo de dejar a los hijos una parcela propia donde ir sembrando su mundo les parecía marciano. Haber parido comportaba el derecho a ser correspondida con minuciosos informes cotidianos. Los adultos de los setenta habían crecido privados de intimidad, por lo que —y puesto que ellos habían sobrevivido en un mundo de puertas abiertas— no

comprendían que la privacidad que demandábamos los hijos no era fruto del egoísmo o la desconsideración.

Las amas de casa comenzaban a perder imperio en la cosmogonía social heredada del franquismo y notaban con inquietud que se achicaba su influencia. De reinas del hogar con niños hermosos a los que criar, se veían ahora como las chachas de casas pobladas por ingratos adolescentes con granos, y maridos atareados o aburridos, absortos en su mundo. Muchas mujeres de la Transición, asentadas en hábitats más seguros, pero con el tiempo vital en su contra, acusaban la crisis de la madurez que sus madres no pudieron permitirse. Se quejaban de dolores aquí y allá, de sus despistes: "Ay, chica, qué cabeza tengo. Ya no sé ni dónde he dejado la escoba". Los adolescentes apreciábamos la decepción de nuestras madres sin saber etiquetarla, o cómo esquivar sus efectos sobre nuestras vidas. Se asombraban al ver engrosado el breve perímetro de cintura con el que se casaron (qué manía con medirse la cintura), y se empeñaban en creerse las justificaciones autocomplacientes que aminoraban el mal del desencanto. Por vez primera escuchaba yo a las mujeres de la familia culpar a sus maridos de no haberles dejado trabajar, cuando el discurso de mi infancia era precisamente el opuesto: "Qué maravilla que Fulanito te haya quitado de trabajar". Con un trasfondo discursivo ahíto de palabras como libertad, las mujeres tomaban conciencia de lo que les suponía depender del marido en lo tocante al dinero.

Los jóvenes nos dábamos ya cuenta de la propensión de los adultos a echar la culpa de sus desgracias al vecino, sobre todo si ya no estaban para rendir cuentas. El franquismo nos había instruido de maravilla, culpando de los males de España a los extranjeros y a los comunistas. Las autoridades achacaban al pedrisco los datos flojos de las cosechas, y a los ingleses la mala fama de los españoles en el mundo (algo de razón sí llevaban). Incluso ahora, hacia el año 73, con Franco en El Pardo —en su condición más de pasa que de uva, aunque apretando las tuercas en la calle—, España se quejaba de que los árabes subían el precio del crudo sin tomar en consideración la tradición histórica común, o de que el mundo nos tenía una terrible inquina, que a la vista estaba, pues miraban para otro lado ante las salvajadas de ETA. Molestaba mucho la injustificable repulsa internacional al régimen: obra de una mano negra instigada por un puñado de españoles traidores a la patria, instalados en el extranjero a cuerpo de rey. Para colmo, en el Festival de Eurovisión de aquel año Europa nos había hecho una jugarreta del diez al

dejar al “Eres tú” de Mocedades ¡en un segundo puesto!, cuando a todas luces merecía el primero. Este se lo habían dado a una tal Anne-Marie David, que representaba a Luxemburgo con una canción titulada “*Tu te reconnaîtras*”. La chica cantaría como los ángeles, pero la canción era un pestiño, carente del sentimiento, brío y coros suntuosos de la española. Todo esto y mucho más era apreciable desde la fabulosa atalaya del cuarto de estar de mi familia, esa habitación en forma de porción triangular de queso que terminaba en un ventanal hermoso con amplias vistas a la Ciudad Universitaria y desde la que, mal que bien, hube de componer una particular visión adolescente de la Transición.

CAPÍTULO 2

EL CLEARASIL

Haber vivido un año como el referido de 1973 sin darse uno cuenta de la gravedad de los acontecimientos en curso, se explica aquí en el atolondramiento del sujeto que tiene puesta su atención en los efectos de los cambios hormonales. La taimada capacidad de observación de muchos de los niños crecidos en esa época iba más allá de sus narices, máxime cuando la radio y la televisión de Franco eran las únicas ventanas al exterior. Incluso echando alguna ojeada a los periódicos que traía mi padre a casa, *Pueblo* o *Informaciones* principalmente, apenas tengo memoria primaria sobre la narrativa de los dramas que acuciaban a España por entonces. El asesinato de Carrero Blanco se fijó en mis recuerdos a toro pasado, y sé fehacientemente que las noticias, abrumadoras, sobre los asuntos ligados a las numerosas crisis internacionales forman en mi memoria una nube emplastecida en gris, cuya turbiedad me empujaba a apartarla del camino de mis intereses inmediatos. Los problemas de la economía del petróleo extendían sus tentáculos hasta la meseta castellana, pero en nuestras modestas realidades se notaban menos que en las de los chicos de los países con economías de mejor nivel, acostumbrados a un consumo del que nosotros, los españoles, no teníamos noticia de primera mano. Recuerdo, eso sí, las conversaciones domésticas con trasfondo de tintineo de tenedor y cuchillo en las que se hablaba de la subida de los precios, los recortes en los servicios de la vía pública, que el Ayuntamiento estaba decidido a acometer para ceñir sus arcas a la coyuntura adversa. Los adultos comentaban la campaña municipal de parcheado del asfalto y si el riego nocturno de los barrenderos se hacía con más o menos frecuencia. Personalmente, a mí todo aquello me daba igual.

Pero, se fuera o no indiferente a lo mal dado del ciclo económico, lo que a nadie pasaba inadvertido a comienzos de los setenta era que había puñados y

puñados de familias pasándolo muy mal. Unos persistían en el intento de emigrar, otros regresaban a España expulsados por los países europeos en los que el crecimiento hacía parón. La mayoría de los adolescentes seguíamos el paso de los tiempos agazapados en el bastión de los estudios, retardando lo máximo posible el momento de afrontar la confusa realidad. Nuestros sobresaltos tenían poco que ver con los acontecimientos significativos; sí en cambio con que se nos hinchara la cara, nos saliesen granos en la barbilla y la frente, o pelillos en todo el cuerpo, por no hablar de no tener un vestido en condiciones para un cumpleaños o bien horrorizarnos a la vista del que nos habían comprado.

Aparcadas nuestras vidas en perpetua zozobra, la timidez refulgía ahora con una constancia dolorosa. No había alivio razonable para la vergüenza sin ton ni son, para el desconcierto al verte en mitad de la nada sin saber dónde colocar las manos o en qué dirección mirar para evitar ser visto. En la España de los setenta la psicología era una ciencia en pañales y a los adolescentes aquejados de timidez se les trataba con poca mano, interpretándose su retraimiento como flojera de carácter, y echándoseles a los leones "por su bien". Algunos sentíamos una enorme envidia de los chicos y chicas que parecían haber nacido sin límites para sabotear hogar y escuela. Los que no estábamos hechos de esa pasta nos sentíamos como un calcetín del revés: feo y lleno de nudos. Se nos veían las costuras, lo que nos daba un pánico notable. Armados con el unte del Clearasil nos pasábamos el santo día parcheando el acné virulento del rostro, esperanzados en que una mejora milagrosa nos infundiese la osadía que nos faltaba. Como para estar pendientes de que si Carrero saltaba por los aires o se disparaba la inflación.

Tampoco es que la preocupación que nos daban las hormonas nos volviese tontos del todo. Aunque la coyuntura nacional se nos apareciese como un halo cósmico inexorable, sí estábamos al tanto de lo principal. La gente iba haciéndose a la idea de que Franco, que había pactado con la parca un final por consunción, llevaba bastante adelantada la cuenta atrás. Iría menguando hasta hacer ¡plaf! y evaporarse. Cualquiera con dos ojos en la cara apreciaba lo gastado que estaba el cuerpecillo de aquel hombre, tan ajado y tembloroso dentro de su trajecito blanco, que parecía de comunión. Las madres de la época despreciaban el traje de monje de los sesenta y enfundaban a sus niños con ternos de almirante de marina. Según se iba acercando a sus últimos días el Caudillo de rostro anodino, carnoso y ojos como de cordero degollado, se le

fue poniendo cara de pajarillo ido, la piel del gaznate suelta y borrando cualquier memoria de un cuello preexistente, el paso tan cortito que daban ganas de empujarle sutilmente para que avanzase. Cuando le veía disfrazado de marinero se me iba la vista a los zapatos blancos, papales, de los que emergían dos enclenques perneras militares muy bien planchadas. Mi madre, siempre atenta a los asuntos de la sastrería, nos hizo fijarnos en la talla inusual de los uniformes de Franco. Ningún militar —decía— entraba en aquellos patrones de miniatura.

En mi casa, como en tantas, se había hecho el camino desde la preocupación hasta el desinterés por la política. En otras en cambio se mantenía la pulsión del relato de posguerra y, yendo campo a través del régimen, se conquistaba el tiempo esquivando minas: las de lo ilegal y lo clandestino. En esos años se oían muchas historias de cárcel, antiguas y recientes. Un miembro de mi familia, policía nacional de día y guarnicionero por la tarde —hacía doble jornada y no por gusto—, no ponía reparos a la hora de referirse a la cantidad de hostias que se daban en la comisaría. De sus relatos podía deducirse que la gente le estaba perdiendo el miedo a la autoridad y se echaba a la calle o se enfrentaba a los grises casi por deporte. En estas reuniones familiares igual se hablaba de fútbol —los había atléticos y madridistas que se miraban mal— que de los palos que repartía la policía. Mi madre, menuda y frágil, echaba en cara al hermano lo bruto que era, y le reñía por haber elegido una profesión tan vergonzosa e inadecuada a los deseos de su padre. Para afearle el puesto decía que su hermano era "guardia" en lugar de policía.

En esos días, incluso los que no tenían causa aparente para tenerles prevención evitaban a los guardias, que no hacían las rondas ayudando precisamente a los niños a cruzar de acera, sino localizando grupos de individuos merecedores, según su estima, de la porra. Los guardias estaban ahí para mantener el orden, que siempre era poco. El fondo del asunto, el que tenía trastornada a la opinión pública mundial, tampoco era de broma: que si los consejos de guerra y las penas de muerte, que si las hazañas de la Brigada Político-Social… En corto, lo que la gente veía en la calle eran pelotoncillos de guardias, con sus largos y pesados abrigos grises y sus gorras de plato, en coche, a caballo o a pie, triscando a sus anchas como los dueños de la finca que aún eran. A finales de la década, con Franco ya *caput*, nos habíamos curtido en la visión de las fuerzas del orden guardando portalones con el fusil

apuntando al público de las aceras. En un momento dado, ETA golpeando fuerte, comenzarían a ir encapuchados.

En relación a mi tío, el "guardia", y a su trabajo durante ese periodo extraño diré que, antes de jubilarse y para su escarnio, aún tuvo que vestir el uniforme de color garbanzo y la boina ladeada que sustituyó al gris y a la gorra de plato en un intento de dulcificar la imagen de la policía. Con este uniforme, los agentes tenían unas pintas que deslucían la autoridad ganada a pulso durante décadas y les ponía en la tesitura de recibir alguna que otra burla, lo que tampoco les vino mal, pues toda redención de culpa comienza con una útil humillación. En su vida cotidiana mi tío no solo no era violento, sino que tiraba más bien a cacho de pan. En democracia se aficionó a votar a las izquierdas más izquierdosas. Se consideraba un trabajador sin más, y de ahí no le sacabas. Para tomar los hábitos de guardia había tenido que esperar al fallecimiento del padre: un señor de clase bien y muy republicano que les tenía a los hijos prohibido arrimarse al franquismo, y por ello mismo a cualquier forma de institución a él vinculada. Tras la guerra y bajo las condiciones de la pobreza más solemne, el abuelo ya solo aspiraba a que los suyos sobrevivieran pasando desapercibidos. Y qué mejor que la policía, vino a decir el tío. En el cuerpo se sacaba un salario fijo y ayuda para un pisito donde alojar a la familia. De un madrileñismo de zarzuela, el tío guardia, en su faceta de guarnicionero, me hizo una preciosa cartera de cuero modelo *satchel* que en la adolescencia, con la cabeza arrebolada por los despistes, me dejé olvidada una mañana aciaga en el asiento trasero del autobús.

En esos años de turbio panorama nacional, mi familia comenzó a disfrutar de una casita con parcela en un pueblo del sur de Madrid. Aquello no era Puerta de Hierro, ni de lejos, pero para nosotros como si lo hubiera sido. El lugar tenía todos los atributos de un secarral, apuntalado por campos de trigo casi siempre en barbecho, girasoles escuálidos y puñados desperdigados de higueras sin dueño conocido, a cuyos frutos cogí enorme afición a fuerza de recolectar higos un año tras otro en el mes de septiembre. En verano, el calor de justicia pasadas las doce del mediodía te dejaba sin aliento, entregándonos a lo que fuera menester con tal de no exponerse a la solana. En esta zona de la provincia no llovía ni cuando pasaba el frente, pero cuando caía, el agua hacía avenidas de lodo y se embalsaba sobre el manto arcilloso que sostenía a las pobres arenas de río y matojos pardos que lo recubrían. En origen, en las proximidades de las casitas, a diez minutos del centro del

pueblo caminando, había unas cuantas vides, pobretonas como el resto de la producción de la zona, pero que daban a los paisanos un vino recio que ellos vendían aguado en garrafones a los tontos de la ciudad. De las flores secas de los girasoles asilvestrados arrancábamos las semillas para deleitarnos con las pipas del botón tostado. Esta era una de tantas actividades con las que en los primeros años de la adolescencia matábamos el tedio durante las tardes de chicharra la recua de chavales veraneantes en bicicleta, recogidos en el perímetro demarcado por las cuatro calles de la urbanización.

Hacia los doce años se empezaba a tontear y a organizar fiestecillas, sufragando a escote las Mirindas y los panchitos, en los garajes domésticos. Siempre había un tocadiscos que atendía los requerimientos de bailes sueltos y agarrados, con vinilos de pop nacional provenientes de una u otra casa. Los Beatles nunca faltaban, y algún que otro *hit* americano se iba colando en aquel panorama ramplón dominado por los éxitos de Eurovisión, Los Diablos o Fórmula V. Nos contentábamos con la pachanga nacional de ritmo arrebatado. Se me encienden los colores al recordar aquel *hit* titulado "Saca el güisqui, Cheli", o al sin par bamboleante Georgie Dann y su "Bailemos el Bimbó". Las canciones de Camilo Sesto, Mocedades o Demis Roussos, y hasta la iconoclasta Cecilia con "Un ramito de violetas", gustaban a las madres, razón de más para que los hijos las aborreciéramos. Los chavales de los primeros setenta apreciábamos muy poco el estilazo de Nino Bravo, y desde luego no poníamos los ojos en blanco cuando escuchábamos a Dani Daniel, a la tristísima Mari Trini, al plasta de Julio Iglesias o al incalificable Raphael, cuyo éxito, incorrupto como el brazo de Santa Teresa, sigue siendo para mí tan incomprensible como el misterio de la Encarnación. En las radiofórmulas se colaban grupos rumberos como Los Chichos o Los Chunguitos, que por mucho que le diesen a la caja no le llegaban ni al talón al padre de la rumba catalana, Peret, muy popular en esos días por sus patillazas de hacha, el flequillo al bies y los cuellos de camisa desbocados.

Peret representó a España en el Festival de Eurovisión con una tonada que decía *canta y sé feliz*, lo que, ya entonces y como emblema de lo español, sacaba los colores al más pintado. Así cómo iba nadie a cambiar nada. En el 74, nosotros a lo nuestro con esta rumba todo el día en la radio, Van Morrison publicaba su espectacular disco doble *It's too late to stop now*, editado a partir de dos conciertos estivales celebrados el año previo en Londres y en Los Ángeles. Debería hacerse una tesis que explicara el motivo por el que un

grueso notable de adolescentes españoles de los setenta nos hicimos en cuanto le conocimos fans del León de Belfast, y de paso otra que diera explicación al tópico guiri según el cual los españoles somos personas "muy musicales". También en el 74, los portugueses estaban dando boleto a su particular régimen dictatorial con puñados de claveles rojos sobre amables tanques circulando por las calles de Lisboa, la gente cantando "Grândola, Vila Morena", himno compuesto por José Afonso, muy envidiable dado que nuestra Transición careció de una tonada equivalente. Mientras en el gozne de la década las revoluciones culturales y los movimientos sociales hacían estragos hasta en las sociedades más acartonadas, España mostraba al mundo exterior la apostura exótica de un gitano de Mataró que, golpeando su guitarra, entonaba letras extravagantes, del estilo de *borriquito, como tú, tururú*. En la distancia de los años, la figura de este esforzado compositor, más tarde pastor evangelista, ha quedado ennoblecida y para el recuerdo de la peculiar cultura musical española de los setenta.

En la panda del barrio, o de la *urba*, quienes tenían la suerte de contar con hermanos mayores, más "enterados" de las novedades musicales, sustraían y aportaban a las fiestas discos modernos para regocijo de bailones, por ejemplo, de los Earth, Wind & Fire, o de músicos raros, véase un tal Bob Dylan. "Angie" de los Rolling, junto con el "Michelle" de los Beatles —de la década anterior—, resultaba perfecta para los primeros agarrados. Y hasta se daban locuras puntuales con discos que aparecían una tarde y ya no volvían a verse al caer en la cuenta sus dueños de que el hermano pequeño se lo había birlado. Eso nos pasó con un álbum del 73, de un grupo americano de nombre impronunciable: Lynyrd Skynyrd. Los mayores cuidaban estas piezas de vinilo como oro en paño. Desconfiaban —y con razón— de que los menores estuviéramos capacitados para cuidarlos como es debido. Los discos se rayaban con nada y hasta se partían. Cada vez que se ponía la aguja sobre ellos podía ser la última. La fragilidad de los aparatos y de los vinilos aportaba la conciencia de singularidad al hecho de escuchar música. Por muy duro que se nos vendiera, un tocadiscos era una taza de porcelana. Las madres pasaban el plumero por sus figuritas chinas, los padres por las maquinarias de los relojes destripados. Los adolescentes por los vinilos y el cabezal que coronaba el brazo articulado del *tocata*.

Los chavales nos centrábamos en la tarea de crecer, por fuera y por dentro, mientras las noticias reportaban locuras, atentados cruentos ilustrados con

imágenes sangrientas que atañían a España, pero también al mundo en su conjunto. La nómina de eventos luctuosos y dramáticos en los años setenta es inabarcable, al punto de que al revisarlos hoy se nos figura que cada año cundía por cinco. A todos los efectos, en los adolescentes la transformación más visible era el estirón —acompañado de un desajuste de facciones en rostros de tamaño aún infantil—, en el que culminaba la pubertad. El estirón venía a ser un crecimiento de huesos descontrolado en muy breve tiempo. Por una sola vez en la vida, aquí los chicos iban retrasados con respecto a las chicas. La naturaleza es sabia y prepara las guaridas que protegerán a las crías antes de que estas aspiren siquiera a existir. Mientras nosotras hormonábamos en explosión descontrolada, a los chicos se les veía aún como alfeñiques y a por uvas. Seguían mirando alelados las ramas de los árboles cuando a las chicas les fallaban ya los goznes de las piernas y se ponían coloradas como un tomate solo con ver pasar al vecino del quinto dos años mayor que ellas.

Las chicas dábamos el estirón en torno a los doce, acompañadas de una señora de apelativo severo llamada Regla —que le pusieran a una niña el nombre de aquella cosa sangrienta en lugar de Susana o Carolina se me hacía difícil de entender—, que así de entrada nos daba un susto de campeonato. A las niñas de mi generación no se nos preparaba para recibir con calma este sangrado repentino. Ante la visión desconcertante te quedabas blanca como el mármol antes de echarte a llorar desconsolada pensando que te morías. Quien minimice este episodio a la luz de la educación que hoy reciben las niñas, imaginen a una de aquel tiempo contemplar sin previo aviso que sus bragas blancas se han teñido del rojo claro de la sangre fresca. De la noche a la mañana se asumía con vergüenza el asunto inevitable de "ser mujer", una de cuyas múltiples consecuencias era la limitación de las correrías a las que estábamos habituadas. Tener la regla era "estar mala", y ya se sabe que al que está malo se le prescribe tranquilidad y buenos caldos. De esta manera, en los setenta tener la regla era patente de corso para no hacer cosas que implicasen movimiento. Por ejemplo, gimnasia. Durante los más o menos cuatro días que duraba aquello, sobre todo si dolía, las madres escribían notas para el colegio o el instituto indicando que a las hijas se las eximiera de las actividades físicas.

A falta de compresas higiénicas estas mismas madres nos surtían de un montón de toallas pequeñas de algodón rizado, los "paños", que había que

estar cambiando constantemente para evitar que la sangre calase a las bragas y de paso al asiento. Al andar, el paño se desplazaba dejándonos desprotegidas y, nuevamente, avergonzadas. Las chicas con una regla intensa caminaban con cuidado para no desarmar bajo la falda del uniforme la frazada de luchador de sumo que se les ponía a fin de que aguantasen la jornada colegial. Los inconvenientes de ser mujer no habían hecho más que empezar. Piénsese dónde y cómo se guardaba la prueba del delito (los paños no se tiraban) cuando no quedaba más remedio que cambiarse varias veces. Las niñas de entonces nos convertíamos a la fuerza en mujercitas muy apañadas. Las primeras compresas desechables desterraron las palanganas con agua de lejía en las que los paños, una vez lavados con pastilla de jabón y un frote intenso, reposaban sus buenas horas, pues la sangre sale fatal de la tela y deja rastro donde cae, como bien saben los de criminalística. Cuando comenzamos a usar tampones, carísimos, corría la leyenda urbana y desincentivadora de que algunas chicas habían muerto de una infección tras usar este producto. No colaba; las jóvenes nos arriesgábamos hasta con los tampones, abrazábamos cualquier novedad higiénica relacionada con la regla.

Una vez hecha la inversión en la casita del pueblo, veranear era sencillo y barato. A unos treinta kilómetros de la ciudad, a comienzos de los setenta la usábamos los fines de semana y durante las vacaciones. Con los años, el lugar fue ganando elementos. Se anejó un garaje para el coche que nunca entraba porque al final ese espacio era un almacén de trastos y herramientas. Allí se lavaba en verano la ropa, y hasta se cocinaba la paella, por aquello tan nacional de "no manchar" la cocina. El ajuar familiar era simple. Usábamos muy pocas cosas y menos aún en esta casa. Con catorce años el equipaje de verano se componía de un par de pantalones cortos, algún polo o camiseta, unos bañadores, chanclas de dedo y unas zapatillas de lona. Teníamos un armario pequeño con una barra y tres cajones para toda la familia. No hacía falta más. En el cuarto de baño había siempre pastillas de jabón Lux o Palmolive y dentífrico Colgate. Pero le dábamos mucho a la pastilla de jabón Lagarto: para frotar la ropa, los cacharros y hasta para sacar brillo al pelo reseco por los efectos del sol. Junto a la piscina teníamos una ducha de hierro pintada de blanco con su pequeña alcachofa. La susodicha pastilla de jabón amarilla dormía al raso junto a la ducha, todo un símbolo de nuestra vida asilvestrada. Expuestos al sol sin protección alguna, en vacaciones la piel adquiría un tono negruzco al estilo mesetario, un moreno de interior menos

elegante que el dorado de la playa. Desayunábamos tarde y ligero, comíamos copiosamente pasadas las tres de la tarde y hacíamos una larga siesta afectados por la modorra inherente a una digestión pesada. Retornábamos a la vida hacia las seis de la tarde y, tras una merienda tardía al aire libre a base de bocadillos y fruta, nos quedábamos en vela hasta bien pasadas las doce, agotando los programas televisivos.

Si a comienzos de la década la experiencia había sido una aventura, a mediados de los setenta se tornó en una rutina insoportable que abortaba cualquier posibilidad de "hacer otras cosas" durante los fines de semana. Con trece y catorce años, salvo por el encuentro puntual en la urbanización con otros seres en mi condición, ir allí era un muermo. Entre el aliento insistente de mi madre para que ayudase con las tareas de limpieza y las veladas en familia viendo pasar películas en la pantalla del televisor, el mundo del fin de semana y de las vacaciones se acabó tornando repetitivo, aburrido y sobre todo desasosegante. Cuando decía "me aburro", escuchaba aquel ripio de "pues te compras un burro", y en el mejor de los casos un poco más constructivo: "Pues haz algo". Mi creatividad vivía en el pozo negro de la astenia, y para evitar que la murria acabase con el poco ánimo a flote, ese "algo" podía ser pegar balonazos contra una pared o ponerme a leer acurrucada en algún escalón. En casa había una colección suntuosa de obras de autores del siglo XIX. En la adolescencia aquellos tomos gruesos de letra diminuta comenzaron a caer como hojas en otoño. Si aburrirse en la adolescencia es una experiencia necesaria, según dicen los expertos, algunos chicos de entonces fuimos bien servidos.

En medio de un silencio adormecido por el cansancio, el regreso a la capital los domingos por la noche era una sucesión de luces anaranjadas sobre el pavimento, todavía adoquinado en algún tramo, y un traqueteo incómodo abrazado por el embotellamiento en las vías de acceso a la ciudad. En invierno, primavera y otoño, agarrábamos los trastos y regresábamos al piso siguiendo borreguilmente una práctica común entre los capitalinos. Había gente que llevaba y traía el televisor portátil o la estufa eléctrica. En cada recogida semanal los padres repetían milimétricamente el protocolo de cierre de la casita: que si no te dejes basura, que si has cerrado la puerta, la llave del agua y el calentador de gas, o que si has bajado los plomos. Semana tras semana se llevaban a cabo los mismos procedimientos de seguridad que si no se fuese a volver allí en un año. De manera que era llegar el domingo

por la tarde y barruntar el dolor de cabeza, premonición de desasosiego e inapetencia que le seguirían. Para evitar los irritantes atascos, en un momento dado mi padre se aficionó a conducir pasadas las once de la noche, algo que no se le había ocurrido a él solo. En la práctica, el tráfico a esas horas era casi igual de espeso que el de a media tarde, con el añadido de que se llegaba mucho más cansado. Y es que las carreteras de entrada y salida de las ciudades aún no estaban desdobladas. El aumento de vehículos y aquel retraso en las infraestructuras de la periferia urbana eran un cóctel explosivo. Así, llegábamos a casa agotados y de un humor de perros, en mi caso rumiando un silencio oscuro que se volatilizaba solo en parte con los minutos de lectura antes de dormir.

Las chicas y los chicos que teníamos el vicio de aburrirnos pasábamos largos ratos *in albis* o mirándonos la cara en el espejo. Se entenderá que el gran protagonista de estas sesiones narcisistas era el acné, que a unos les daba con levedad envidiable y a otros con la virulencia de una plaga. De nuestra generación han salido muchos rostros marcados por las terribles etapas de granos, especialmente en los chicos, a quienes les coincidía la eclosión de los poros con el nacimiento de la barba. Quizá los habría, pero nunca conocí a nadie que se sometiera a ningún tratamiento eficaz y controlado para aminorar los efectos de este sarpullido purulento que tanto enojo nos daba. Las niñas guapas quedaban arruinadas por hinchazones y rojeces, y las madres, que lo arreglaban todo sintiéndose muy preocupadas, estaban al quite para que no tocáramos los granos y no nos quedaran marcas. A los padres —ausentes por lo común en estos asuntos menores— les daba igual. A las hijas seguían viéndolas como las niñas de sus ojos que ya no eran, y en el caso de los chicos les hacía ilusión iniciarles en el pase de la cuchilla de afeitar por el mentón poblado de pelitos cortos y dispersos, distribuidos entre costras, forúnculos y demás infecciones cutáneas. Quizá se oyen todavía los gritos de estos chavales cuando, tras el accidentado rasurado, se les untaba el rostro con una loción bien cargada de alcohol.

Los afectados por las espinillas escuchábamos sentencias admonitorias sobre lo malo que era intentar sacárselas a pellizcos. Se nos conminaba a no tocarnos los granitos y los poros negros en esa zona triangular entre la nariz y la barbilla, especialmente en el hoyito debajo del labio inferior. Haciendo acopio del estilo trágico de los pueblos mediterráneos, se nos advertía con la cara muy seria que ahí estaba el “triángulo de la muerte”, por el que pasaban

no sé cuántos nervios de enorme importancia. Cuando nos pillaban in fraganti nos soltaban un: "¡Pero que no te enredes!", retirándosenos los dedos de un manotazo, pues las madres de los setenta tenían aún la mano muy suelta. Así las cosas, y como se nos pusiera entre ceja y ceja acabar con algún volcán muy a la vista, echábamos el pestillo del baño armados con el paquete de algodón y el frasco del alcohol. Seguíamos las instrucciones del boca a boca, consistentes en abrir el grifo y derrochar varios litros de agua hirviendo para que se hiciese una atmósfera de calor húmedo que nos abriera los poros y facilitar con ello la intervención. Tras media hora larga, abríamos la puerta dejando escapar el calor acumulado y con la cara hecha un cristo.

La nariz, por su condición bulbosa y sanguínea, se llevaba la peor parte en las faenas de acoso y derribo a las que sometíamos a nuestros barrillos. Nadie que haya tenido quince años olvida la fatiga que daba salir a la calle con un grano del doce en la punta de la nariz. Los adolescentes tienden a pensar que todo el orbe les contempla, y los beneficiarios de una piel complicada se enfrentaban abrumados a un mundo repleto de jovencitos con rostros equilibrados y pieles perfectas, que también los había. Echarse a la cara a cualquiera de los de esta especie suponía avergonzarse de uno mismo. La adolescencia agudizaba los temperamentos sensibles, reforzados ante la burla o directamente el acoso. En el instituto, el que estaba solo —se pensaba— era porque quería o porque era raro y punto. Y algunas familias se ufanaban incluso de que "su chico" no se juntase con los de la clase, que eran de otro "nivel". A los enseñantes todas estas cosas les traían al pairo. Los profesores iban al centro a enseñar su materia. La educación y la protección del alumno eran cosa de las familias, que tampoco estaban pendientes de que Pedro o Micaela, de trece o quince años, se sintieran correctamente arropados por iguales con quienes hacer el recorrido de una educación sentimental. Se daba por sentado que este aspecto de la vida se construía en los núcleos privados: de hermanos, primos y allegados de toda la vida. A los de fuera del núcleo no se les conocía, por lo que antes de que un hijo se "juntase" —hiciese amistad — con un desconocido había que traerlo a casa a merendar.

Mientras nos enredábamos los granos de la cara, los adolescentes españoles de los setenta nos convertimos en pioneros en llevar masivamente la contraria a nuestros mayores. El choque era obligado, necesario y casi siempre muy entretenido. Nos gustaba arrastrar las discrepancias a extremos en que los padres perdían la paciencia, dándonos por imposibles. Se oían

menos voces autoritarias y los casos en que se mandaba callar a guantazo limpio eran testimoniales. A la mesa, los adolescentes tomábamos la iniciativa en discusiones sobre asuntos banales o no. El caso era no callarnos, mantener la voz en alto así nos cayera una losa del cielo.

CAPÍTULO 3

GENTE DE BIEN

Una aspiración bastante común entre las familias durante la Transición era la de ser identificadas por su respetabilidad. La consideración social en esos años exigía conductas adecuadas a los nuevos tiempos, lo que en buena ley no tenía por qué ser embarazoso. Sin embargo, el día a día arrastraba los barros del pasado o se topaba con escollos inesperados que arruinaban todo buen propósito. La gente estaba atenta a responder a los requerimientos de unos escenarios diferentes a los conocidos. El régimen finiquitado había exigido a los españoles expedientes libres de tachas, pero en la Transición la respetabilidad emanaba de una virtud opuesta: carecer del expediente de pureza exigido por el franquismo para facilitarle a uno la vida. En todas las familias de aquel tiempo había asuntos turbios que amenazaban con echar al traste una imagen virtuosa. Por ello la gente miraba mucho de apartarse de los elementos de la familia que actuaban de forma perjudicial y de los considerados directamente como garbanzos negros. Si la política era crucial en esta cuestión, no lo eran menos los aspectos concernientes a la moralidad.

En mi entorno, a comienzos de la década se dio un acontecimiento que atañía precisamente a los márgenes de la honestidad y la virtud, y que sería muestra de un desmán colectivo cuyos efectos perniciosos colean todavía hoy. Una pariente nuestra tuvo su primer hijo pasados los cuarenta años. Hasta aquí todo normal. El matrimonio se había casado a comienzos de los sesenta y todos los intentos para lograr un embarazo habían fracasado. Desde una visita a Lourdes hasta las diversas consultas de afamados médicos de la época, la pareja expresaba hacer cuanto estaba en su mano para traer un niño a este mundo. Ese era el mensaje. Hace poco tiempo, antes de morir, la mujer le confesó a mi madre que en realidad ella seguía siendo virgen y que fue la impotencia del marido la que impidió la consumación del matrimonio en primer término y obviamente el embarazo. Pero la vergüenza que sentía este

hombre, a quien hoy no puedo ver sino como un perfecto desaprensivo, se tradujo en el infame paripé que incluía la culpabilización de su mujer y el fingimiento de las consultas médicas para ella. Siendo generosos, cabe pensar que la maldad, como la bondad, puede ser inconsciente de sí misma.

Cuando nació el niño nos pareció a todos un crío exótico. Los padres, bajitos ambos, eran de piel cetrina, los ojos castaños y el cabello oscuro y rizado. La criatura era grande y lechosa, con ese tipo de ojos pequeños y casi oblicuos, de color azul claro, clavaditos a los de un perro husky. Ciñéndonos a la clasificación de las razas que aún se usaba en las escuelas, el niño tenía sin el menor matiz un aspecto eslavo: la cabeza grande y cubierta por una pelusa blanca y pobretona que pasados unos meses se trasmutó en una peluquita lisa y casi albina. La abuela del bebé adjudicaba al crío el parecido de un sobrino fallecido antes de la guerra que, según ella, tenía pinta de señorito, pues ya se sabe que en la España de principios del siglo XX obreros y señoritos se diferenciaban sobre todo por el tono de la piel y la estatura: más claro y más alto el que no trabajaba a la intemperie y se alimentaba mejor.

Antes de este nacimiento solo alguna hermana de la futura mamá estaba al tanto del peculiar embarazo, y de que podía durar lo obvio, o bien prolongarse pasados los nueve meses que la biología humana contempla. Preocupada por la anomalía del caso, mi madre lo comentaba por lo bajini, evitando que las niñas cotillas como yo tuviéramos una idea precisa del enredo. Yo no apreciaba nada extraño en la supuesta gestante que, con la falda de tubo y la rebequita oscura, calzaba sus diminutas zapatillas de andar por casa repartiendo simpatía y trasegando por los cuartos a ritmo de lagartija. Siempre tenía un agasajo para las visitas. Sí llegué a entender que algo sucedía cuando ella salía a la calle, pues en esos momentos exhibía una barriga que iba creciendo a tenor del paso del tiempo, y que luego supe estaba teledirigida por las instrucciones de quien tuviera noticia certera del momento en que nacería el bebé.

Pasados los años un primo mayor me recordó el caso de la barriga de quita y pon. Él sí había visto en algún rincón la pieza de gomaespuma con cinchas que la supuesta premamá encajaba bajo el abrigo para salir de casa. No tengo idea de quién fabricaba estas barrigas postizas, ni si la usuaria la guardó como recuerdo. Me consta sin embargo que la mentira en un asunto tan grave y delicado perturbaba a mi madre. La barriga alienígena se añadió a sus

quebraderos de cabeza, que era como llamaba a las preocupaciones. A finales de enero tuvimos noticia de que había un recién nacido en la familia. Entre las informaciones veraces y las de tapadillo, el asunto pintaba sobrenatural. Tardamos alguna semana en poder visitar al bebé, un rorro grande y hermoso. Los jóvenes estábamos encantados con el muñeco, dejábamos las conversaciones *sottovoce* a los adultos.

Esta historia nos lleva al asunto del turbio negocio de las falsas adopciones gobernado por una orden religiosa de monjas con marchamo caritativo, y seguramente algún médico tan prepotente como felón. Acabé sabiendo del dinero empleado en la transacción y de que quienes habían de ser los padres legales pasaron años suspirando por hacerse dignos de la confianza de las monjitas. Dieron fe de su condición de gente de bien y se mostraron ahorradores capaces de aportar los fondos para costear el embarazo de una madre descarriada que no merecía serlo. No les sobraba el dinero, pero ahorraron como titanes; varias veces escuché las dos palabras mágicas: “un millón”. Quiero creer que, cegados quizá por el deseo de ser padres, no pensaron con claridad en que con sus aportaciones propiciaban un hecho criminal, pero sobre todo un daño irreparable. Durante mucho tiempo, antes y después del nacimiento, iban dando el dinero que se les pedía para cubrir los gastos de lo que les hicieron creer eran la manutención y atenciones hospitalarias de la embarazada. Quede claro que nunca fueron adoptantes en el sentido legal, pues les decían que en España no había niños suficientes para cubrir la demanda de padres de adopción. Así que, en la partida de nacimiento del bebé figuraba como hijo natural de quienes le dieron los apellidos.

La futura madre era mujer chiquera y cariñosa, curiosa para las cosas del mundo y tolerante pese a que ella era muy de alabar a la Falange y sobre todo a Alemania. A diferencia de muchas señoras españolas con gustos similares, no tenía ni pizca de pazguata. Era muy trabajadora y echaba horas con tareas domésticas desreguladas y de extranjis, como tantas españolas de los setenta, de cuyos trabajos domésticos el marido prefería no enterarse para no dejar en evidencia que, con lo suyo, no se llegaba a fin de mes. Ella aprendió a conducir, aunque el mencionado varón no le permitiera tocarle el coche. Era infinitamente más lista que él y desde luego mucho mejor persona. Leía todo lo que podía y cuando tuvo ocasión cogió un avión para salir a ver el extranjero. El tema de la maternidad frustrada dirigió su destino y acabó con

cualquier atisbo de afirmación personal. Estoy convencida de que creía a pies juntillas las cantinelas que le soltaban las monjas, no pasándosele por la cabeza —era crédula— la rotundidad de la falta en la que incurrió al avenirse a propiciar un acto ilegal e inmoral. Tampoco pudo llegar a ponerse en la piel de quien tenía que entregar su bebé por razones que ni imaginamos, o de la recién parida a la que mentían el médico y la comadrona asegurándole que su hijo, nacido sin vida, ya acompañaba a los angelitos de Dios.

La presión de las monjas sobre el bolsillo de esta familia se alargó en el tiempo. Esto y el hecho de no querer dar explicaciones a los vecinos los llevaron a mudarse de domicilio, a la otra punta de la ciudad. Entiendo que tenían miedo de que alguien le descubriese el pastel al crío. En un barrio nuevo empezaron una vida nueva, y el niño fue creciendo protegido, querido y mimado como una joya real. A medida que pasaban los años la apariencia del chaval agudizó las diferencias con la de sus padres. Mira que hay niños morenos y de estatura media en España. Pues a estos tuvo que caerles un mocetón que se les parecía lo que un huevo a una castaña. Nadie en la extensa familia se fue nunca de la lengua, o cometió, que yo sepa, la torpeza de contravenir los deseos paternos de mantener al muchacho en su fantasía. Sin embargo, en la época de la universidad y la mili algo debió de sucederle al chico para que, de la noche a la mañana, se tornase esquivo y receloso con los padres. Aunque las aguas se mantuvieron dentro del cauce, un choque demasiado abrupto y tardío con la verdad provocó estragos en su carácter. En poco tiempo y sin perder nunca la compostura, el joven cortó de raíz los lazos familiares fuera del núcleo estricto de sus padres y construyó una familia propia. Pienso que quiso partir de cero.

El segundo asunto que indigestó las conversaciones familiares poniendo en dificultad ese afán de lucir como gente de bien tuvo que ver con un primo y su servicio militar. El chico era un joven díscolo que abusaba de la buena fe de la familia y que acabó dando disgustos principalmente a quienes no le conocían. En la primera mitad de los setenta fue a la mili como la mayoría de los españoles, que llegaban a los cuarteles sin chistar y a lo que tocase. Aquella puesta de largo de los varones se vivía en las casas con mezcla de resignación y orgullo, a tenor del talante de la familia. A algunos chicos la mili les iba de maravilla. Forma parte del tópico la idea de que en la mili se obtenían lecciones de vida además de aprender a leer y a escribir, algo que

en los setenta no era tan residual como cabe hoy pensar. Se enseñaban oficios, por ejemplo, los vinculados a la mecánica del automóvil, y tan bien les iba a algunos que, pasado el tiempo de servicio y sin mejor expectativa, se reenganchaban al Ejército, que les ponía en la boca el caramelo de un sueldo modesto pero fijo, que en esos días no era moco de pavo. Para algunos chicos la mili suponía salir del cascarón, desplazarse a mil kilómetros de su casa, de pueblos extraviados en la red principal de carreteras. El interior peninsular no estaba ni mucho menos tan "vaciado" como ahora.

La gama de opciones no resultaba corta, pues los destinos eran peninsulares, isleños e incluso africanos. Era *vox populi* que el chico que carecía de recomendación (¡y quién no conocía al primo del cuñado de un oficial del Ejército español!) iba derecho a las plazas de regulares de Ceuta y Melilla, las más duras para los peninsulares. En el momento del sorteo de los quintos las familias se deshacían en nervios y tocaban las teclas a su alcance para evitar el destierro del muchacho. Pero como a alguien le tenían que caer, las plazas de regulares se cubrían puntualmente cada año, prueba de que el grueso de la montaña de recomendaciones terminaba en la basura. Pese al disgusto de las madres, algunos chicos ni se inmutaban cuando les mandaban a Melilla. Veían la mili como un billete de tren gratis para hacer turismo y nuevas amistades. Ninguno descartaba echarse novia. Puede que la lejanía del destino no les permitiera disfrutar de los permisos en casa, pero a ellos les daba igual, se las apañaban para tornar en aventura una experiencia que se mire por donde se mire era chusca.

En las familias sin más vínculos con el Ejército que los de la Guerra Civil, la mili de los hijos varones se veía con reservas. Los militares de entonces estaban muy rezagados por lo que hacía a valores democráticos, y el servicio cortaba de tajo los esfuerzos laborales o los intereses estudiantiles de los chicos. Se hiciera antes o después, la mili terminaba siendo una china gorda en el zapato. Los padres crecidos en la posguerra habían hecho la mili cuando reinaba Carolo. La utilidad de sus consejos era ya irrelevante. Se repetían algunos clásicos: procura pasar inadvertido; que no sepan que se te da maña en esto o aquello; no te confíes, pero haz relaciones, que los amigos de la mili son para toda la vida; mira dónde guardas las pesetas que te mandamos; no presumas que luego te cogen inquina… y así. Los miedos de quienes quedaban en la retaguardia seguían siendo infinitos, y los recursos para mantener a los hijos protegidos, tan escasos… No todos los chicos

servían de peón de pelotón, incluso si pasaban los filtros descalificadores (ser miope, estrecho de pecho, tener pies planos o ser hijo único de viuda); no todos valían para infante, porque para sobrevivir en la mili había que adaptarse a tragar carros y carretas, hacerse el tonto y ser callado como una tumba o —en el caso de los respondones— saber aguantar las hostias sin pestañear.

Las chicas escuchábamos, los ojos como platos, los relatos de las gamberradas de cuartel que, vistas hoy, eran fundamentalmente prácticas vejatorias y de acoso. Las que llevaban al narrador como ejecutante se relataban siguiendo la pauta de las hazañas heroicas, con pelos y señales. Las padecidas, en cambio, se vendían como gamberradas —cosas de jóvenes—, de las que uno casi ni se acordaba, lo que en realidad nunca era cierto. Al cabo de un año volvían hermanos y primos hechos unos hombres: más altos y formados "de cuerpo". Incluso en medio de un calvario, era cierto que el Ejército español enseñaba a los soldados a lustrarse las botas, pegar botones, hacerse la cama y hasta a comer lo que hubiera sin chistar. También procuraba, el Ejército, coser las fisuras más llamativas de los desequilibrios entre los jóvenes, instruyendo a los chicos en oficios básicos que les sirvieran, ya de civiles, para ganarse las alubias. Las familias entregaban al Ejército español chicos mejor alimentados que nunca antes en la historia de este país. Los soldados canijos entreveraban una generación de chavales larguiruchos que daban lucimiento en las juras de bandera. De poderosas ancas traseras, había chicos que reventaban los pantalones de faena pensados para gente más grácil. Al llegar al cuartel la mayoría lucía una buena mata de pelo con patillas que ofrecían en sacrificio al barbero. Con esta transformación iniciática —la primera cicatriz colegiada bajo la gorra— se anonimizaba a la tropa. Cuando se licenciaban, los soldados lucían efectivamente más altos y delgados, como salidos de una larga convalecencia, y a casi todos se les había consumido la lucecita residual de la adolescencia. Era entrar por la puerta, tirar el petate y echarse a jugar con los pequeños, pero de la manera impostada con que se presta al juego ya un adulto. Su naturaleza había olvidado la jovialidad natural. Se habían resabiado.

Durante el servicio, los soldaditos que salían de paseo se cambiaban en las pensiones. Metían el uniforme en el saco y se vestían de civil. Se notaba a la legua que venían del cuartel. Desajustados dentro de la ropa de casa, se comportaban raro: con una mezcla de bravuconería y cohibición. Cuando se

acercaban a casa, aunque solo fuera para dormir una noche, acarreaban consigo las enormes bolsas de lona verde llenas de ropa sucia. Se les recibía a son de fanfarria. Hacían el paseíllo, visitando a los abuelos y a los vecinos, dejándose halagar con guisos y aguinaldos para gastar en la cantina. Los testimonios de los quintos en esos días sugieren que en el cuartel se comía "bien", aunque en ocasiones, véanse los fines de semana cuando se producía desbandada, para no desperdiciar, los cálculos del rancho podían errar por defecto. A nadie le gusta tirar comida y, en esos días, un fallo de previsión suponía un desperdicio significativo. Los cuarteles estaban hasta la bandera de soldados. Los nacidos en torno al 60 abarrotaban los cuarteles en el 78. La partida en comida suponía un pellizco importante en el presupuesto ordinario de los cuarteles. Lo hicieran como lo hicieran, los suboficiales al cargo corrían con la fama, casi siempre infundada, de "sisar", respaldada quizá por un antimilitarismo social incipiente, y desde luego por su propio lamento de cobrar muy escaso a cambio del ingrato trabajo de curtir y mantener a salvo de sí mismos a una horda de descerebrados. Barrabasadas y accidentes al margen, en los cuarteles se comenzaba a velar seriamente por la seguridad de los soldados.

Efectivamente, la mezquindad de algunos comportamientos iba de la mano de sueldos esmirriados dentro de la oficialidad de rango inferior, que era la que estaba —literalmente— al pie del cañón. A su entender, los chavales "que no habían pasado la guerra" llegaban a los cuarteles mimados, por lo que meterles en vereda les exigía a ellos sudar como gorrinos. El chico que durante la mili no recibía de casa un refuerzo en pesetas, o daba con un responsable de escasos escrúpulos, pasaba en la mili alguna penalidad, y no eran tiempos aún de denuncias tras las que, de producirse, solo cabía esperar una tanda de días en el calabozo. Todavía en los ochenta, las familias humildes enviaban unos duros a los hijos por giro postal. Aunque fueran pocos, reforzaban la alimentación de los más tragones con bocadillos de caballa suplementarios —las propiedades nutritivas de la caballa no serán nunca suficientemente reconocidas—, o les ayudaban a pernoctar en alguna habitación fuera del cuartel durante el permiso de fin de semana.

Los varones españoles no se acogían a una objeción de conciencia que sonaba aún a deserción y cobardía. El Ejército español de los setenta empezaba a estar ahíto de soldados a los que no sabía qué uso dar, pero no contemplaba algún tipo de válvula de escape como esta de hacer plausible el

derecho a objetar. El país estaba lleno de instalaciones militares que renqueaban, pero renegar de la mili acarreaba dificultades. Con todo, los cuarteles tenían siempre un porrón de quintos arrestados por razones de lo más diversas, y mi primo, volviendo a él tras dar curso a esta digresión, fue uno de los que se pasó el servicio en una prisión militar. Su particular relación con la mili fue una de tantas excentricidades en el anquilosado sistema de recluta militar. Este primo era por su edad una especie de hermano pequeño para mis tíos. Con una infancia complicada, se acostumbró a no reconocer más autoridad que la que atendiera a sus intereses. En los setenta se había convertido en un joven muy guapo, pero sobre todo en un motivo de disgusto para propios y extraños, en el orden que se prefiera.

Cada quien en la familia buscaba hacerle entrar en vereda, utilizando desde las argumentaciones de intención persuasiva hasta el bofetón desesperado. Zalamero y a la vez desafiante, era de ese tipo de persona que lleva a la gente a perder la paciencia. De niño, tras horas de charla pedagógica en las que el chaval parecía haber entendido la raíz del problema y hasta se avenía a corregirlo, no pasaba un día y ya estaban llamando del cuartelillo para decir que lo habían retenido por una gresca, un hurto, o cualquier otro delito, por entonces aún menor. En sus huidas del domicilio paterno aparecía dos días más tarde en Vigo o en Lisboa, adonde había que ir a buscarlo tras el aviso de la Guardia Civil. Según lo rememoro, su historia me evoca las del realismo italiano. Cada vez más seguro de sí mismo, el chico pasó de componer la figura del clásico pinta a la del delincuente sin más. Ningún remedio casero hizo efecto, máxime cuando se tenía ganado el afecto de la madre y de la abuela, que le maquillaban las vergüenzas y le daban pesetas de tapadillo para que se invisibilizara si se olía que le podían trincar. Cuánto lloraban las dos mujeres. El padre y los tíos usaban métodos menos complacientes, que iban de la bronca a la paliza. Pero a los quince les sacaba a todos una cabeza y se desenvolvía con tanto desparpajo que debieron pensar que mejor dejarle ir a su aire, y que saliese el sol por Antequera. Y así fue. Ya había pisado alguna que otra celda cuando le llamaron para el servicio militar, que pasó en una compañía de castigo de El Goloso en Madrid.

Sería hacia el 73 cuando alguien se empeñó en que los jóvenes de la familia fuésemos a visitar al primo al cuartel de El Goloso. Llegamos a las instalaciones y tras un control de acceso, nos llevaron a unos jardines donde

tuvo lugar el encuentro. Recuerdo que no abrí la boca en la hora aproximada que duró la visita. El primo, con quien nunca había tenido mucho trato porque me sacaba la tira de años, me daba prevención, quizá menos por sus hazañas delictivas que por su aspecto. Tenía una de esas guapuras bravuconas que congelan e intimidan, especialmente a los adolescentes. Las tías, que le habían cuidado de pequeño, no se fijaban en esta particularidad. Ellas sufrían una pena y una vergüenza amorosas. Pero en mi caso, este hombre (a los veinte, yo le veía como un adulto) era un extraño que me la traía al pairo y cuya cercanía prefería evitar. Tenía el cráneo rasurado al cero, lo que acentuaba los rasgos de la cara, armónicos y prominentes. Los ojos, verdes, chisporroteaban. Bajo un mono penitenciario de color claro se le presumía muy delgado. Mantenía su peculiar chulería bromista, imán para las mujeres que caían en sus marrullerías. Lástima no haberle conocido mejor. Hoy pienso que daba mucho juego como personaje.

A los detenidos también se les podía llevar dinero, por lo que el primo recibió un sobre con algún billete, además de una suerte de consejos sabios ("a ver si dejas de meterte en líos, chaval, y te haces hombre de provecho de una vez por todas, que tú si quieres puedes, que de tonto no tienes un pelo, bla, bla, bla…") que él parecía incorporar a sus entendederas asintiendo, pero que en realidad se desvanecían como volutas de humo según salían de la boca del pariente. Le he dado vueltas al porqué de ese afán por llevarnos a El Goloso, y solo con el tiempo creo haber entendido el razonamiento de nuestros mayores. En la posguerra muchas familias enviaban a sus niños con la comida de los presos a las cárceles. Mis tías y mi madre sin ir más lejos iban a Carabanchel a diario. Desde el 36 siempre hubo un familiar detenido por abrir el puño cuando tocaba cerrarlo, o más tarde, por habérsele encontrado en un bolsillo el trozo morado que acababa de arrancar de la bandera. Tener en casa dinero de la República fue otra de las razones esgrimidas para uno de estos encierros.

La generación de nuestros padres sentía —sin entrar en los detalles del delito, pues a los tuyos se les acepta como son— que a los presos les confortaba el contacto de sus familias, que el hecho de estar en la cárcel no les privaba de su humanidad y que ir a visitarles les daba aliento para aguantar. Pero eran tiempos distintos y situaciones incomparables. A los cacos que lo eran por interés y vocación quizá les gratificase ver a los suyos, lo que no estaba tan claro era si a los suyos les venía bien seguir manteniendo

el contacto con ellos. Este pariente en concreto se pasó la década en curso y la siguiente entrando y saliendo de la cárcel, por delitos que tenían que ver con asalto y hurto. Eran años en los que se robaban muchas tiendas, joyerías principalmente. En los setenta la subida constante de los precios y el desempleo ponían a los negocios en situación delicada. Muchos no sabían cómo adecuarse a un modelo más actual, y había un montón de joyerías, cuya sola existencia daba fe del apego popular a la riqueza tangible, con la que se puede cargar en caso de tener que salir corriendo. Siempre que no te lo robaran, el oro seguía siendo una forma segura de ahorro, y a finales de la década —en plena "crisis de confianza" de los Gobiernos— se había revalorizado en más de un 2.000%. En esa época circulaba una peseta más muerta que el propio Franco, no obstante, la efigie de un Caudillo ya muy escuchimizado aún grabada en ella.

Puestos a encontrarle el lado bueno a las cosas, quiero pensar que la visita a El Goloso me enseñó algo. En aquel momento procuré borrarla de mi memoria, incluso si el tema seguía fluyendo en las conversaciones. Este asunto se desvanecería forzosamente en la explosión de la adolescencia. Durante un tiempo me irritaba recordarlo siquiera, porque parte del malestar nacía en realidad de una pulsión que no deseaba sentir: lástima ante la humillación innecesaria, por medio de castigos sutiles como el rapado de cabeza y la ropa del preso. Como otros —y no solo los políticos—, una vez en la calle, el nuestro buscó que alguien le "arreglara el tema", véase el historial civil y militar, en su caso hecho de la misma pasta. Quería un pasaporte para marcharse a Venezuela. Y menos mal que, o bien no supo dar con la mano adecuada, o bien lo hizo, pero no dispuso del dinero que le pedían. En Caracas vivían unos parientes estupendos que habían prosperado gracias al negocio de la joyería, un sector de actividad que, por lo que ya se ha dicho, debió de parecerle prometedor al primo. Cuánto sufrimiento se ahorró mi abuela, que era tía de aquellos emigrados, al no lograr su nieto que finalmente se le arreglara el tema. De haberse plantado en Venezuela, no quiero ni pensar cómo habría trastocado la venturosa existencia de aquellos parientes.

El primo sentó por fin la cabeza pasada la primera juventud. Lo hizo como siempre gracias a la predisposición de otros a dejar que les liara. Esta vez, el damnificado era un buen hombre con el que coincidió en una de sus estadías en la cárcel, y que se encaprichó de él. En los ochenta, que es cuando tuvo

lugar este encuentro, los homosexuales no se enamoraban, sino que se encaprichaban. Fue esta una pareja compuesta por un enamorado y un listo, pero muy bien acogida en la familia, lo que no era habitual en ese tiempo. La gente que pasó la guerra y su derivada era por lo general práctica, y en este caso se apreció sobre todo la buena fe del muchacho encaprichado y el beneficio que le suponía al descarriado juntarse con alguien interesado en una "vida normal", y que quería abrir un negocio que les diera para comer. En esta pareja uno de los dos no trabajaba, pues una fortaleza de su personalidad —que le elevaba sobre el resto de los mortales— era no saber hacer absolutamente nada ni tener ganas de aprender.

Al cabo de muchos años mi pariente abandonó a este compañero fiel, que lo había dado todo en la relación. Probablemente se había cansado de una vida placentera y aburrida. A la hora de partir peras el primo arrampló con lo que pudo y dejó a su benefactor arruinado. Volvió a echarse al monte y, de vuelta a la cárcel, enamoró a su asistente social, una joven con estudios y muy guapa. El primo era prácticamente analfabeto y rondaba los cincuenta largos, tenía el físico perjudicado, pero en su caso se cumplía a rajatabla aquello de que "el que tuvo, retuvo". Por no aburrir, resumiré lo que queda de esta historia en unas líneas: hubo matrimonio, la chica puso vivienda y hasta compró una licencia de taxi para que el primo se ganara la vida. Él terminó por abandonarla, probablemente al percatarse de que lo de tener que salir a hacer el taxi cada día iba en serio. Lo último que quise saber fue que se había vuelto a casa de la madre a vivir de la escueta pensión de ella.

Durante décadas en casa se nos tuvo prohibido hacer mención siquiera a ninguna de las historias referidas. Con respecto a la segunda, mi madre se avergonzaba y sufría ante la mínima posibilidad de que se nos relacionara con "semejante gentuza". Yo nunca entendí tanto remilgo, pues nada teníamos que ver con este individuo en concreto, amén de una herencia genética que, a la hora de la verdad, importaba un bledo. Sin embargo, en la generación de nuestros padres se tomaba este tipo de asuntos muy en serio, ya que a su entender empañaba los enormes esfuerzos por lucir como las personas de bien que deseaban ser.

CAPÍTULO 4
SOLOS

Los *baby boomers* pasamos en los setenta nuestra etapa de autoafirmación, con esa sensación punzante de que no se nos tenía en cuenta y menos aún se nos respetaba en “nuestro parecer”, que era el modo doméstico de aludir a la opinión. En esos años muchos niños españoles se ganaban ya la vida, aportaban dinero a la casa y, como hiciera la generación de sus padres, planeaban su independencia, aunque no tuvieran recursos. Había chicos que a los catorce años trabajaban jornadas completas, por ejemplo, como empleados de Correos y con una oposición sacada. Se dice pronto. No pocas secretarias y maestras aún no habían dado el último estirón, y en las obras y los talleres de ciudades y pueblos se veían chavalines vestidos con monos llenos de polvo y grasa. Eran aprendices sin paga o empleados precoces, cargados a la espalda con un fardo de responsabilidad. Incluso así, en casa se les negaba casi todo, empezando por tener derecho a un parecer propio. A finales de los sesenta y con quince años, otro de los primos había entrado en Iberia. Tenía el bachillerato elemental y sabía algo de inglés, por lo que comenzó en las oficinas. Tuvo una vida de altos vuelos, nunca mejor dicho, y se jubiló desde un puesto de dirección de la compañía. Este tipo de empleados, aupados a la cresta de la ola cuando muy pocos tenían las condiciones exigidas, no pudo permitirse la famosa crisis de una adolescencia que tampoco tuvieron.

Los más favorecidos, los que estudiábamos y veíamos nuestra incorporación al mundo del trabajo como un horizonte lejano, también adquiríamos autonomía muy pronto. A los catorce años nos movíamos por las ciudades en autobús y metro como si tal cosa, sin dinero ni móvil en el bolsillo. No recuerdo ni una sola vez en que me acompañaran mis padres al centro de la ciudad para gestionar la matrícula o buscar el mejor precio de los libros que necesitábamos. Los padres nos daban estudios, lo que no equivalía

a pagarnos matrículas carísimas (las públicas eran tasas casi testimoniales), sino a permitirnos retrasar el momento de aportar dinero al hogar, manteniéndonos y dándonos cobijo. Esto a ellos —que no lo habían tenido— les parecía la bomba. De nuestra cuenta corría el hacer posible este lujo en todos sus aspectos, incluidos los más prosaicos. Los padres trabajaban todo el día y las madres apenas se movían de sus entornos inmediatos. Niños y niñas de trece años aprendíamos a ir al banco, rellenar impresos y entregarlos en las dichosas ventanillas, experimentando solos esa zozobra que precede al visto bueno del responsable cuando el proceso está correcto y concluido. Menudo alivio al escuchar el "todo en orden" seguido del ruido seco del tampón sellando el timbre. Así y todo, raro era el que se iba de la ventanilla sin preguntar antes: "¿ya está?", y recibir por respuesta un seco "sí" o la breve inclinación de cabeza del funcionario harto de atender a niños durante toda la mañana. Hoy, en las ventanillas de las facultades se ve a padres y a familias completas que "acompañan" al chico, con dieciocho años, a hacer su matrícula.

En mi memoria, los padres confiaban en nuestra capacidad para gestionar las cosas, y baste decir que nosotros nunca hubiéramos admitido ser escoltados en el desempeño de estas tareas, a riesgo de morirnos de vergüenza. Responsabilizarnos de ellas formaba parte del crecimiento y la autoafirmación. Tampoco era costumbre que los padres dieran la lata a los profesores de sus hijos, incluso si estos eran unos micos y aquellos unos desalmados. Parte de la experiencia vital consistía en aprender a soportar la escasa competencia de algunos maestros, compensada por la extrema diligencia de otros. De igual manera que al tornero le desagradaba que un profano pusiera en cuestión su habilidad, él honraba la de los profesores de los hijos con una confianza plena. Las madres no andaban todo el día por el centro educativo pidiendo citas con enseñantes o directores salvo que se diera un problema "gordo", ni desautorizaban las evaluaciones que emitían, pese a que les parecieran injustas ("aunque yo que sabré"). En los setenta aún estaba por inventar la sobreprotección de los adolescentes. Nosotros hacíamos lo que podíamos, por ejemplo, procurar no dar en casa quebraderos de cabeza, callándonos los suspensos y repitiendo los exámenes sin levantar la liebre.

De la etapa del instituto me quedó la certeza de que fracasar no era algo relevante, siempre que se hiciera con dignidad, esto es: habiendo intentado

evitarlo con todos los recursos a nuestra disposición. A mi juicio, no compensa a la larga que, por la sobreestimación del éxito hoy, los padres se metan de hoz y coz en el día a día de los estudios de los hijos, pues les privan de la experiencia de ese fracaso meritorio al que aludo, mucho más rentable para su formación que el triunfo a toda costa. La educación que recibíamos en el instituto era el único espacio privado que se nos reconocía en la adolescencia, por lo que chicos y chicas nos envanecíamos de apañarnos solos, haciendo del momento y del espacio de los aprendizajes lugares tan íntimos como el amor o los desengaños. Salvando situaciones que hubieran requerido una intervención no solo de los padres sino también de las fuerzas de orden público, pienso que en general tuvimos un método educativo bastante razonable para aprender a madurar.

El instituto funcionaba como la vida misma. En él había sabios y zoquetes. Los que no éramos ni lo uno ni lo otro intentábamos bregar con los extremos. Los profesores —que no "profes"— eran personas mayores, sensatas, y muy bien preparadas por lo general. Un chaval no esperaba congeniar en absoluto con sus enseñantes. Ni su función residía en ser amigos nuestros ni nuestro interés en serlo de ellos. Hacia los quince años tuve un profesor de Filosofía que nos producía una angustia infinita, principalmente por su estilo frío y el uso de los silencios para meternos el miedo en el cuerpo. No creo que le gustara tenernos delante de sus narices (tenía una digna de un caricato) un par de tardes por semana. Su interés vital giraba en torno a Dios, la Patria y el Rey, aunque con Franco se hubiera apañado divinamente. Carlista hasta las trancas, se le reconocía como tal ya solo por la hechura, y tengo entendido que, siguiendo la estela posfranquista de los desesperados de Blas Piñar, hubiera mandado quemar a todos los liberales que su peculiar nariz olía en la distancia. Era escuchar cómo se aproximaba a la puerta de la clase (zancadas largas y sigilosas bajo el loden verde y la chapela negra) y estar viendo el rayo que antecede al trueno. Sus enseñanzas estaban contenidas en un librito publicado a comienzos de la década anterior que yo, por economía principalmente, compré muy barato de segunda mano en Libreros y revendí nada más terminar el curso. No quería tener a la vista nada que me recordase al individuo de marras. De aquella clase obtuve no obstante un par de aprendizajes útiles. Por ejemplo, que había adultos que no se tomaban en serio su trabajo pues, como era el caso, despreciaban manifiestamente a quienes justificaban su fuente de ingresos, en este caso las colegiales.

Completé esta lección con otra igual de importante: la gente iracunda e insatisfecha —quizá acomplejada— busca resarcirse de la amargura fomentando en torno a sí un clima de temor gazmoño que puede llegar a laminar la autoestima de quien lo padece pero que, a la larga, resulta ineficaz a los fines de quien lo anima. No me pega que el sufrimiento que causaba a las adolescentes este ilustre profesor de Filosofía aliviara en absoluto la insatisfacción que le acompañaba a ojos vistas.

En el otro extremo del espectro, tuvimos un profesor de Lengua y Literatura que parecía muy viejo —y sin duda lo era— por su aspecto desmañado, y que nos llevó a un acto de lectura del discurso de ingreso de un nuevo académico en la Real Academia de la Lengua. En sus clases aprendíamos lo que no está escrito, y casi sin estudiar. Bastaba con leer y prestar atención. El profesor se paseaba entre las mesas arrastrando su guardapolvo-gabardina con aire disperso, y trufando en monólogo dialogado las enseñanzas académicas con las anécdotas vitales, que tenía para dar y tomar. Cuando se paraba junto a cualquiera de las niñas la miraba a los ojos sustanciando la narración en la personilla elegida. Una se sentía importante. Tenía la voz delicada y musical del norte. Junto con otro profesor de Literatura nos acompañó en viaje de estudios. Fuimos a Barcelona, ciudad que ya conocía por haber visitado a mi familia en muchas ocasiones, pero que ahora observaba con los ojos de una aspirante a adulta, centrada en experimentar lejos de la tutela doméstica. Paseamos por las mágicas ciudades de la Cataluña francesa, culminando el recorrido en París. Componían estos profesores de lengua un fecundo binomio extravagante. Las particularidades de este tipo de experiencia viajera no llegaban a los oídos del núcleo familiar. Los padres tenían que conformarse con sus datos formales: hora de salida, hora de recogida, lugar de alojamiento. Malamente, se irían acostumbrando a los rebuznos y a los silencios cuando intentaban sonsacarnos.

Nuestros institutos, poquísimos para la población de *baby boomers* que debía ocupar las aulas en los años setenta, eran museos que albergaban especímenes añejos. Las vitrinas en los gabinetes de ciencias (laboratorio había, pero más para mirar que para toquetear, no se fuera a romper algo) y los muebles de buena madera instalados en los pasillos rebosaban de bichos disecados, libros de lomo rancio y hasta esqueletos humanos colgando de ganchos. Los profesores más jóvenes, no siempre los mejores, venían a enseñarnos con el compromiso institucional de aventar de golpe el polvo

acumulado en las aulas durante décadas. Se apreciaba la lucha sorda entre clásicos y modernos, catedráticos y penenes (para quien no conozca el término, equivale a los interinos de hoy en día). Las ventanas de las aulas resultaban inabarcables de lo altas que eran. Tenían cercos de madera y postigos de enredoso cierre. Solo se abrían al mandado del profesor o a instancias de los bedeles, un grupo humano con gran autoridad sobre los alumnos, pero con una identidad tan peculiar que aún hoy me cuesta describirlos con brevedad. Baste decir que dominaban el instituto como una legión de mayordomos ingleses, pero en versión castiza. Obraban tras unos puestos de madera que les conferían autoridad y a la vez les servían de refugio. Guiaban al ganado por los pasillos y, si se terciaba, soltaban gritos y empujones, afortunadamente medidos en cantidad e intensidad.

Durante el bachillerato estudié pocas materias, aunque recuerdo tener la impresión de que bastaba con ellas. Lengua, Historia, Ciencias Naturales, Latín e Inglés eran campos básicos, acompañados de materias —solo teóricamente— más lúdicas, como Dibujo o Gimnasia. Puesto que mi instituto era de los antiguos carecía de un gimnasio propiamente dicho. A las chicas se nos sacaba al pasillo a pegar algún brinco y a hacer flexiones vestidas de calle. Llevábamos pocos libros a clase, pero tomábamos muchos apuntes, que poníamos a resguardo entre las tapas duras del carpetón de anillas que iba engordando al ritmo del puñado de hojas diarias. Un par de bolis daban para todas las tareas. La materia de Formación del Espíritu Nacional estaba a cargo de unas señoras que daban principalmente paseos por la clase mareando la perdiz, aburridas unas, cabreadas otras, vaya usted a saber. Se veían ya fuera de juego.

Aquellos niños de entre catorce y dieciséis años éramos personas confiadas, yendo y viniendo en autobuses y líneas de metro de casa al instituto y del instituto a casa un par de veces al día. Con una jornada de nueve a dos y de cuatro a seis o similar, la comida de los futuros bachilleres seguía haciéndose en las casas, estuviesen estas al lado del centro educativo o a diez kilómetros, como era mi caso. No había comedor o cantina, al menos en mi instituto. Durante el almuerzo se engullían a toda prisa los dos platos de rigor y, con el postre todavía en el gaznate, salíamos de vuelta al instituto para completar las clases de la tarde. Antes de llegar a la boca del metro corría cerca de un kilómetro y medio, que era la distancia desde mi portal. Una vez llegaba a la parada tocaba volver a echar paso ligero otro kilómetro

aproximadamente. La media hora larga de viaje en suburbano se usaba para repasar los dichosos contenidos de la clase de Filosofía. Pero el día no terminaba al concluir el tramo vespertino de clases. A la salida del instituto, algunos cogíamos un autobús que nos llevaba a las academias de música —había padres melómanos empeñados en que sus vástagos aprendieran el solfeo que nadie les había enseñado a ellos—, o las academias de idiomas. Con suerte regresábamos a casa hacia las siete pasadas, hora de acometer las tareas pendientes del instituto. Cenábamos tarde y dormíamos menos horas de lo aconsejado a nuestra edad. Reservábamos la pizca de ocio para los sábados.

No es de extrañar que con estos ritmos de vida los adolescentes desarrollen cuadros de ansiedad e insomnio. Un problema específico en los años setenta era la limitadísima oferta educativa, por lo que para hacer cualquier actividad o estudio tocaba desplazarse distancias considerables. Transportes escasos, lentos y abarrotados añadían pérdidas de tiempo a las jornadas de por sí ya densas. De manera que no quedaba otra que apañarse para repasar en los trayectos. Con todo, me gustaba pasarme el día de un lado para otro. Era muy callejera y tenía la impresión novelera de que al recorrerla a diario me apropiaba de la ciudad. En realidad, se hacían siempre los mismos trayectos, permaneciendo ignotos como selvas inexploradas los márgenes de los recorridos. Yendo sola casi siempre no recuerdo haber sentido miedo ni ver el riesgo por ninguna parte, y eso que a mediados de los setenta la ciudad se iba tornando inestable y escurridiza. Pero nos sentíamos seguros. A fin de cuentas, siempre podíamos llamar a casa desde cualquier cabina de teléfono instalada en la vía pública o desde los aparatos de los bares. Para mí eran preferibles estos teléfonos instalados al final de la barra del bar, especialmente tras haber visto en televisión *La cabina*, una película breve que narraba el periplo y terrible desenlace de un señor con bigote y calvo encerrado en una cabina telefónica. Le cogí tal manía a esta cinta que nunca he querido volver a verla. Retrasos y avisos telefónicos de por medio, los adolescentes estábamos donde se nos esperaba. Con trece años me dieron las llaves de casa, imagino que por hacerme la gracia de que me viera ya mayor. Conservo el llavero de cuero con la inicial de mi nombre grabada. Soy una sentimental.

Al rememorar los días del comienzo del bachillerato no puedo evitar verme con el trasfondo de un telón que representaba a mi país haciendo cabriolas.

España para mí no era la nación, o un régimen político, sino más bien un yo colectivo: una suerte de incongruencia de la que los adolescentes, con nuestros "yo solo" multiplicados por miles, actuábamos a modo de metáfora. En el anonimato dentro del grupo, cada uno de nosotros cogía su particular berrinche con tal de reconocerse único y diferente. Expresábamos voluntad empecinada de singularidad, pero sin dejar de vernos bien amarrados al grupo. A la España que se fraguaba en la Transición le sucedía algo similar: se empeñaba en diseñar "su" democracia procurando no dar la nota en el club de "la" democracia.

Para ir ganando libertad de acción y de manera gradual, planteábamos batallas en las que se medía la elasticidad de la cuerda que nos sujetaba al hogar. Aprendíamos a tirar sin romper. Una de esas clásicas lizas domésticas era la hora de llegada a casa, que a todos los efectos nos parecía el momento en que suena la sirena para que el recluso abandone el patio de recreo que es la comunidad de iguales —no forzosamente amigos, pero obligada a esa edad por quedar fuera de miradas escrutadoras— para reintegrarse a la celda doméstica. En ese tránsito adolescente hasta el adiós definitivo del hogar, la casa familiar iba adquiriendo la forma de una pensión o de un refugio forzoso y temporal, cómodo solo ante las inclemencias. Todo lo que anidaba en ella mostraba las señales de una infancia de la que ahora nos retraíamos y cuyo insistente recordatorio nos avergonzaba. Nos disgustaba hasta el modo en que los padres nos pasaban la mano por la cabeza o nos alentaban a meter la cuchara en la boca cuando no teníamos hambre. Descubríamos que las habitaciones y los enseres ya no eran nuestros. A la hora de la verdad, el hogar tomaba la forma de ese traje confortable del que sabemos que antes o después habrá que desprenderse porque es prestado. ¿Cómo íbamos a sentir propio un entorno o unos objetos que las madres ordenaban a su gusto, toqueteaban y hasta tiraban a la basura sin consultarnos? Tener que escamotear de la mirada doméstica las cosas que no queríamos compartir sacaba a relucir la verdad. Al salir por la puerta cada mañana, los cigarros, las cartas y las fotos privadas se encogían de los fisgones en los escondrijos de los cuartos juveniles silenciosos. Por si las moscas, al regresar a casa se hacía revisión de inventario y se reubicaba la fuente de la posible discordia. Qué tontos éramos al suponer que solo nosotros sabíamos de la existencia de un tubo hueco en el poste del cabecero.

Teniendo que ver crecer a sus niños al unísono con las transformaciones

del país, los padres debían sentirse en esos días más abrumados de lo usual si cabe. El esqueleto de normas que les sirvieron a ellos se desmoronaba bajo una lluvia de actitudes revolucionadas por la voz de una autoridad sin cara que les indicaba que los hijos tenían algo que decir a la hora de estipularse reglas de convivencia. A nuestros pobres padres les caía el agua hasta de costado. Seguro que ni habían pensado cuando nacimos que para afrontar la etapa final de nuestra crianza se enfrentarían al aprendizaje de un manual de uso actualizado, una de cuyas primeras instrucciones era soltar al máximo la cuerda. Los nuevos adolescentes, especialmente las chicas, exigíamos un margen de maniobra amplio en el tiempo y las distancias. Se contaban a puñados los casos de adolescentes que amenazaban con irse de casa a la primera de cambio. Reconozcamos hoy, quienes más nos rebelamos entonces, que hasta en este peculiar asunto nuestros padres, crecidos en posguerra y franquismo, pertenecían a una generación en la que se les complicaba siempre la vida.

Los fines de semana salíamos, quedábamos, íbamos a dar una vuelta, a casa de… Para mí, que había cambiado de barrio, los amigos venían del instituto, que era femenino. Pero afortunadamente estaban los hermanos de las amigas, o los amigos de los hermanos. La oferta de amistades, en el reducido mundo en el que nos movíamos, era escasa y poco variada. Hacia los catorce años, las amigas nos queríamos y lo pasábamos muy bien juntas, siempre en actividades de poco riesgo: ir al cine, pasear, tomar algo en una cafetería. Las circunstancias y la edad no daban para más. Nos gustaba la música, y aprovechábamos algún cuarto no compartido para escuchar discos o mirar revistas. Había casas que eran más de ir y otras de menos. Ello tenía que ver con la centralidad, la cercanía, con el espacio de la vivienda, pero sobre todo con lo acogedores que fueran en esa familia. Incluso siendo amables los padres, no en todas las casas se estaba a gusto. Importaba mucho que quienes mandaban dieran poca importancia a las cosas que no la tienen, que hubiera hábitos de convivencia flexibles, que se estuviera acostumbrado a vivir de puertas para fuera y a no hacer juicios cada dos por tres. En la adolescencia se percata uno de la variedad de culturas familiares y se aprende a tomar prestados los usos más benévolos.

A la hora de recogerse, se establecían normas domésticas que tenían como denominador común ese "y a las nueve en casa sin falta a cenar". El orden de las ideas incorporadas a esta frase no era baladí: hora, lugar, compromiso y

objeto del mismo. Con variaciones según zonas del país y circunstancias, durante la Transición se persistía en la celebración —porque celebrar estaba en el fondo del asunto— la cena diaria en familia, equivalente a la ceremonia de exaltación de la familia en sí. Las cenas adquirían una relevancia ceremonial incluso si nos sentábamos a comer en pantuflas. Era el momento en que el padre "disfrutaba" de la compañía de los hijos. Entre las nueve y las diez más o menos se ponía la mesa, se cenaba y se recogía. Luego había que lavar los platos. Lo que hoy denominamos *diálogo intergeneracional* iba chisporroteando en las rápidas sobremesas, aunque lo esencial quedara fuera de rango para "tener la fiesta en paz". Entre padres e hijos se iba alzando una muralla que, en un momento dado, ya no se podía derribar. En la práctica, las cenas podían escenificar auténticos campos de batalla o bien sesiones de espiritismo: engullendo pequeños y mayores a grito pelado —cada cual hablando de lo suyo— o callados todos como tumbas bajo la mirada siempre alerta de la madre, cuya función era velar por que nada trastocara el sosiego. Al buen callar llaman Sancho. La iluminación de la lámpara sobre la mesa se ayudaba con la procedente del tubo catódico del televisor, cuya sonoridad facilitaba el mutismo de los comensales, muy conveniente a la hora de no tocar asuntos espinosos. Las bocas atropelladas por frases inoportunas o requerimientos ingratos se cerraban con un: "¡Chist!, a callar, que no se oye".

Hacia 1975 la información televisada era muy relevante y a la vez sufriente. Motivo de más para cenar callado y escuchando lo que se nos tuviera que decir. Cenar a las nueve de la noche convenía al ritmo de las jornadas, pero también al tardío horario de las noticias que dirigían la atención popular hacia asuntos mayores y menores: la enésima crisis en Oriente Medio, la subida del precio del pan, de la bombona de butano, de los transportes y la inflación, de cuya existencia supimos durante esa época. Aunque en noviembre del 75 el tema crucial fue la agonía de Franco, en mi casa se puso mucha atención en la Marcha Verde y la pérdida del Sáhara español. Si bien la televisión procuraba no dar las malas noticias con excesivo rigor y pormenores —quizá para que no nos disgustáramos—, las pocas imágenes televisadas (una masa de cientos de miles de marroquíes corriendo por el desierto a voz en grito mientras blandían el Corán cuan espada justiciera) permitían hacerse a la idea de que Franco arrastraba a la tumba consigo hasta el último reducto colonial.

El Sáhara no nos era ajeno en la familia debido a que mi abuelo, militar,

había servido en las plazas africanas, algún tío había nacido en ellas y, a mediados de los años cincuenta, mi padre había vivido cerca de cuatro años en el Sáhara que ahora de repente ya no era español. Estos breves lazos eran suficientes para levantar la indignación en la familia, al ver que España cedía al vecino, sin oponer su ejército resistencia, un territorio que a nuestro parecer era tan español como la Gran Vía de Madrid. Entendía yo entonces que los saharauis resultaban a todos los efectos miembros de la familia española y que, por poco afecto que le tengas, a un pariente no se le regala así como así al primero que te lo pide. La información oficial nos hurtaba el derecho a saber bien de qué iba todo esto, y con una educación política e internacional desastrosa, de este tema nos enteramos poco y mal. Duró poquísimo en la retina de los telespectadores, ocupando enseguida su lugar la ristra de acontecimientos que se precipitaron al morir Franco.

Volviendo a la cena, martillo pilón de tantos conflictos, las relaciones paternofiliales patinaban definitivamente cuando se reiteraban los retrasos a la mesa. Las consecuencias de la falta de respeto que comportaba abrir la puerta cuando se había enfriado la tortilla impulsaban a los jóvenes a levantarse de la butaca de un cine o la silla de un bar, echando a correr hasta la parada del autobús o el metro. El éxito de estas carreras tenía la ventaja de no enfadar a los padres, pero la desventaja de poner de morros a la amiga o el novio, a los que se dejaba tirados. Durante un tiempo las caras largas de nuestros progenitores nos mantuvieron receptivos al toque de queda. Pero este ultraje a la razón y a la independencia personal no podía durar eternamente. Los jóvenes aprendíamos a sostener con la boca apretada las miradas heladoras, e incluso a repartir durante pertinaces temporadas un mutismo doméstico que pensábamos nos convenía.

Estábamos hartos, las chicas principalmente, de reglas hostiles a nuestro parecer y al de nuestra tribu. Envidiábamos a los amigos y amigas —pocos, la verdad— en cuyas casas cada quien hacía de su capa un sayo, llegaba a la hora que le daba la gana o entraba a saco en el frigorífico para prepararse un tentempié con las sobras de la comida. Los pisos de estudiantes sin tutela paterna nos parecían lugares de fábula a quienes estudiábamos en la ciudad en que vivíamos. En los domicilios regentados por padres “comprensivos” hasta ellos actuaban como adolescentes, compartiendo con sus hijos el pitillo y el gollete del botellín. Los chicos que vivían en esas casas podían llevar novias y novios a sus cuartos, cerrar la puerta con pestillo durante el tiempo

que les placiera sin que nadie abriera para ofrecerles un vaso de leche con suizo. Los demás nos apañábamos con las familias que nos habían caído en gracia, en las que se intentaba mantener tirante la cuerda de nuestro amarre. La quiebra de las correcciones adquiría a los ojos de los adolescentes todo el encanto de lo imperfecto.

Si la cultura es la piel del mundo, los chicos descubríamos la variedad de tersuras y colores que podía llegar a tener. A los quince podíamos pensar que nos había caído en suerte lo peor, sin ser conscientes de que siempre existían situaciones abominables o de que, en el mejor de los casos, lo peor estaba por llegar. En el lustro siguiente, ya con clases vespertinas y fuera del horario diurno tradicional de las escuelas, se complicaba la conciliación entre lo que hacíamos y las exigencias de nuestros mayores. Y lo peor de todo, se multiplicaban las voces que opinaban sobre nuestro proceder: materia de conversación telefónica entre madres, tías y cuñadas a quienes nadie les había dado vela en este entierro. Cada vez había menos manera de ajustarse a las horas del rancho doméstico, o de acompañar a los padres a sus fines de semana en la casita de campo. Mentirijillas primero y mentiras en toda regla después salían de nuestros labios para justificar ausencias y escaqueos. A la hora de fintar verdades, carecer de teléfonos móviles fue una suerte de la que no se benefician ya los adolescentes hiperconectados. Puede que entonces tuviéramos menos amigos que ahora, pero nos teníamos más a nosotros mismos porque convivíamos largos ratos con nuestras respectivas desconexiones. Los padres preferían creerse las trolas que les soltábamos a admitir que sus niños habían empezado a mentirles, para hurtarles la naturaleza de una vida en paralelo. Cuando menos, se iban más a gusto a dormir. Y hacían bien, porque el que decide no ver ni preguntar nunca queda decepcionado.

En un momento dado los padres daban por perdida la batalla del tira y afloja que nos traíamos. En los años finales de la adolescencia la necesidad de apañárselas uno solo, de desprenderse de la tutela era ya tan acuciante que comenzábamos a pergeñar planes de “independencia”. Mientras hoy los padres dicen que los hijos se han ido a vivir por su cuenta, los nuestros lidiaban con un sustantivo más rotundo e hiriente: la independencia. A ellos les hubiera encantado descolonizarnos —en un proceso ordenado y tranquilo—, pero nosotros elegíamos —como los habitantes de la India— tomar la iniciativa e independizarnos. Al irnos del hogar familiar abandonábamos un

domicilio y una compañía querida, pero sobre todo y según nuestro parecer, tras la puerta dejábamos el mando tiránico de los padres. Hasta llegar a este punto, pasamos una etapa reduciendo las interacciones.

Ya sin malos rollos, a casa solo íbamos a asearnos, dormir y poco más. Estábamos ocupadísimos. A fuerza de verse disminuida la convivencia, crecía la incomunicación, pero se discutía menos y la familia, tal como la conocimos de pequeños, dejaba de fluir. En un momento dado hasta los padres sentían —sin atreverse a manifestarlo— lo a gusto que estaban cuando ya solo íbamos de visita. Los adultos que no se conocen se molestan. Por nuestra parte, justificábamos el alejamiento en tonterías del estilo de no querer compartir cuarto con algún hermano, una excusa tonta, pues en realidad lo de ser dueño de la "habitación propia" que recomienda Virginia Woolf tampoco era tan decisivo en ese tiempo. Nos apañábamos con la habitación metafórica —a la que también alude la escritora—, que a esas alturas ya estaba hecha e íbamos decorando con los muebles, objetos y libros que imaginábamos poseer. Pero, hijos de nuestros padres, también nosotros establecíamos un horario de recogida en esta "habitación propia" figurada, pues solo un cataclismo libra a los humanos de las costumbres primarias que se adquieren en la infancia.

CAPÍTULO 5

EL DÍA DE MAÑANA

Para poner pie en el futuro sobre el que debíamos fijar nuestra atención faltaban en España fuentes de inspiración adecuadas a los tiempos. Claro que uno podía pensar en llegar a notario, pero digamos que la imagen proyectada en la juventud de este tipo de profesiones, tan españolas como incomprensibles en el resto del mundo moderno, no convencía ni siquiera a los jóvenes nacidos en una saga de dueños de notaría. La mayor parte de los adolescentes ni siquiera teníamos este tipo de referencias clásicas, planos consistentes sobre los que mover las sombras chinescas que éramos. Si al hijo del ferretero se le esperaba detrás del mostrador cuando terminara el instituto, al del médico se le hacía hueco en la Facultad de Medicina. Cosa distinta sucedía con los que salíamos de casas sin negocio o apellidos ligados a una profesión liberal. La única certeza —que ni siquiera sabíamos verbalizar aún— era la de que formábamos parte de un plan "aspiracional" —anglicismo muy usado hoy— trazado por la generación de nuestros padres. Si además se era chica, el asunto se complicaba. Las de mi quinta intuíamos que el matrimonio no era una solución satisfactoria a este entuerto del porvenir. Ítem más, lo entorpecía. Mirabas alrededor y lo tenías clarísimo: una legión de mujeres atrapadas en la familia y otra doblemente presa de la crianza y el trabajo fuera del hogar. Daba fatiga solo mirar lo que la vida nos tenía reservado. En los pueblos, las mujeres casadas sufrían un sometimiento magnificado por la maternidad ineludible y la atención a la huerta y los pollos del corral. La situación no mejoraba en las ciudades mientras no se fuese heredera única de un mayorista de cítricos. Incluso las esposas de maridos enriquecidos por la buena marcha de su actividad profesional llevaban una existencia poco envidiable: pendientes del esposo, la prole, la Santa Madre Iglesia y del servicio doméstico.

A las chicas se nos había ido metiendo en la cabeza la peregrina idea de

huir de estos destinos para "ser algo en la vida". Queríamos autonomía económica con la que manejar a capricho nuestra existencia. Que luego te querías casar, pues te casabas. Que no, pues te quedabas soltera y a vivir. El caso era llegar a controlar la fuente del maná, para no tener así que estar pendiente de que te marcaran el ritmo. Ya sabíamos que en la opulencia no íbamos a estar. Nos bastaba con vernos libres de monsergas y ataduras. Sin embargo, un objetivo así planteado resultaba demasiado difuso para que su realización tuviera éxito. De cara a materializarlo nos faltaban los consejos bien informados. Diez años más tarde, en el terreno de lo personal, estuviéramos casados, emparejados o lo que fuere, los chicos y chicas de esta generación seguíamos siendo personas indecisas, tardías en cualquier caso a la hora de concretar cómo vivir. Por otra parte, la coyuntura dibujada por los efectos de la crisis mundial abría un panorama emborronado. A finales de los setenta escaseaba el trabajo para los jóvenes, formados o sin formación, y la oferta de empleo público masiva no había comenzado aún. La opción de largarse del país era complicada, ya que desde Europa no se nos reclamaba ni acogía con facilidad. Los jóvenes europeos denunciaban con protestas los efectos de la crisis sobre sus vidas, pero ellos al menos crecían bajo el paraguas de sistemas democráticos solventes en muchos aspectos. Tendrían más o menos recursos y mejor o peor suerte, pero contaban con algo que nos faltaba a los españoles: las referencias e instrumentos con los que orientarse en la tierra ignota del futuro.

Los padres se esforzaban mucho. Querían guiarnos y suplían la guía que no podían darnos con una sarta de consejos salidos del sentido común, aliñados con la recomendación de que trazásemos objetivos realistas, inmediatos, sobre los que ir sustentando los siguientes pasos. Ponían ilusión en una certeza que nadie osaba rebatirles: la infalibilidad de los títulos oficiales como garantía de logros formativos y llave para el mundo laboral que nos esperaba. Primero terminas el colegio, luego haces el bachillerato (el antiguo, o el BUP), después… ya se verá. Esta indicación contenía el temor a lo imprevisible, de que en el ínterin de ese "ya se verá" el país pudiese hacer el pino puente o irse por la alcantarilla. Para nuestros padres era preferible no hacer cábalas sobre lo incierto. Mi madre, que era el epítome de la cautela, me cogió por banda a los doce años (que era la edad a la que había comenzado ella a trabajar ya en serio en un taller de costura y, en consecuencia, la correcta) y me inscribió en clases de mecanografía. Yo

hubiera preferido hacer danza o judo, pero obviamente de la inversión en tiempo y dinero en estas actividades no se obtenía un rédito tangible. A pesar de todo, la mecanografía me gustó desde el principio, y gracias a ella a los catorce había obtenido mi primer título oficial, el de mecanógrafa —cuatrocientas pulsaciones por minuto—, expedido por la Real Sociedad Matritense, sita en la calle del Codo de Madrid.

Sobre el proceso formativo y su desenlace, lo resumiré diciendo que, tras las clases, iba a una academia en la que me sentaban ante una máquina negra de las antiguas que abultaba más que yo. Las teclas eran tan duras que hoy puedo exhibir como vestigio de aquellas cacerías de letras sobre el teclado mis dos dedos meñiques completamente deformados. La A o la P, por no mencionar los acentos, caen debajo de ellos. Tampoco resultaron indemnes los tiernos pulgares a cuenta de los millones de veces que le di entonces al espaciador. Me encantaba imprimir velocidad a la escritura en el copieteo incesante de textos cuyo significado muchas veces ni entendía. Nos hacían escribir párrafos rarísimos solo por la gracia de que estuvieran llenos de dificultad. Pero a la larga, resultó que la mecanografía iba a ser una pericia apropiada para dejar volar la mente al terreno de la ocurrencia. Por de pronto, con su aprendizaje se entrenaba la memoria muscular de los dedos, siendo así que los que mecanografiamos a la antigua creemos pensar con ellos, lo que en mi caso atestiguan algunos sueños en los que hablo, no con voz, sino presionando letras.

Aprendíamos el método ciego de la manera más pedestre que pueda imaginarse: los dedos cubiertos por un lienzo blanco atado a la trasera de la máquina, y la vista girada sobre el papel. A fuerza de equivocarnos se incorporaban letras y signos al movimiento de los dedos. Este era un adiestramiento sobre todo de chicas a cargo de maestras que paseaban entre las escribientes vigilando que no echásemos un ojo al teclado. El ruido de la sala era ensordecedor. Cabía imaginar que los chicos que no aprendían a escribir a máquina iban a ser nuestros futuros empleadores, que las chicas trabajaríamos mecanografiando sus documentos. Lo que no dejaba de ser curioso, pues antes de que se inventase la máquina de escribir, la práctica totalidad de los amanuenses eran señores. Me venía a la cabeza la imagen de Bob Cratchit, el empleado maltratado por Ebenezer Scrooge en el *Cuento de Navidad* de Charles Dickens, doblado sobre el pupitre durante las largas jornadas invernales. Y me imaginaba a mí misma de aquella guisa, solo que

sin pluma y tintero, tomando nota de que quizá no fuese este trabajo el adecuado para una chica que quiere "ser algo en la vida".

El día del examen, a la puerta de la sede en la mencionada calle del Codo se formaba una cola larguísima de aspirantes de ambos sexos y edades muy variadas. Los que justificábamos los catorce recién cumplidos éramos un segmento pequeño. La fila se escurría hasta la plaza de la Villa, donde serpenteaba para no entorpecer el paso de viandantes o invadir la calle Mayor, que por entonces era como el tubo de una chimenea atestada de coches y polución. El principal temor de los candidatos a mecanógrafos era que le tocase una máquina con un defecto en el teclado, lo que era altamente probable si tenemos en cuenta los intensos servicios que prestaban a diario en la sala de examen las Olivetti de color verde o azul, con el brillo original de las carcasas matado por el uso. Si se atascaba una vocal, el examinado ya podía levantarse y volverse a la calle del Codo. Solo con tener que bajar manualmente la varilla al arco central ya se perdía un tiempo de oro, y mucha concentración, lo que suponía quedar fuera del margen de las pulsaciones exigidas para pasar el examen. Aunque con una calificación discreta, aprobé en el primer intento. ¡Bingo! Me había ganado una cartulina impresa en letras pomposas que, como los títulos de los médicos, podría enmarcar y colgar de la pared.

Sin haber concluido el bachillerato elemental, este diploma me hubiera permitido ganarme la vida, en el caso de que alguien hubiera estado dispuesto a emplear a un mico. Los niños íbamos hasta las puertas del examen solos, acarreando maletines con la máquina portátil particular por si las moscas. Bastaba con coger el metro dirección a Sol. Cuando llevé el título a casa mi madre se permitió un breve momento de relax. De irse las cosas al garete —un pensamiento muy usual en esos días entre los niños de la guerra— su hija podría colocarse y ayudar en casa. Tras años de ir cosechando títulos oficiales que nunca he enmarcado, hoy me siento conmovida por este primero, que certificaba tan solo una habilidad mecánica, y agradecida a mi madre por su empeño tozudo en que aprendiera a escribir profesionalmente, "a ciegas", lo que hago ahora sobre estos teclados de ordenador tan blanditos donde los dedos corren que da gusto.

En el 74 Franco seguía vivo y, pese a tener el bachillerato elemental y un título de mecanógrafa en el bolsillo, la idea sobre el futuro que me aguardaba era vaga y tornadiza. La imprecisión de los deseos se circunscribía en mi caso

a un listado de lo que, bajo ningún concepto, quería hacer. Ya he dicho que no deseaba ser ama de casa, aunque tampoco trabajar en una oficina. Antes de los dieciocho, por medio de un contacto, me pusieron a trabajar en una empresa constructora. Me dieron para hacer algo fácil. Solo tenía que coger llamadas telefónicas y pasar recados. Duré en el puesto una jornada incompleta. Me bloqueaba ante los mandados del jefe y me liaba con las líneas del aparato de teléfono, que sonaba sin cesar. A las dos de la tarde ya era un bebé inundado en lágrimas, haciendo pucheros y jurando por mis muertos que no volvía por allí así se liase parda en casa. De esta fugaz experiencia me quedó una imagen irreal e injusta del entonces llamado trabajo de oficina, y el pensamiento de que el secretariado requería un conjunto de cualidades personales que no se ganaban con certificados de estudios, y de las que yo carecía. En casa aceptaron que lo único sensato era mantenerme estudiando.

Tras este "no" rotundo a la iniciación en el oficio de secretaria, llegó el segundo, y este fue de peores consecuencias. Por aquel entonces ya no quería ni ver las matemáticas. Era ponerme delante de un problema y antes siquiera de leer el enunciado me imaginaba ante una broma absurda, incapaz de sacarle un solo hilo de sentido al lenguaje de los números y los signos. Los enunciados planteaban asuntos irreales, sin pies ni cabeza en la narrativa que le daba sentido a mi mundo. Esta cualidad convertía a los problemas en criaturas innobles y tramposas, algo que nunca podía decirse de un texto escrito, aunque estuviera en arameo. Mal aprendidas desde el comienzo, me enfrentaba a las matemáticas con una perspectiva errónea: la de intentar comprender las coordenadas espaciotemporales de los guarismos. Estoy convencida de que esto mismo les ha pasado a la mayoría de los alumnos, que aplicaban mecanismos de resolución incluso si no entendían la naturaleza de lo que tenían entre manos. Sin duda, esto hubiera sido lo adecuado: actuar y pasar página. Pero para mí, estudiar matemáticas era tan complicado como meterme con los ojos tapados en una habitación sin gravedad. Lo que no era obstáculo para que me partiera la cabeza con el fin de aprobar y hasta sacar buenas notas. Era tanto el esfuerzo que ni los resultados más agradecidos evitaron que odiara este aprendizaje y que, en el momento en que la opcionalidad dentro del bachillerato me permitió zafarme de ellas, cerrase la puerta a las matemáticas, más feliz que una perdiz, liberándome de una angustia dañina, aunque perdiendo para siempre jamás la oportunidad de

incorporar una herramienta intelectual imprescindible.

Para muchos padres de esa época, el día de mañana empezaba ya. Mi madre —que no daba un respiro y estaba muy afectada por mi abandono de las matemáticas, advirtiéndome de que sustituyéndolas por las lenguas muertas salía perdiendo— se emperró en que, puesto que tenía el título de mecanógrafa, me pusiese con la taquigrafía. Comenzaba yo a mostrar persistencia en los pareceres contrarios a sus deseos, pero como la temía más que a un nublado logré zanjar la discusión proponiendo un canje. Dejaría la taquigrafía para cuando hubiera aprendido bien el inglés, de más provecho a mi parecer. La engatusé con la promesa de un título poco habitual aún en los setenta, pues la mayoría de los chicos estudiaban francés. Si mi padre miraba por que fuéramos autosuficientes, mi madre quería títulos a toda costa. Los títulos, como los dogmas, eran incuestionables. La transacción del inglés por la taquigrafía resultó un acierto, lo que no fue óbice para no perder ocasión en recordarme que seguía sin aprender taquigrafía. Agradezco a las clases de inglés el haberme salvado del lenguaje escrito de signos, teniéndome ocupada una buena tira de años. Cuando entré en la universidad, con un conocimiento de la lengua más formal que de calle, respaldado por el consecuente título, puse el diploma sobre la mesa del cuarto en quilla. Mi madre hizo una breve inclinación de cabeza, antes de sugerir que: "Ahora que te queda tiempo te pones con el francés, ya que sigues empeñada en no querer ir a taquigrafía". Pues no se hable más: me matriculé en clases de francés.

Con esta lengua me sucedió algo similar a las matemáticas. Aunque me gustaba terminé por aborrecer las enseñanzas. Solo unas líneas para referir cómo se aprendía francés en esos días en la Escuela Oficial que rendía culto a los Idiomas. Para empezar, el elenco de profesores —y salvando las excepciones que confirman toda regla— era una burla. Tuve a una mujer mayorcísima —no podía ni con su alma— cuya clase consistía en escribir en la pizarra la conjugación de un verbo (un tiempo y un modo, por ejemplo). Digo escribir porque la primera parte de la hora de clase la ocupaba trazando palabras sobre el encerado, eso sí, con una caligrafía francesa de las de escolar con pluma de ganso. Hasta las rayitas en las que metía las letras pintaba. A continuación, uno por uno, los alumnos leíamos en voz alta los seis renglones de dos palabras que componían el verbo. En mi caso tardaba una hora en ir y otra en regresar a la dichosa escuela. La inasistencia reiterada (y había días que tenía que meter la cara debajo del grifo solo de pensar en lo

que me aguardaba) suponía abandono, y la pérdida de derechos de examen. A esta señora nunca le escuché una sola frase que no fuese en español.

Otra de las profesoras veteranas se empeñó durante semanas en que consiguiéramos pronunciar con un acento parisino el verso "*Non rien de rien, non, je ne regrette rien*", estribillo conocidísimo de la canción de Édith Piaf que, a manera de himno nacional, escuchábamos cada tarde. Esta profesora tenía una energía fulgurante y un acento excelente. Pero hubo un profesor especialmente dañino cuyas costumbres en el trato con los alumnos hoy le costarían el puesto. Subía y bajaba las escaleras del edificio sin usar el ascensor, aunque le faltaba una pierna. Era de esas personas que se solazan intimidando a la gente con sarcasmos, especialmente a las alumnas adolescentes y retraídas. Llegó un momento en el que lamenté no haber ido a clases de taquigrafía. El francés me resultaba una lengua llena de trampas de la que profesores de esta guisa te animaban a huir. Diré no obstante que, a fuerza de leer en alto, fui pasando los cursos con una pronunciación muy digna de la rabiosa "r" gutural, lo que me permitiría luego simular que hablaba francés, siempre con más gracia que conocimiento.

La visión del día de mañana seguía borrosa, las vocaciones, imprecisas, y una única certeza en todas las mentes adolescentes: la de que nos haría falta dinero. Mientras pudimos ir por el mundo sin él, fuimos personitas relativamente despreocupadas y felices. Pero a los quince, como cualquier estudiante de cualquier época, comenzábamos a sentir los efectos de no poder gastar más que calderilla: monedas acurrucadas en los bolsillos de la chaqueta, o junto al carnet de identidad, en las carteritas que nos regalaban. Se pagaba en metálico, más con monedas que con billetes, estos de cien, quinientas y mil pesetas. En moneda o billetes, teníamos más acceso a las cien que a las mil. En la Transición el salario mínimo rondaba las quince mil pesetas, el equivalente a unos cien euros actuales. En las casas "se miraba mucho la peseta", sobre todo porque los precios iban al alza. En los libros de esos años que conservamos algunos aparecen escritos a lápiz precios que oscilan entre las doscientas y las seiscientas pesetas.

La chequera, inserta en una solapa de plástico, se tenía en las casas para asuntos principalísimos. Con meticulosidad de contable, antes de arrancar uno de aquellos valiosos billetes, se hacía el apunte en la hoja última del talonario, cuidando de que figurase el número del cheque expedido, el monto, el destinatario y la fecha. Estos procedimientos eran significativos. La gente

se sentaba y se manejaba con prudencia para no estropear el cheque. Se usaban a veces plumas estilográficas, que parecían dar mayor importancia al acto de desprenderse de una cantidad relevante de dinero. Se ponía sumo cuidado en la anotación de los cheques, blindando los números con unas rayitas o cruces dobles al inicio y el final de la cantidad, no fuera que algún listo le colara un dígito de más. Este dinero bancario tenía un color verduzco, pardo o rosado, según la entidad bancaria de origen. Estaba hecho de un papel grueso con lemas impresos. A la chequera se le tenía un respeto reverencial, siendo por lo general cosa de los padres su guarda y administración. Y podía pensarse que cuando a uno le iba de maravilla disponía de un talonario de cheques, que arrancaba de un tironcillo con aire decidido, tras haber garabateado con descuido teatral el importe y el destinatario. Se hacían cheques nominales y al portador, los primeros para cantidades sustanciosas y los segundos para las menores.

En los setenta nos acostumbramos a escuchar la expresión "cheque sin fondo", que remitía a una situación inquietante que —válgame Dios— nadie quería tener que afrontar. En este asunto en particular había personas en cierto modo acuciadas por las circunstancias que libraban a la desesperada alguno de estos cheques. Pero otras los extendían sin escrúpulos cuando localizaban a congéneres incautos que, con el cheque sin fondos, salían del banco de vacío, tal y como habían entrado, solo que con la cara hasta los pies. La delincuencia de los cheques sin fondo o al descubierto crecía a medida que la crisis de los años setenta hacía sangre en los bolsillos de la gente y los espabilados entendían que las autoridades estaban muy ocupadas para fijarse en este tipo de delitos de guante blanco. El final de la década resultó —haciendo honor a la norma de la Transición— una época de trágalas, proclive a los chanchullos económicos y fiscales que quienes la vivimos no olvidamos fácilmente. Había que andarse con cien ojos.

Para los jóvenes estos cheques eran entidades mitológicas de escasa presencia terrenal. Los bachilleres y universitarios estábamos literalmente sin blanca. Las pagas domésticas cubrían el transporte y algún gasto de papelería. Los folios Galgo eran tirando a carillos y buscábamos alternativas dentro de la escasa variedad de papel en el mercado. Tuve pronto una máquina de escribir propia, pero estiraba hasta la extenuación la tinta de las cintas y los carboncillos de copia. Ni se nos ocurría ir a cortarnos el pelo o a comprar ropa sin previa autorización del gasto en contaduría. Estábamos

realmente pelados. No puedo decir si nosotros lo estábamos más que las generaciones que nos siguieron; lo que sí atestiguo es que para los jóvenes estudiantes todo dependía de la alegría de las economías domésticas. Aún no se había creado un programa realista de bolsas de ayuda y becas escolares y universitarias. Tampoco había financiación en acción social por parte de entidades privadas, ni modo alguno de conseguir empleos regulados a tiempo parcial, desde luego no en la propia universidad.

El que trabajaba mientras estaba matriculado lo hacía con todas las de la ley y tenía que asistir en cuerpo y alma a las clases vespertinas o nocturnas. Incluso con la Universidad a Distancia en funcionamiento, nada podía compararse a las posibilidades de la civilización *online*. La matrícula universitaria no era especialmente cara, pero costaba lo suficiente para que los hogares se resintiesen a la hora de tener que desembolsarla. El problema más crudo era la brevísima oferta de universidades públicas en el país. De un extremo siempre al otro: en dos décadas se abrieron tantos campus —ninguna autonomía lo era plenamente sin una facultad de lenguas indoeuropeas— que con el tiempo y el descenso demográfico se fueron quedando vacíos. A finales de los setenta la mayoría de alumnos procedentes de regiones sin universidad necesitaban alojarse en residencias, pensiones o pisos de estudiantes que, por muy económicos que resultasen, exigían que las familias hicieran jeribeques para atender los pagos mensuales. A mediados de curso en el primer año de universidad se producía una escorrentía de chicos y chicas que volvían al pueblo, no tanto porque aquello se les diese mal sino porque el plan sobre el papel acababa por hacer agua cuando tocaba tierra. Cuántos rostros anónimos se cruzaron en el camino de los que sí logramos terminar los estudios: personas de cuya existencia, al esfumarse de nuestra rutina, nunca más supimos. Siempre pienso en la cantidad de historias que habría tras estas decenas de abandonos.

La idea de compatibilizar estudios y un trabajo con el que subsistir no se estilaba en buena medida por imposible. Con unos horarios de clase ineficientes, expandidos durante toda la semana a lo largo de un montón de horas, con un sistema de enseñanza que exigía calentar el banco en cada clase, sin atención tutorial ni recomendación de lecturas alternativas a los apuntes obligados (las había, pero complementarias), los chicos que trabajaban por cuenta propia o ajena lo tenían difícil para avanzar en los estudios. Comprendí su heroicidad cuando, tras el quinto año de licenciatura

y al terminar la especialidad, comencé a trabajar y no obstante me volví a matricular en otra de las ramas de la carrera. Incluso estudiando por amor al arte, aquello era un sinvivir, y los resultados bastante peores de lo deseable. Los que vivíamos en la ciudad donde estudiábamos teníamos ventajas que compensaban el hecho de no poder desprendernos de la familia en una fase de la vida tan especial. Podíamos sacarnos unas perras con las que ir tirando sin pedir para esos gastos personales que se incrementaban año tras año de forma preocupante. Se cuidaban niños, se daban clases a escolares rezagados, se ayudaba en algún negocio del barrio o en las manufacturas domésticas emprendidas por las madres. Algunos chicos iban en septiembre a la vendimia a Francia o acompañaban a los padres a las chapuzas en el taller o en las obras de turno. El interés por el dinero se nos revelaba de golpe, al vincularlo con el ansia de independencia, tomando conciencia solo entonces de que para irse de casa bastaba con tener pasta, pues el resto de inconvenientes, afectivos y de autoridad, acababan por solventarse.

Pero el dinero no caía del cielo. Venía maquillado de un artificio con el nombre de *paga* o *salario* que, a su vez, exigía cualificación en alguna habilidad, aprender a cumplimentar impresos y atender entrevistas laborales, echarle imaginación a la hora de tirar de contactos, y hasta una oposición temprana, a administrativo, por ejemplo. Hacia los diecisiete o así, los estudiantes avistábamos el deslumbrante árbol que, al fondo de un camino largo y pedregoso, daba el fruto del dinero. Era el momento de empezar a hacer planes para aprovecharlo. En mi experiencia, entre los dieciocho y los treinta años, en la España de los ochenta, muchos jóvenes tuvieron serios apuros para rozar siquiera el dichoso árbol. Los hubo que se perdieron varias veces hasta dar con él. Otros llegaron en unas condiciones precarias, bien distintas de las que tenían planeadas al comenzar el periplo. La desilusión y el conformismo se comieron a una porción significativa de los adultos que poco antes eran adolescentes del *baby boom*. En el caso de las chicas, no pocas estudiantes se descartaban a sí mismas del panorama laboral. Habían hecho carreras, sí, pero sin tener muy claro para qué. Durante los años de universidad se habían expuesto y lo habían pasado bien, pero *a posteriori* confiaron en no tener que cubrir largas jornadas laborales en difícil conciliación con la familia que empezaban a crear. El apoyo que la sociedad daba a las madres trabajadoras era un objeto de deseo, y muchas elegían la familia a la mala conciliación con el trabajo, que es lo que nos tocó a las que

mantuvimos la actividad laboral. Nada que reprocharles. Estas chicas fueron pura Transición. Tuvieron un pie en cada generación: la de sus madres, al quedarse en casa pese a tener la opción de no hacerlo, y la de sus hijas, por el hecho de haber podido completar unos estudios.

CAPÍTULO 6

UN PAÍS AL RETORTERO

La mañana en que murió Franco, el 20 de noviembre de 1975, me sentó como un tiro que cerraran el instituto. Llevaba varios días preparando un examen de alguna asignatura atravesada y quería soltar lastre como fuera. Aunque había cogido el metro estando al cabo de la noticia y muy a pesar de las admoniciones domésticas, cabezona como yo sola me planté frente a las puertas cerradas del centro. Solo era capaz de ver que este hecho luctuoso me venía francamente mal, pues me hacía la faena de retrasar el dichoso examen. Que me perdonen los allegados de Franco, pero es que la adolescencia se exhibe principalmente por la ausencia de medida real de las cosas. Tras leer varias veces el cartelito que anunciaba el cierre de la instalación durante una semana, me volví por donde vine echando pestes, ante el hecho de tener que volver a engullir unos contenidos que, solo con el cabreo, ya se me iban olvidando.

Miraba alrededor y tomaba conciencia de que el mundo de orden y concierto en el que había vivido hasta la fecha mantenía su apariencia lánguida, como de *impasse*: una calma chicha que anunciaba la llegada de un ventarrón. El país en el 75 ya estaba al retortero, y en la atmósfera urbana contaminada del frío otoño —inolvidable el olor a combustibles y humo de las calles de Madrid colmadas de emanaciones provenientes de coches y calderas— se apreciaba la fragancia del pachuli mezclada con la del Agua Brava y el perfume Joya que usaban los señores y las señoras de toda la vida. Pero en pocas semanas, con Franco en el Valle y el rey ya en La Zarzuela, se notaba un ambiente como batido en la túrmix. La gente experimentaba alivio y miedo, regocijo y ansiedad. También yo durante las Navidades de ese año sentía un tipo de angustia hasta entonces desconocida y a raíz de un incidente sin consecuencias mayores que, sin embargo, me dio que pensar. Caminaba con mis padres por los aledaños de la Plaza Mayor cuando se nos

echó encima un grupo de grises porra en mano. Uno de ellos tiró de mí desmembrándome del grupo familiar. Aún no entiendo qué pudo llamarles la atención de mi anodina figura: vaqueros acampanados, melena al viento y trenca de cuernos, atuendo frecuente en esos años. El guardia me empujó contra una pared y sacó la porra con ánimo de estampármela en la cabeza. Es lo más cerca que he estado nunca de ser agredida. Todo pasó muy rápido, por lo que no tengo otro recuerdo de mi reacción que la asumir la situación y ceder ante mi destino. Lo que no olvido y revivo como si lo estuviera viendo hoy es la rapidez con que mi madre se fue contra el gris a grito pelado. No tengo claro que fuera consciente de que podía caerle a ella el porrazo, e imagino que las madres somos imprevisibles cuando se trata de proteger a la camada. El caso es que, menuda que era, le espetó al guardia un bufido al estilo de un "¡Eh! ¡Oye!" muy madrileño, pero con el ímpetu de un entrenador americano de *rugby*, que dejó al funcionario perplejo con el brazo suspendido en las alturas y a puntito de soltar un "disculpe usted, señora". Como ya dije, mi madre tenía un hermano policía cuyo uniforme había lavado y zurcido cuando hizo falta. Mi tío era alto, corpulento, pero —como este gris— se achantaba al mandato de su diminuta hermana que le reñía si traía un desgarrón en el abrigo.

Aquel invierno era frecuente cruzarse por la calle con estos grupos en dirección a la faena, pertrechados con cascos y protecciones, los bombachos bien metidos en las botas negras. Las lecheras vomitaban guardias como los bebés grumos regurgitados. El objetivo de las razias era imprevisible y misterioso para los viandantes. Puede que aquellas patrullas de grises estuvieran aún en ese punto en el que se piensa que mejor pasarse que no quedarse corto. La Policía Nacional iba a saco, no tenía instrucción de manejarse con mano de cirujano. En los dos años previos al 78 la gente sentía la virulencia de la brutalidad y de las reacciones sobreactuadas de la resistencia a los cambios que los poderes públicos amagaban con templar pese a los resultados descorazonadores. Las salvajadas —recordaré por siempre jamás la matanza de Atocha a comienzos del 77— nacían de cabezas y brazos ejecutores vinculados a redes confusas de estructuras paramilitares. No trato aquí de rebañar el melón del significado para la Transición de este acontecimiento criminal o de la actuación de las fuerzas de seguridad al respecto. Voces mil veces más versadas en el tema que la mía han hablado ya de ello. Solo doy fe de que el común de los mortales apreciaba en esos

momentos la vergonzante tibieza con que se abordaron las investigaciones de los crímenes cuya autoría se prefería no saber. La voz popular rezaba que nadie merecía morir a balazo limpio, especialmente en su puesto de trabajo y pillado a traición.

A ojos vistas, sin embargo, la maldad intrínseca del caso se acrecentaba por la cobardía de los ejecutantes, de quienes luego se diría —en un afán por rebajar su grado de responsabilidad en la justificación de la naturaleza de los tiempos, y cuando lo único aceptable era su condición de bestias inmorales— que se trataba de jóvenes descerebrados salidos de las filas desesperadas del orden difunto. En esos mismos días iniciales del 77, desde el sur alpujarreño nos llegaba un poema cantado en forma de chanza por ese joven talento llamado Carlos Cano, "La murga de los currelantes", que resumía el complejo estado de cosas nacional en una línea: "Y es que las dictaduras están muy duras para esas huesuras". El hecho de suplantar en un directo televisado "las dentaduras" del original por "las dictaduras" le costó al autor el ser vetado durante un año en los canales públicos. Los miedos del poder son inescrutables. Y tan peligrosa no debía ser la murga cuando concluía con una frase de altísimo consenso popular: "Haiga cultura y prosperidad".

Dos años antes, fue morirse el señor de El Pardo y decretarse en casa —como en tantas— un estado de alarma que llamaba a la discreción y a salidas muy meditadas, dejando siempre muy clarito dónde se iba en cada momento del día, por aquello de tenernos bien localizados "en caso necesario". La nuestra no era una familia de sentir el duelo por difuntos que no nos correspondieran —bastante había con los propios— o de ir a rendir pleitesía a restos mortales extraños. Para estos asuntos no cabía en mi casa ni desdén ni admiración, sino mera indiferencia. En cambio, nos iban de perlas las angustias ante los estados de incertidumbre. Prudencio y Prudencia debieran haberse llamado muchos padres en esos días. Padres a quienes no gustaba el carajal de partidos políticos que se oteaba en el horizonte, o la repentina liberalidad de costumbres exhibida en cada esquina con idéntica efervescencia a la eclosión de setas en un día soleado y tras una semana de venga a llover. Muchos españoles tenían aspiraciones sencillas que no pasaban por aguardar grandes cosas de lo que fuera a ser tras la muerte de Franco. Esperaban que lo que "se decidiese" (no habían asumido que eran ellos quienes tenían que tomar la palabra para decidir) les permitiera seguir viviendo en paz. Una larga dictadura deja en herencia sobre todo el gusto por

que te lo den todo hecho.

Este amplísimo segmento de la sociedad española, al que el franquismo había arrancado de cuajo el pellejo de la empatía, tampoco acababa de entender el porqué de que otros compatriotas no se hubieran acabado "amoldando" a lo que había y metieran ahora tanto ruido. El discurso ampuloso de la Transición no contemplaba la idiosincrasia de una mayoría de ciudadanos para quienes los principios ideológicos —antes y ahora— resultaban un lujo innecesario e improductivo. En términos políticos "no eran" de izquierdas ni de derechas, lo que tampoco les situaba en el centro al que, no obstante, se les adscribió y ellos votaron masivamente en las primeras elecciones, a las que acudían fundamentalmente por no despreciar la ocasión. Estos descreídos del beneficio que pudiera ofrecerles convertirse en sujetos políticos no visitaban el Valle de los Caídos, pero tampoco alimentaban con cánticos las fiestas del Partido Comunista de España. Esta mentalidad fue ignorada y desatendida por la democracia, pero se mantuvo viva en un río subterráneo de descreimiento que los padres dejaban a sus hijos en herencia y que la generación siguiente acabó de rematar con un ombliguismo propio de sociedades en tiempos mejores.

En el 75 los españoles seguían procurando no llamar la atención, sin perder de vista por un momento el famoso "no significarse" que les había permitido sobrevivir. Como esas sectas que fundamentan su credo en el anuncio del juicio final, se andaba con aquello de que, más pronto que tarde, íbamos a despertarnos con una bien montada. Yo creo que de tanto invocar a la bicha, esta se hizo carne el 23 de febrero de 1981, la tarde en que, a tiros como en una cantina de película, Tejero —de cierto parecido al primer Franco, solo que con tricornio en lugar de bonete y borla— usurpó la tribuna de oradores del Congreso. El olfato de esos españoles descreídos ante las promesas de la democracia, despreciado por la infatuada Transición, no iba tan desencaminado. A comienzos de ese segundo año de los ochenta daba la impresión de que el país seguía manga por hombro, enredado sobre sí mismo y dando zarpazos como un gato cautivo en un ovillo de lana. Excepto para los sectores más descerebrados, con el 23-F la generación de la posguerra se llevó un disgusto que para qué. Intuía un "vuelta a empezar" que les pillaba mayores y cansados. A nosotros, la generación del *baby boom*, el golpe nos encontró faltos de forma para imaginar siquiera el desconsuelo que anticipaba una involución. Nuestros padres sufrieron mucho en esas horas de

incertidumbre, y no por ellos, que habían demostrado poder con todo, sino por nosotros: blandengues y mal acostumbrados a lo bueno.

Asistimos a los fastos del entierro del franquismo como al pase de una película o a un serial radiofónico. Desde el verbo engolado de los bustos parlantes —mira que ponían voces huecas aquellos locutores del régimen—, los espectadores recibíamos fogonazos de un drama en blanco y negro (Franco fue también en la muerte una figura sin tonalidades) que bien podía haber acontecido en Filipinas o el Congo, tal era el grado de irrealidad que suscitaban las imágenes. La proximidad geográfica a los hechos de la historia carece de importancia sin la cercanía a las esferas sociales en los que acontecen. La gente debía creer lo que los informadores les indicaban: que el mundo se había parado de golpe. Décadas después he escuchado a personas con unos veinte o treinta años entonces contar —la bravuconada es muy popular cuando no hay delante un testigo que te lleve la contraria— que aquel día descorcharon champán (como si en las casas corrientes lo hubiera) y brindaron en los balcones. O que desfilaron ante el féretro de Franco, aguantándose una cola de horas, solo para poder soltarle a la momia —por lo bajini, claro— que por ser un cabrón de tomo y lomo esperaban se estuviera ya cociendo en el infierno. También que brincaban de alegría al poder sacar el carnet del Partido de debajo del colchón y prenderlo en la solapa del abrigo solo por darse el gusto de airearlo, pues aún estaba prohibido. Cuando la democracia se consolidó, todo Dios en este país había sido un opositor al franquismo, en calidad de miembro de tal o cual agrupación, o de alguna organización estudiantil díscola. Entonces se quemaban los carnets de la Organización Sindical como en la noche del 23-F se prendían en los fuegos de la cocina los del Partido Comunista.

A la mayoría de los chavales que teníamos entre doce y dieciséis años en noviembre del 75, nos inquietaban más que nada los asuntos banales propios de la adolescencia. Como dije, me incordiaba la previsión de que asuntos nacionales influyesen en el entramado de los exámenes del trimestre, rompiendo los planes de ocio en las vacaciones de Navidad. Quería salir a la calle para ver el ambiente, por si se notaba alguna novedad relevante, y de paso fijarme en algún estilo favorecedor para el primer corte de pelo adulto. En esa época los intentos por modernizar el *look* capilar solían ser un auténtico fracaso. Menos mal que llegaron los Ángeles de Charlie y apareció en nuestras vidas la bella Farrah Fawcett-Majors. Esta rubia y elástica actriz

sería una inspiración refrescante para las niñas de mucho pelo que sufríamos, más por exceso que por falta, la dificultad de peinarnos con cierta gracia. Le rendiré eterno homenaje al *Farrah Frick* que adopté en cuanto pude y me redimió de tirar por la calle de en medio y raparme al uno.

A finales del primer invierno posfranquista el cambio prometido se revelaba como una frustrante falacia. De la noche a la mañana todo perdía fundamento, o ganaba sentido, depende de para quién. "Él" se había marchado dejando al país varado en una normalidad inquieta que era sobre todo una enorme farsa trasnochada. Hasta los menores éramos conscientes de que nuestro país tenía el aspecto de una casa sucia y desordenada, en cuyo arreglo todo quisque tenía algo que decir. ¡Madre mía! —se escuchaba—, ¿y ahora qué? Los agoreros se instalaban en su predicción de una guerra para dar por saco a quienes apostaban por la democracia. Pero ¿quién le había visto alguna vez la cara a la democracia? En buena ley solo dos grupos: los muy ancianos con buena memoria, y los que regresaban del exilio, del que muchos habían decidido no volver hasta verlo todo algo más claro. A tenor de lo que se observaba por ahí fuera, la democracia prometía un enredo de campeonato, y ya se sabía —observaban los escépticos— que a los españoles, que eran de cansarse pronto de las novedades, mejor darles el juguete hecho que dejárselo a ellos para montar. Con Franco aún de cuerpo presente, se coronaba a un reyecito con pinta de flojo, aunque igual no lo era tanto, pues a lo tonto se había saltado el turno de reinar, y eso no se le hace nunca a un padre. En boca de los abuelos, corría la voz de que con lo que había costado echar al abuelo venía ahora el nieto para que le echáramos también. Exilio era apodo de Borbón.

Es verdad que la gente empezaba a caminar dejando de imaginar perseguidores hostiles y a cambiar impresiones con algo de soltura. El mundo no se había detenido y los políticos, de una u otra forma, hacían el esfuerzo de entenderse. El franquismo irredento nos daba sobresaltos, como también lo hacían los antifranquistas más virulentos que abandonaban sus ratoneras. La gente comenzaba a pensar que igual los primeros tenían que aguantarse, y a los segundos no se les veían los cuernos diablescos por ningún lado. En el 76 a los adolescentes se nos hacía el tiempo como si hubiese pasado una década desde el entierro de Franco. Las novedades sociales iban a tal velocidad que el franquismo parecía un trasunto del *Cantar de mio Cid*. Los bachilleres teníamos la vista puesta en los primeros viajes de grupo. Y como

España era apenas un colgajo viejuno de la Europa moderna, sujeto al continente por unos Pirineos atravesados por caminos de cabras, para poder cruzar al otro lado, fuimos en tromba a sacarnos el pasaporte. Menuda ilusión hacía saber que en el cajón del aparador de casa estaba este librito verde —que los padres no tenían— y en cuyas primeras páginas ponía bien clarito que ni se nos ocurriese acercarnos a Mongolia Exterior. Esta limitación, o te hería en lo más profundo o te hacía partirte de la risa. Entre el año 75 y el 77 fui a Francia un par de veces. También a Portugal, y hasta crucé el Mediterráneo para pisar Ceuta, si bien este último destino carecía, con esa edad, de cualquier interés apreciable.

Los adolescentes mirábamos el mundo con unas gafitas de inspiración *hippy*, término trasnochado del que tomábamos unos brochazos estéticos muy toscos. Los chicos se dejaban crecer la melena y las chicas nos cruzábamos al pecho bolsos de cuero y flecos, alucinando ambos con las tecnologías modernas. Los radiocasetes portátiles de la marca Philips, las calculadoras digitales Casio y la cámara de fotos Kodak Instamatic nos llenaban el ánimo de deseos materiales que los *hippies* de verdad hubieran despreciado, pues qué valor tenía para un *hippy* la medida del tiempo designada por las manecillas de un reloj. De los *hippies* auténticos tomamos, eso sí, el gusto por la ligereza, que desagradaba profundamente a los adultos, a cuyos ojos perdíamos ya credibilidad por culpa de nuestras pintas. El franquismo había fomentado un enfoque trágico sobre todos y cada uno de los más milimétricos asuntos de la vida. La nueva ligereza constituía una bendición. Las banales series televisivas ayudaban a soltar el lastre de una infancia sobrecargada de gravedad. *Colombo, Kojak, Starsky* y *Hutch, Sandokán*… ofrecían munición para escopetas de todo tipo. En los primeros setenta los padres se habían redimido de ciertos tabúes solo con poder susurrar entre ellos a propósito de las escenas de las películas censuradas en España. *El último tango en París* o *Emmanuel* acariciaban los oídos de los que se dejaban seducir por el encanto de lo prohibido en materia de sexo. Madres melindrosas habían visto *El padrino* como unas valientes: sin poner el grito en el cielo ante la enojosa imagen de una cabeza de caballo sangrante bajo las sábanas de una cama. La degeneración del mundo fuera de España no tendría límites, pero los españoles iban haciéndose a la idea de que la casquería, si ficticia, era una mentira para entretener. Desde luego, en materia de entretenimiento, en las casas seguía gustando el siempre reinventado *Un, dos, tres… responda otra*

vez, aunque, para según quién, se hacía ya ñoño.

La gente pedía cosas más fuertes y la política daba materia de sobra. Las tertulias radiofónicas vieron crecer el número de oyentes. En los hogares la radio había sido siempre un medio muy bien aprovechado, y hasta casi más importante que la estufa. En la Transición los españoles la usaron para aprender de política a fuerza de echar horas con la oreja pegada al receptor. Los propios tertulianos e informadores, que no sabían más que sus oyentes, tenían que estudiar para poder transmitir confianza y solvencia. Los padres se llevaban el aparatito a la cama y lo ponían con volumen bajo "para no molestar". Se quedaban dormidos escuchando la radio hasta las tantas. Elegían la tertulia que fuera y se enredaban en las cuitas sobre partidos políticos, personajes y propuestas legislativas. Al fútbol le salió competencia. No así a la quiniela, que seguía siendo inversión obligada semanal en casi todas las casas.

En una curva ascendente, la información sobre atentados sangrientos actuaba de tajo de carnicero mal dado dentro de la paz matutina de las casas, manteniendo en vilo a las familias de un día para otro. Este asunto tenía cabida principal en las noticias televisadas que, en comandita, la cuchara en la sopa y el tenedor en las croquetas, la familia veía a la hora de la cena. En el rato que duraba la información se cargaba el aire de expresiones, variaciones de por medio, al estilo de "¡cabrones!", por los terroristas, o "¡pobre gente!, lo que estará pasando esa familia", por las víctimas. Igualmente se hacía justicia de antemano con un "yo a todos estos les daba garrote" o, en su defecto, "yo los mandaba a Carabanchel", cárcel madrileña todavía en uso. Por lo que a las noticias se refiere, en este país al retortero la criminalidad, por ejemplo la referida a asesinos en serie —que en España también los hubo, y solo menciono aquí al Arropiero, famoso en la década anterior—, quedó opacada por el impacto del terrorismo. En Gran Bretaña o en los Estados Unidos, los setenta descollaron con la toma de noticias por auténticas fieras de la depredación humana. A la situación española, técnicamente de sobresalto diario, solo le hubiera faltado un asesino en serie al estilo del Destripador de Yorkshire, activo en la segunda mitad de la década y cazado por mera casualidad a comienzos de los ochenta. Las noticias alertaban en general sobre criminales con muy mala leche, que agarraban una escopeta o un puñal y atacaban a su objetivo para luego suicidarse o entregarse en el cuartelillo. La desesperación, la ira

descontrolada o el machismo (los "celos") armaban los procesos que culminaban en muertes violentas. Nada comparable a la organización fría y repetitiva de acciones macabras en otros lugares. Quizá la modernidad a la que aspirábamos tuviera que ver también con esto.

Mi casa, como muchas, estaba llena de transistores, grandes, medianos y canijos. A mi padre le encantaba comprar cada dos por tres radios en los "decomisos", unas tiendas donde se adquirían a un precio menor que el del comercio habitual. Eran tiempos en los que un viaje a Ceuta y Melilla, a Andorra y hasta a Canarias, suponía regresar —además de con cartones de tabaco— con encargos de cacharros más baratos que los que se vendían en las tiendas peninsulares. En mi calle había una tienda de "decomisos" dedicada a la ropa vaquera. Obsta decir que era ahí donde compraba mis Lee, Wrangler y Lois, las marcas de consumo nacional de la época. Mi padre escuchaba las noticias y los programas de política también en la radio del coche, mosqueándose si le movíamos el dial hacia las sintonías musicales. Sin prestar atención a ningún asunto en particular, ya solo por tener la oreja alerta a lo que vomitaban las ondas radiofónicas, los adolescentes aprendíamos bastante. A partir del 77, con la Ley de libertad de expresión, los canales radiofónicos comenzaron a hervir y la televisión a desentumecerse gracias a los primeros directos.

En casa de unos tíos había una radio grande, de cuando la posguerra —bien bonita que era—, con una marquita a lápiz en el dial, indicando el punto en el que se oía la frecuencia de Radio España Independiente o La Pirenaica. A veces se pillaba, la mayoría no. Pero incluso si no se oía gran cosa, a mí me encantaba el peculiar ruidillo de las palabras intentando hacerse inteligibles en la destreza de los dedos de asaltante de cajas fuertes que movía la rueda gorda del sintonizador. Lo más curioso es que en esa casa nadie relacionaba La Pirenaica con el Partido Comunista que la activaba. Se entendía no obstante que, por no escucharse bien, era cosa ilegal y transgresor el acto de dar con ella y ponerse a oírla. A la altura del 77 —año en que a la legalización del PCE siguió el cierre de La Pirenaica por innecesaria— la gente le había perdido el miedo a la política y cogido el gusto al debate político.

Una de las cosas más sorprendentes en esos días era que se distinguía la cuerda de los políticos por sus trazas en el vestir. Los del franquismo aparentaban todos, y quitando la figura singular de Fraga Iribarne —fuerza

de la naturaleza particular—, la misma persona: la cara de palo como de habérseles muerto el gato; el bigotito negro totalmente pasado de moda; el traje oscuro sobre la camisa blanca (o negra), que solo verlo daba el tufo a naftalina; las gafas de pasta gorda de los setenta o las Truman de los cincuenta a las que se mantenían fieles los más mayores; la calva brillante de la mayoría coronada por los rodetes repeinados detrás de las orejas que tanta grima daba a las jóvenes y que, en tiempos posteriores, remataban dejándose crecer los ricillos de la nuca. Viendo el aspecto conjunto de los representantes de las últimas Cortes franquistas, señores enlutados y serios, se tiene la sensación de que el pelazo sugerido en el tópico sobre la masculinidad de los españoles se les había retirado de la cabeza a lugares inaccesibles a la mirada. A los treinta, todos calvos. Para mí, la imagen del diputado franquista era, que me perdonen sus herederos y admiradores, la del comentarista deportivo Matías Prats, a quien, en mi ignorancia futbolera, confundía de niña con algún ministro de Franco. Así pues, la variedad en la clase política no se apreciaba durante la Transición únicamente en los discursos, sino en las pintas: en las barbas y las greñas, en las corbatas de nudo gordo y la pana marrón del traje, y hasta en los pichis y pantalones holgados de alguna pionera de la política, con blusas de lazo en el cuello y peinada con casco de paje, en sustitución del de bombero de los primeros setenta.

La prensa escrita fue punto y aparte en lo que se refiere a la aparición de medios y la creciente afición a ella de los lectores. *El País* o *Cambio 16* se colaron en las casas donde antes entraba *Informaciones* o *Pueblo*. El *ABC*, impecablemente grapado y oliendo a tinta fresca dada la cantidad que necesitaba la foto de portada, seguía llegando puntual a los quioscos y domicilios de sus lectores de siempre. Ni ganaba ni perdía. Pasase lo que pasase, el *ABC* arracimaba en torno a su edición a un club de fieles que iba desde el señorito de casa bien hasta el zapatero de la esquina: el primero por coincidencia ideológica con la línea editorial, y el segundo porque el periódico era, una vez leído, de enorme utilidad en los negocios a pie de calle: por el formato reducido y por las grapas. El comerciante solo tenía que tirar del pliego central del librito y echar la mercancía sobre las páginas. El *ABC* sugería sobre todo una fe inquebrantable en el orden de siempre: ni variaba en sus principios ni en su estilo.

Sería olvido imperdonable no hacer mención a *La clave*, programa semanal

dirigido y presentado por José Luis Balbín en Televisión Española. Aquel espacio, que comenzó a emitirse en el 76 y parecía no acabar nunca, llenó la nocturnidad de las casas españolas de debates, entrevistas y monólogos. Con este programa pasó lo que sucede con los que abusan de la paciencia de los fieles: lo poco gusta, lo mucho aburre. Al principio se cogió con ganas, pero al cabo de un tiempo la gente lo veía casi por deferencia, como el descreído que no obstante atiende a un servicio religioso. Cada espacio duraba un porrón de horas, y debía hacerse con unos recursos técnicos de risa, porque cuando una cámara enfocaba al invitado de turno no le soltaba en toda la noche. A los adolescentes, incluso si no éramos muy movidos, solo el escuchar la cortinilla que anunciaba la emisión nos hacía correr sudores fríos. Cierto que la parte periodística era un pretexto para ver luego una película del gusto del presentador, algunas de las cuales merecían la pena. Pero los prolegómenos y el debate posterior resultaban tostones infumables. Con todo, este fue uno de los pocos instrumentos de aprendizaje en la cultura política de nuestros padres, que se lo tragaban entero, hasta fenecer de sueño tirados en el sillón porque el día siguiente era festivo.

Un montón de señores —mujeres se vieron muy pocas— vestidos con traje y corbata, la mayoría con el cigarrillo humeante entre los dedos, aparecían sentados en semicírculo presididos por el tal Balbín. Al final del programa quizá tuvieran que respirar con un pulmón prestado, tal debía ser la densidad de la atmósfera en el estudio. El moderador, corpulento él, fumaba en pipa repanchingado en su asiento como una tosca odalisca adormecida. Tenía un pelo oscuro peinado desde la oreja sobre la frente en cortinilla, otro elemento estético varonil muy de los setenta. Balbín dirigía la sinfonía a ritmo lento y pastoso, con el que pretendía decir a los televidentes que se acomodaran, pues él era un hombre reflexivo que se tomaba su tiempo para hacer las cosas. Se escuchaba el batir de alas de las moscas en los largos silencios entre cada uno de sus elevados pensamientos. Entre frase y frase, los asistentes a esta reunión que fingía un salón de tertulia improvisada daban caladas y tragos de un vaso que vaya usted a saber si contenía agua o *whisky*. Todo pretendía guardar el aspecto de un local de ocio para gente madura de los setenta. Sin colores en la pantalla, se adivinaban los granates, pardos, verdes oscuros clareados por unos grises pálidos.

Al espectador —mira que tenían paciencia los espectadores— le daba tiempo a irse a poner unas lentejas en remojo (había muchas mujeres

aficionadas a *La clave* entre las amas de casa que seguían haciendo cosas mientras "sonaba" la tele) y volver al asiento sin perder ripio de lo que les revelaban los sabios del programa. De la charla informal, aunque informada, emanaba una verdad como a la francesa que, visto lo visto y por lo que hacía a España, parecía hubiese estado retenida en latas de conserva durante décadas. Y es que *La clave* se inspiraba en reputados espacios franceses del estilo de *Les Dossiers de l'écran*. La noche en que se emitía, solo podían hacerse dos cosas: verlo o apagar el televisor. No quedaba otra, con una cadena principal y otra de refuerzo. Atormentados por *La clave*, los jóvenes, o los menos adeptos a ella, se iban a leer al cuarto o a echar unas cartas a la cocina hasta que comenzaba la película, con el tiempo reclamo sustancial de un programa que aportaba ya poco. Al debate posterior al pase de la película solo se quedaban los más forofos y, si acaso, el gato desvelado de la casa.

CAPÍTULO 7

¡MAMARRACHA!

De entre las imágenes televisadas con más repercusión, rememoro la de una Dolores Ibárruri, "Pasionaria", entrando en el 77 en el Congreso de los Diputados y recibiendo el saludo protocolario del gris apostado en la puerta. La mujer, que había pasado buena parte de su vida en el exilio soviético, formaba ahora parte de un Parlamento curioso, por netamente distinto a las Cortes franquistas, pero sobre todo variopinto en su composición: expresión certera de lo que España era ya en esos días. Sin embargo, si menciono a la octogenaria política no lo hago en atención solo a su figura, sino al hecho de que a mis ojos adolescentes esta mujer carecía entonces de cualquier aura icónica, viendo en ella tan solo un calco de mi abuela, o si se prefiere, de las muchísimas abuelas que en aquel tiempo se le parecían. Seguramente había algún paralelismo vital entre mi abuela y Pasionaria, pero lo relevante era que ambas encarnaban el rostro femenino de la generación en retirada: la de los ancianos que fueron jóvenes durante la Guerra Civil y habían vivido en ascuas toda su vida. Con la luz que proyectaban sobre el presente pasado, nos dejaron entrever la parte más inaccesible de nosotros mismos. Valgan estas líneas para rendirles tributo.

Las abuelas sabían mucho de lo que es mantener a flote una casa al retortero. Durante la Transición muchas eran viudas sin oficio ni beneficio, que vivían acogidas por sus familias, pues, aunque habían trabajado desde niñas en el campo, las fábricas, las minas, o limpiando casas, no tenían pensión: quedaban bajo la protección de alguna hija con un cónyuge de buen carácter, mantenidas —consumían menos que un mechero— con las pequeñas aportaciones de los hijos. Ellas mismas se veían como una carga, aunque actuaban de guía y bastión para las familias extensas cuyo crecimiento hacía desperdigarse a sus miembros. Nuestras abuelas no cocinaban: guisaban de puchero. La vida no les había dado ocasión de

aprender cosas muy refinadas. Tenían un repertorio de cuatro o cinco platos apañados que estiraban con agua, patatas, arroz o harina, a demanda de las bocas que hubiera que alimentar. Como Pasionaria, vestían de negro, de la cabeza a los pies; las enaguas, las medias y las zapatillas de fieltro también oscuras. Se habían calzado el luto de jóvenes con el primer duelo no viendo razón ahora para desprenderse de él, pues no había año libre de una muerte cercana. Usaban moño prieto a la nuca, confeccionado con lo que quedaba de las que fueran espesas cabelleras castañas. Del lóbulo de las orejas, deformadas por la edad, les colgaban pendientes modestos, generalmente de plata envejecida o acero con alguna piedrecita gris. Un aderezo fijo en el ajuar de estas abuelas era el botecito *flis* azul verdoso del que se servían para echarse —y echar al que se les sentase al lado— rociadas de agua de colonia comprada a granel. Tenían su sillón favorito: de mimbre o mecedora, en el que se daban aire con un abanico curtido en millones de aperturas y cierres, las varillas de madera brillantes de puro viejas, que caían al abrirse —en un *raaasss*— con la suavidad de los buenos abanicos españoles. Qué maravilloso invento. Los nietos nos pirrábamos por él.

Frecuentasen o no la iglesia, les gustaba llevar puesta una medalla al cuello y hasta un rosario colgado del cinturoncillo que ajustaba la bata. Mi abuela no conservaba su alianza original de matrimonio, que había sido reemplazada por una de estaño tras haber tenido que desprenderse de la de oro en algún momento de necesidad. Nunca lo mencionaba. Ni tampoco lloraba por llorar, aunque lagrimeaba. Las abuelas usaban un pañuelito de algodón fino que se echaban al lagrimal húmedo. Lo guardaban en el bolsillo de la falda o mandil o, en su defecto, en el puño de la manga. Tenían la mirada blanqueada por unas cataratas que terminaban por dejarlas ciegas, las mejillas como odres pálidos y vacíos, la piel plegada en acordeón y muy suave. Impresionaba un gesto genérico en todas ellas: el de poner cara de resignación ante el convencimiento de que lo peor siempre está por venir. La fortaleza de estas abuelas españolas quedaba enmascarada por sus figuras enjutas. Eran parcas en la expresión, y de ternura contenida en el trato. La administraban a cuentagotas porque habían tenido tantas pérdidas que ya no se arriesgaban a derrochar las formas del afecto que sentían por todos y cada uno de los miembros de su vasta prole. Vestían la armadura de la entereza, con la dignidad del soldado que hace guardia en un valle de lágrimas. Aunque sonriesen de tanto en tanto, el beneficio del regocijo no les

compensaba el esfuerzo de manifestarlo.

Nuestras abuelas se aseaban “por partes”, como si las casas en las que vivían ahora siguieran en precario. Las intimidaba la desnudez plena de una inmersión en agua, que bebían además en cantidades del racionamiento propio de un desierto. Olían siempre a jabón de tocador, y como no iban a la peluquería, pues nunca se habían cortado el pelo al estilo de los caballeros, antes de acostarse dejaban caer la frágil melena blanca sobre la espalda combada. Los nietos veíamos entonces toda una artillería de horquillas cayendo del moño, y la peineta de madera o hueso con la que a continuación se peinaban. Mi abuela limpiaba el cabello a diario con un algodón impregnado en alcohol, y no usaba dientes postizos porque lo natural —decía— era perderlos con la edad. El decoro le impedía llevar dentadura postiza, que le parecía ridícula. Armadas solo de encías y algún dientecillo delantero, las abuelas se comían con la precisión de un pajarito lo que se les ponía en el plato. Se apañaban mojando el pan en la leche o el caldo, machacando la patata cocida, y cogiendo más la cuchara que el tenedor y el cuchillo. Vivían como lamas tibetanos. No tenían nada propio, pero atesoraban cositas, como esas pastillas de jabón que les regalaban las hijas y ellas ponían entre los pliegues de la ropa para que siempre oliera a limpia.

Pese a las privaciones sufridas —pocas se libraron de la Hambruna (uso la mayúscula para dignificar su dimensión) de los años cuarenta, y eso fue solo el principio—, las abuelas de España eran longevas. Les gustaba atrincherarse en un rincón donde atendían visitas alargando, como Don Corleone, el brazo para que les cogiésemos la mano, o cogérnosla ellas. Si te la agarraban estabas perdida: se te dormía, y buscabas con la mirada que alguien te reemplazase. Había que acercarse mucho para que nos vieran y oyeran. En esta ceremonia, las abuelas tenían la potestad de preguntar lo que les venía en gana, y de besuquear a los nietos pequeños. Ya hubieras cumplido los dieciocho, la abuela te atraía hacia el centro de su esfera para meterte en la mano el dinerillo que acababa de recibir de algún hijo. Todos jugábamos a seguirles la corriente en lo que era un secreto a voces. Sin bienes terrenales, las abuelas de bata negra y moño prieto como Pasionaria eran desprendidas.

Su relación con el pasado, el propio y el colectivo, resultaba indescifrable. Aunque estuvieran lúcidas, se quedaban apresadas en un bucle narrativo que contenía su propia experiencia —muy dura por lo común—, repitiendo una y

otra vez lo que en un momento dado habían decidido contar y legar, pero oscureciendo los episodios que más podían interesarnos. En apariencia, nunca se dejaban en el tintero los capítulos de la ruina familiar, de la muerte de los seres queridos y de los parientes que habían emigrado a América. Sus andanzas durante la guerra se iluminaban solo con luz de bengala. Sufrían apagones momentáneos que tapaban muchas vergüenzas injustificadas para el oyente, meridianas para ellas. En algunos pasajes se apreciaba el recurso al cuento, el estilo de quien narra su historia como si fuera la primera vez. En estas historias se observaba la bruma de lo irreal cuando te dabas cuenta de que, esta vez, todo era más grande, tremendo, negro o virulento que la anterior. Los adolescentes, impacientes, resoplábamos haciendo lo imposible para zafarnos de las garras narrativas del pasado. No nos gustaba el feo ayer, o que nos hicieran perder el precioso tiempo del presente con relatos que evocaban asuntos irremediables. Tampoco éramos entonces capaces de apreciar el legado del relato oral en las sagas familiares.

Hoy sabemos que el cuento de nuestras abuelas les servía a ellas para depurar el pasado de tanto desconsuelo, para hacer las paces con lo irreparable. Ellas no eran desmemoriadas cuando omitían las crudezas. Por lo general estas mujeres tenían una memoria admirable. Pero les abochornaba su recuerdo incluso si no lo habían ocasionado. Como afrenta ignominiosa por excelencia, estaba el propio Franco, al que mi abuela ni mentaba. Cuando escuchaba las noticias a él referidas cabeceaba en silencio. Ahora bien, si veía a Pasionaria en televisión, no se cortaba, emitiendo un "¡será mamarracha!" lleno de ganas de ofender. A mi juicio, no era un asunto de discordancia política, sino más bien una cuestión de estética. Sentía turbación —otra vez, vergüenza ajena— ante el protagonismo mediático de una anciana como ella misma. Creo intuir que pensaba que, a una edad, había que saber comportarse y no hacer ruido, que los viejos iban sobrando. Las abuelas en general trascendían la eventualidad del presente y juzgaban el baile de la Transición con escepticismo y sarcasmo. Aunque hablaran en clave de experiencia cotidiana, sus juicios retenían todos los avatares pasados y presentes de la patria. Las abuelas no se mentaban a sí mismas a propósito de los grandes sucesos de los que habían sido parte, y desde luego eludían sus heroicidades cotidianas. Por ello veían con enojo el desfase histórico de esta Pasionaria anciana, ante cuya aparición televisada replicaban un "anda, calla ya", el mismo que usaran con sus hijos pequeños cuando no paraban de

cotorrear.

Como Dolores Ibárruri, mi abuela había nacido al cierre del siglo XIX, en los momentos críticos de la Restauración, y fallecido en los ochenta, unos años antes que Pasionaria, ya en plena democracia. Estaba consumida pero muy lúcida. Un buen día dijo hasta aquí, y se plantó. Ya no quiso vivir más y no hubo otra que respetar su voluntad. Se dejó morir durante un mes, en casa y con instrucciones claras a los hijos de que ni se les ocurriese llevarla a un hospital, que no lo había pisado en ninguno de sus partos, y no era cuestión de cambiar ahora de costumbre. Al morirse pensé que, en parte, España era un poco como mi abuela: esa entidad de costumbres inconmovibles que ni siquiera la perspectiva de la muerte es capaz de mudar.

CAPÍTULO 8

LOCURA PAGANA

Mi abuela aún vivía en el momento de la entrada de España en las Comunidades Europeas, si bien no creo que esa excepcionalidad histórica le importara lo más mínimo, dada la relación de grandes asuntos que la habían acompañado en la vida. Para sus nietos era otra cosa. Durante una década y hasta 1986, año en que España hizo pie —¡por fin!— en Europa, el país se deslizó por un conjunto de rampas culturales que, viniendo de donde se venía, daban la impresión de conducirle a una suerte de locura pagana. Ante la visión de escenas poco antes insólitas, a mediados de los setenta se escuchaba mucho ese "¡pero qué barbaridad!", seguido de un respingo. En un libro importante, escrito por José Carlos Mainer y Santos Juliá, el título califica el periodo al que me refiero como *El aprendizaje de la libertad*. Partiendo de esta idea, que puede ya leerse como un axioma a propósito de nuestra historia reciente, medito aquí sobre el adiestramiento acelerado en la soltura con la que empezaron a abordarse las costumbres sociales y las relaciones personales. Si la adolescencia es sobre todo un intento sostenido de transgredir los límites, la Transición, que dibujaba el telón de la escena donde representábamos la nuestra, redoblaba como un eco la desobediencia generacional. Parecía entonces que era todo un país el afectado por la efervescencia que acompaña a la fiebre del heno.

La cuestión era simple y, por ello mismo, difícil de asimilar. Con la dictadura en el trastero de la historia, la libertad dejaba de ser un término grandilocuente. La gente afrontaba el significado preciso de actuar en y con libertad, aunque, sin experiencia, los márgenes del propósito quedaran delimitados tibiamente: hacer a nuestro antojo mientras no se dañara el del prójimo, y había prójimos con la piel sensible, que se ofendían a la mínima. De modo que pronto pudo verse que lo que para unos consistía en un ejercicio del libre albedrío, otros lo interpretaban como simple libertinaje.

Los españoles se topaban con los límites de la cultura compartida a la hora de inspirarse en el consenso de la libertad. El modelo: un espectro de libertad, el europeo, que a muchos compatriotas les venía aún grande e incomodaba. De manera que, primer aprendizaje: la libertad en abstracto es bonita, fácil de asimilar. Comienza a dar problemas cuando lo que dicen los libros adquiere el cuerpo de las normas y de la convivencia en sociedad. Tomando el rábano por las hojas, de la noche a la mañana se hacían visibles las "lacras" del libertinaje que con tanto empeño había tratado el franquismo de escamotear a la vista de los españoles. La gente hablaba del desnudo del cuerpo, del sexo explícito y hasta de la homosexualidad.

Se puso de moda transgredir, al punto de que parecía que se hubiera abierto una carrera por ver quién la armaba más gorda en público. Los diseños de las cosas y sus colores violentaban la moderación de tonos pastel en la que nos habíamos criado los *baby boomers*. Caía en gracia la canallesca simpática exhibida por los artistas y los conjuntos "modernos", que ahora —copiando los estilos anglosajones— recibían el nombre de grupos o bandas. La locura pagana había estallado y cada quien se la apropiaba de forma peculiar. El destape de los setenta y, seguramente, las llamadas movidas que le siguieron, fueron expresión llamativa de esta locura pagana en la que se metió la sociedad de hoz y coz. Destape y movidas son fácilmente rastreables en las hemerotecas y han llegado ya a los libros sobre el periodo. Pero representaron en realidad solo una parte minúscula, quizá irrelevante, del llamado aprendizaje de la libertad, cuyos tiempos fueron arrítmicos, según regiones y grupos sociales, aunque constante a lo largo de muchos años. Hasta los más reaccionarios, los que se oponían a la Ley del divorcio a comienzos de los ochenta, por ejemplo, se resistían a lo evidente con la boca pequeña, siendo enseguida muchos de ellos los primeros en buscar beneficio de la disolución civil del matrimonio, legal a partir del 81.

La mirada sobre el sexo también se liberaba. En un breve lapso de tiempo se rodaron decenas de películas del género llamado de "destape". En conjunto eran más malas que la tiña, pero el espectador que iba a verlas no pretendía apreciar la calidad cinematográfica del film. Fue tal la popularidad de este género que podría haberse pensado que la sobreproducción respondía a una directriz oficial destinada a aplacar el calentón nacional. Los adolescentes —y no generalizo, por supuesto—, muy sensibles por edad a la cuestión de amores y sexo, las encontrábamos casposas, una herencia

transgresora del cine chungo del tardofranquismo. El del destape era un tipo de cine pensado para los adultos, con un bagaje más bien simple en materia erótica, y que hería la sensibilidad de los nuevos jóvenes. Los actores del cine del destape resultaban viejos y desagradables, y las señoras “de bandera”, como se decía entonces, hartamente ordinarias. Los modelos eróticos de la adolescencia se desviaban y mucho del macho ibérico representado por Alfredo Landa o Fernando Esteso, y por supuesto de las divas de pechuga alegre como Susana Estrada o Ágata Lys. Era curioso verlas imitar la sensualidad de las leyendas americanas, al estilo *Marilín*, sin desprenderse por ello del conmovedor toque zamorano. Con todo, estas artistas de carne y hueso hablaban en cristiano y encandilaban con sus dones naturales a muchos hombres que bien podían haber sido nuestros padres.

Era un prodigio escuchar conversaciones en las que se abordaba la cuestión de la variedad de pechos femeninos: que si grandes o pequeños, altos o bajos, juntos o separados, con o sin canalillo… Además de enseñar a la cámara muslos y mamas, las actrices del destape, sin método actoral de relieve, decían sus frases de guion, que eran las de una deslenguada arrabalera, o las de una mosquita muerta cuya inocencia impostada daba morbo a los caballeros. Las más garbosas, que no siempre las más bellas, aprendieron a lucirse en el arte del baile y el *striptease*. Otras, estas sí hermosas sin reparos, hubiera sido mejor que no abrieran la boca ni se movieran mucho. El título de Miss no exigía memorizar guiones. Con una buena iluminación y un plano fijo quedaban estupendas, y hacían pensar que detrás de un cuerpo perfecto se escondía una maravilla de mujer. Al margen del cine, la televisión fue dejando también espacio a las actrices del destape, que enseguida comenzaron a ser demasiadas. A comienzos de los ochenta el destape derrapó en frikismos de toda índole. Algunos tenían gracia, otros resultaban sencillamente bastos. En este arte como en todo se notaba el talento, pero mucho más su ausencia. No le pondré etiqueta al célebre pecho al aire de Susana Estrada en el acto de recepción del premio del diario *Pueblo* de manos del entonces alcalde, Tierno Galván. Corría el año 78 y, en presencia de autoridades de toda índole, incluido el cardenal Tarancón, a la artista se le escapó una teta de la blusa ante la mirada pícara y divertida de la concurrencia, que hubiera dicho el NODO de haber locutado esta secuencia.

Siendo las actrices del destape mujeronas excepcionalmente lozanas y guapas, en el caso de los actores que las acompañaron, enseñando todo lo que

la cámara permitía para engatusar a las espectadoras, se tiraba más bien del artificio de la gracia y la risa que provocaban cuerpos tirando a corrientuchos y las hazañas sexuales de unos personajes reprimidos y patosos, muy similares a los de los españoles de a pie. A ver: a ellas el cuerpo se les iba de natural fuera de la ropa; a ellos en cambio parecía costarles un potosí lucir algo mejor que un culo caído. La descompensación entre los protagonistas resultaba crucial. A la hora de pensar en el espectador, a nuestras madres se les sisaba la visión del cuerpazo del galán que habían admirado de barbilla para arriba. A los padres se les brindaba en cambio la contemplación íntegra de las beldades femeninas del universo. Erotismo y sexo servidos en bandeja humorística perpetuaban el viejo cliché según el cual, de entre las mujeres, solo merecían ser admiradas las perfectas, en tanto que para el papel de varón valía cualquier gañán con tal de que hiciera gracia. Este enjuague fue —si se piensa— Transición en estado puro.

Hubo un jovencito guapo que se coló en las escenas eróticas muy a finales de la década, casi entrando ya en la siguiente y en un tipo de cine más próximo a lo que se entendía como de autor. Se llamaba José Luis Manzano, y hoy casi nadie le recuerda. Tenía la apostura grácil de un adonis ibérico de cabellera acaracolada, con ese punto que agrada por igual a hombres y a mujeres. He sabido de él viendo alguna película de la época ya pasados muchos años. Este chico no tenía ni treinta años cuando falleció, en los noventa, por sobredosis. En cambio, muchas de las reinas del destape sí han alcanzado el punto de su propia decadencia y olvido, dándose en los últimos años la circunstancia de que se las reivindique para la memoria de la libertad que los españoles erigieron durante la Transición. De las que aún viven, alentadas por los cinéfilos que reclaman la importancia de aquel cine, las hay que demandan un lugar en el olimpo de los dioses de la cultura popular. No sé yo bien si les acompañan argumentos razonables, aunque no recomendaría a nadie que, para averiguarlo, perdiese ni un minuto en revisar los filmes que les dieron un aliento de fama efímero.

Para ser ecuánimes, tampoco envejecieron bien otras películas, las importadas, que por entonces nos parecían la octava maravilla del mundo. Las pelis de acción, o las conspiranoicas —véanse las de Sydney Pollack o Alan Pakula—, nos parecían excepcionales. Hoy en cambio vislumbramos en ellas un tono excesivamente enfático, grandilocuente, muy característico de la época. Desde luego, veremos mil veces cintas como *El golpe, Apocalypse Now,*

Taxi Driver, Chinatown, Annie Hall, Tiburón, Serpico, Alien… o las primeras entregas de *Star Wars* (me dejo sin anotar bastantes). Pero incluso en estos clásicos se percibe una intensidad argumental y de estilo que hoy consideraríamos sobreactuada. A quienes crecimos buscando escondrijos en los guiones de estas películas, o distinguiendo entre violencia sugerida y explícita, nos ha quedado un modo de analizar las cosas francamente setentero. Ayudados por el consumo del drama cinematográfico, los adolescentes en Transición evolucionábamos hacia la forma de adultos de carácter grave y sentencioso. Trascendencia de por medio a tope: la peculiar coyuntura española y una crisis mundial de tres pares de narices nos empujaban a ello.

El cine del destape fue concebido para una generación madura, pero a los que estábamos saliendo del cascarón no nos valía. Como digo, estuvimos servidos en cambio de producciones dramáticas estadounidenses, que nos dejaron una impronta sutil. Tampoco menospreciemos en nuestro carácter la influencia del cine europeo, francés para ser más precisos, con autores como Éric Rohmer, que en la Biblia moderna que era la gran pantalla jugaban el papel de los evangelistas del Nuevo Testamento. El cine había sido importante para nuestros padres. Para nosotros era ineludible. Uno podía dejar de leer un libro y salir al mundo como si tal cosa. Lo que no podía de ninguna manera era no ver películas ni estar al tanto de los estrenos. De los grandes cines de barrio en la infancia los jóvenes urbanos pasamos a sentarnos en las pequeñas salas —el Alphaville de Madrid fue un negocio pionero— donde se asistía a las presuntuosas ceremonias culturales del cine europeo, que nos llenaban la cabeza de agudas sentencias y la retina de secuencias originales, también en algún caso de argumentos y metrajes infumables. Tanta exquisitez visual (y la revisión de las películas de Bruce Lee) alimentaba nuestra peculiar locura pagana. El teatro en esa época no podía competir con la seducción masiva que ejercía el cine.

Casi con un pie dentro de los ochenta se inauguró una corriente cultural que luego quedó sacralizada bajo el término “movida”. La expresión se empezaba a usar para referirse a casi cualquier cosa. Funcionaba algo así como el *stuff* inglés, que se coloca en las frases en lugar de un sustantivo. Los libros hablan de una movida madrileña, sinónimo de corriente cultural, sin que muchos de los madrileños de entonces, con edad de tomarle el pulso al movimiento, hubiéramos tenido la impresión de estar acompañados por un

evento relevante. En realidad, los jóvenes urbanos se agrupaban en tribus difusas que atendían solo relativamente a una localidad determinada. Pero en el caso de Madrid los desplantes y brincos de la muchachada quedaron por alguna razón *a posteriori* elevados a la categoría de corriente cultural. Efectivamente, un segmento juvenil de la población, y no solo en Madrid, se tomó el posfranquismo como invitación formal a una fiesta elástica, sin fin. La institucionalización de la movida a mediados de los ochenta, tanto en formato musical como cinematográfico, constituye otro episodio del que no doy cuenta por salirnos del plano.

En la capital había, es verdad, una marejada cuyo trasfondo participaba de un "tengo tiempo y me aburro. Veamos cómo puedo hacer el ganso". Para algunos, la noche y el día se juntaban en un conato de anulación, tornándose perpetuo el jolgorio. Con más o menos aptitud, algunos chavales del pijerío respondón quedaban para vestirse al modo de la juventud londinense que hacía peinetas a Thatcher y, con gran desparpajo, sacaban mucho la lengua ante el objetivo de la cámara. En España comenzó —por fin— a llevarse el inglés. Era muy gracioso escuchar eso de "la he mandado a Irlanda a mejorar el inglés", pues mejorar era un eufemismo. Se formaban muchos grupos musicales que salían de la nada, sus miembros sin haberle dado nunca a un bombo ni en feria. Las discográficas se ocupaban de solventar este asunto con músicos profesionales tras el telón con tal de que el líder del grupo tuviera potencia de voz, gracia o descaro. Como otras chicas, al dejar atrás los setenta abandoné temporalmente la melena y me hice un peinado imposible que instaba al flequillo a permanecer en punta.

Por la calle o el metro te cruzabas con chicos cuya naturaleza quedaba opacada por la estética punk. En el *top ten*: los collares de perro o los candados al modo de virgencita del Carmen al cuello. A las señoras les horripilaban estos chavales, que era precisamente lo que más gracia les hacía a ellos. Bares —mejor los más cutres— y salas de música (véase discotecas) estaban siempre a reventar. Nadie olvida el año de 1983, por la pérdida de ochenta y una vidas en la discoteca Alcalá 20. En cuanto a los locales "formales" de la movida, visité en alguna ocasión el Rock-Ola sin grandes aspavientos. Pese a ser la banda sonora juvenil de mi generación, el pop español de esos años no llegó a engancharme. A grandes rasgos su pobreza musical era palmaria. Las canciones que emitían las radiofórmulas sonaban a tomaduras de pelo destinadas principalmente a enriquecer a algún listo. La

escatología berreada tampoco emocionaba. Daba igual: nuestra generación acuñó sus “ídolos”, algunos de los cuales, siendo de barro, han seguido vivos en la nostalgia y viviendo de aquello.

Los artistas cuyos méritos ganaron el derecho a la memoria de la movida jugaban con los conceptos y manejaban sus herramientas con resultados a veces singulares e interesantes. Con un compañero de clase, a punto de terminar los estudios, aprendí sobre la obra de Guillermo Pérez Villalta. Como si fuera lo más normal del mundo nos invitó a su estudio a pasar un par de tardes enseñándonos sus creaciones, que nos mostró sin ningún pudor en el proceso de elaboración. Fuimos muy afortunados. Este artista “de la movida” pintaba de maravilla y sin interés por disfrazar con su talento la escuela matriz. Se esforzaba sin embargo por salirse del tiesto, por encontrar una seña de identidad reconocible en la época.

Muchos jóvenes adscritos a la movida tonteaban con la salud y, al cabo, se jugaban la vida. El estado de éxtasis permanente tiene mala resolución cuando el subidón de euforia toca a su fin. A finales de los setenta se mencionaba la autodestrucción y la “bajada a los infiernos”, en referencia al momento creativo de ciertos artistas ayudados por las drogas. Los que bajábamos al infierno real del metro madrileño (nos comíamos los remaches de las chapas de los vagones de lo apretados que íbamos) y nos devanábamos los sesos por quebraderos de cabeza tangibles mostrábamos poca empatía con este tipo de procesos que culminaban en desgracia. En la actualidad, personas de sesenta años largos recuerdan con frecuencia la pérdida de sus colegas por sobredosis y demás. El consumo de heroína quedó en cierto modo enlucido por el revulsivo que las movidas proporcionaban a la imagen del país. Una distorsión como otras en una España habituada a pensarse ombligo y creer que el mundo estaba pendiente de tomar parte en la polémica sobre si un grupo llamado Kaka de Lux (¡qué gracioso!) tocaba mal o peor, pues hacerlo pésimamente era justamente el objetivo de los jóvenes al mando.

El descuido en este asunto del consumo de drogas duras —prohibir estaba terminantemente prohibido— causó un daño irreparable a toda una generación de muchachos bienintencionados y, quizá, confiados en la reversibilidad de sus adicciones. En un festival de música, ya a mediados de los ochenta, el propio alcalde de Madrid, Tierno Galván, entonó ante el auditorio aquella arenga que aún hoy sigue haciendo gracia a los nostálgicos del “tiernogalvanismo”: “¡El que no esté colocao, que se coloque!”. La

pérdida de talentos a cuenta de la droga fue un drama, no comparable sin embargo con el chorreo de decesos de jóvenes anónimos en los barrios desfavorecidos y zonas de narcotráfico. Menudo cementerio de juventud comenzó a perfilar la década de los ochenta a cuenta de la heroína y de las enfermedades adosadas a su consumo: desde la tuberculosis hasta el SIDA, pasando por todas las que pudieran ocurrírsenos. Para dar voz al problema se produjo una película, *El pico*, cuya crudeza impactó bastante a los espectadores. Estaba protagonizada por el chaval al que me refiero más arriba, José Luis Manzano.

Para ser justos, ninguna modernidad que se precie se ha completado a sí misma sin participar del estigma de los consumos cuestionables e ilícitos en cada época. El alcohol no cuenta porque forma parte de un continuo y goza de la respetabilidad de lo que, dándose por inevitable, se acartona en las costumbres. Recordemos el uso plenamente aceptado de opiáceos durante el siglo XIX, o que en las guerras de todos los tiempos, sin la administración de algún tipo de droga a los soldados, muchos batallones no hubieran sido capaces de afrontar con arrojo inconsciente el trabajo de matarife que la nación les endosaba. En el franquismo los círculos del poder y aledaños consumían barbitúricos por prescripción médica, mientras los chicos de las tropas en África merendaban hachís, y los jóvenes urbanos testaban los efectos del ácido en su creatividad. Incluso lejos de la modernidad, las sustancias que alteran la percepción y el comportamiento han sido siempre bien acogidas por sectores de la sociedad.

Como rasgo especial, durante la Transición se abrió el espectro de los consumidores de droga. Aumentó el estado de tolerancia que la justificaba como acicate a la cultura de la libertad: mente y cuerpo liberados al fin de corsés, pero carga de profundidad contra los más frágiles. Si el paro o la violencia destilada por el efecto de las reconversiones industriales tempranas, a partir del año 80, no mataba a los damnificados, ya se ocuparía de ello la heroína. El emprendimiento natural de los españoles había encontrado en los setenta en el tráfico de droga un negocio de beneficio imbatible. A comienzos de los ochenta, solo con leer la prensa, se aprendían palabras nuevas todos los días: yonqui, camello, jaco, pico… La gente empezaba a ver los efectos brutales de la droga en los colgados y a señalarles por las pintas: lo descarnado del rostro, la falta de dientes, la delgadez y otras miserias que casaban mal con un país que pretendía sacar la cabeza de la oscuridad. El

caso de las mujeres se nos hacía especialmente duro. Los drogadictos de la calle —no los que se ocultaban en las urbanizaciones de lujo y tenían opción a curas carísimas sufragadas por la familia— daban miedo a la gente. Se sabía que eran capaces de cualquier cosa con tal de poder seguir chutándose. El mito de la degradación juvenil en el Nueva York de *Taxi Driver* tomaba cuerpo también en Barcelona o Madrid. Y las autoridades ya no buscaban enmascarar los problemas gordísimos de los pueblos del interior o los suburbios urbanos. Mi antiguo barrio, en la zona de Carabanchel, quedó estigmatizado por la presencia de la droga en sus calles, por lo que en casa no había día en que se dejase de oír ese: "Menos mal que nos fuimos a tiempo". Yo pensaba sin embargo en chicos de mi edad que vivían rodeados "del peligro de la droga", a quienes lo adverso del nuevo estado de las cosas convertía en rehenes de un gueto.

La buena marcha en la transformación del país se manifestaba con ciertos costes, que no eran menores, violentada por la delincuencia ligada al consumo de drogas. Eran tiempos en los que se escuchaba la historia de la madre que, con todo el dolor de su corazón, daba por perdido al hijo drogadicto que había arruinado a la familia y cambiaba la cerradura de la puerta de casa para preservar lo poco que quedaba en ella además de la vida de sus moradores. Estas mujeres pasaban las horas esperando una llamada desde una comisaría, un hospital o el depósito de cadáveres. Con el tiempo, la percepción social de este asunto fue cambiando. Si en los setenta y primeros ochenta la droga era un "vicio" que enganchaba anulando la voluntad de los consumidores y motivándoles a cometer tropelías inexcusables, luego fue abriéndose paso la idea de que la de la droga, al igual que cualquier otra adicción, debía atenderse como una enfermedad, tan merecedora de atención asistencial como podía serlo una insuficiencia renal. El naciente sistema de la sanidad pública comenzaba a tomarse en serio la posibilidad y el reto de prestar ayuda médica a los adictos a la heroína. Sus estragos visibles maquillaban no obstante la peligrosidad de la nueva droga de moda, la cocaína, más distinguida por tener interés en ella personas con alto poder adquisitivo, que para obtenerla no tenían que pegar palos a familia ni atracar comercios. Por sus cualidades, estimulantes y adelgazantes, la cocaína proporcionaba a las clases altas en los Estados Unidos de los setenta el combustible de la distinción. Para consumirla echaban mano de *gadgets* expresamente diseñados por las firmas de moda de la época.

CAPÍTULO 9

TOMAR LAS RIENDAS

Acabé al bachillerato y el curso de acceso a la universidad con diecisiete años recién cumplidos. Para entonces cabía suponer que las rebabas institucionales del franquismo hubieran caído en el cubo de sus desechos. No era así. Me cupo experimentar un extraño episodio, que a la altura de 1977 me hizo sentir humillada. Estaba confundida al pensar que, viéndome adulta, el planeta estaba en la obligación de reconocerme como tal. Y es que la ofuscación de la adolescencia nos llevaba a interpretar el mundo según el código binario: cero y uno. Cero: de tono rancio —entre verde mustio y marrón caca— de la España acabada, y uno: la paleta colorista de un panorama que se atrevía ya con el amarillo chillón y el púrpura, y donde una chica moderna podía freírse el pelo o teñírselo de verde.

La primera en la frente. Cuando en septiembre acudí a la ventanilla de la facultad para tramitar la matrícula, me pidieron un documento que no tenía: el del Servicio Social cumplido. En los años en que debía haber hecho aquel servicio, decidí por cuenta y riesgo saltármelo a la torera. No estaba dispuesta a coser camisitas de bebés ni a dar de comer a los viejos de los asilos (utilizo los términos de la época). ¿Qué iba a pasarme si no hacía el Servicio Social con Franco ya en ultratumba? ¿Acaso iba él a salir del Valle de los Caídos a ponerme los grilletes? A todos los efectos, en mi yo más íntimo, el franquismo estaba muerto. Así que no volví a acordarme de esta obligación incumplida hasta el momento en que, mirando ojiplática a una funcionaria cuya cara apenas asomaba tras el buzón ventanilla de la secretaría, caí en la cuenta de que el franquismo sobrevivía en forma de una enmarañada madeja de raíces. El hecho de que el servicio de alumnos estuviese en un sótano contribuía a formalizar una visión según la cual todo lo malo se agazapa en las alcantarillas. En ese instante, lo único que me cupo objetar ante la diligente funcionaria fue que Franco había muerto, como si la mujer no se hubiera

enterado. Su respuesta fue contundente: “¡Ay, maja, pero el franquismo no!”. Y acto seguido me mandó a otro edificio —que estaba a tomar por saco, pues la Complutense era, y es, una universidad de tronío y distancias imperiales—, a ver si me solucionaban el entuerto que me impedía hacer la matrícula. En un ir y venir de un servicio administrativo a otro, acabé por enterarme de que la así llamada Sección Femenina pervivía sujeta con algún garfio roñoso al presente posfranquista. Le daban aún aliento requisitos descontextualizados e indignantes como el referido.

Al cabo de unos días, en los que en mi casa se clamaba al cielo pensando que la niña se iba a quedar sin entrar en la universidad por culpa de su terquedad, al no querer entrar en vereda y haber hecho (como el resto) el dichoso Servicio Social, volví a las dependencias de la Sección Femenina, esta vez acompañada de mi padre, como me demandaban por ser menor de edad. Fuimos atendidos por una señora de la Falange (las señoras de Falange se diferenciaban notoriamente de todas las demás), que sacó unos impresos de debajo del tablero del escritorio y nos los dio a firmar. En el documento con el logo de la Sección Femenina se decía algo parecido a que, para obtener el título de licenciatura cuando tocase, mi padre, o en su defecto un marido, juraban responsabilizarse de mi conducta. Todavía, pasados mil años de aquello, sigo sin dar crédito a lo que escribo y, de no haber coincidido con alguna otra chica en aquel despacho, tiendo a pensar que lo soñé o que me tomaron el pelo a conciencia. Mi padre, que por ser funcionario docente estaba habituado a aquellos tejemanejes falangistas, no tuvo reparo en echar una firma y, sin dar mayor importancia al asunto, mejorar la mañana llevándome a desayunar café con churros, que era lo que hacían los padres cuando iban con los hijos a alguna gestión matutina.

Con diecisiete años me ufanaba de haberme hecho cargo sola de los procesos de matriculación en el instituto, pero ahora tenía que recurrir a la presencia del cabeza de familia para que exhibiera públicamente su tutela sobre mi persona. En aquel momento juré sobre mis muertos que, si alguna vez tenía un vástago, al cumplir los diecisiete no se me ocurriría pensar que no era un adulto. Al ir a reclamar mi título, cinco años más tarde, nadie me pidió el certificado de matrimonio que, en el procedimiento descrito, era condición para, sin la tutela paterna, retirarlo. En la España del posfranquismo pasaban cosas extrañas, lo que es prueba de lo a caballo entre dos mundos que se estaba aún. En los años de estudio me olvidé de ese

trance que, siendo poca cosa, me había puesto el alma en un puño y deslucido la parafernalia adolescente de entrar en la universidad. Luego en cambio lo he recordado a menudo, refiriéndolo, al estilo de los varones con sus historias de la mili, a quien ha querido escuchar. De este episodio saqué varias cosas en claro. La primera, que había hecho bien en no entrar en el juego del dichoso Servicio Social, que no tenía ningún sentido en su día, y eso que me ahorré.

La segunda, que lo que en este país se había entendido por servicio público era peculiar, además de inútil a efectos prácticos y, desde luego, muy distorsionado con respecto al ideal del servicio cívico en el que sí creía. Así lo pensaba alguien que curiosamente obtuvo un puesto de funcionaria con apenas veintitrés años, la adolescencia pegada al culo como quien dice. En esos días nos aferrábamos a certezas fantasiosas, como la de la virtud del servicio público en pro del bien común. Esto ya muy en la línea del cambio del 82. Séase benigno ante la ingenuidad de los jóvenes de esos tiempos. Este tipo de ideas arraigaban en el espíritu de quienes nos educábamos en el periodo de la construcción de la democracia, respirando todo el día el mantra de que servir a la sociedad era un privilegio, pero sobre todo un deber ineludible. Los servidores públicos —en el cuerpo que se quiera— hemos proferido este tipo de frases con una credulidad palmaria y expresión sincera que hoy me sonroja, y que quien no esté en el ajo pensará era fruto de la hipocresía o de la afectación, lo que no es cierto más que en un porcentaje muy pequeño de casos.

Por fin en la universidad, de nuevo la candidez nos jugaba malas pasadas. Llegábamos pensando que íbamos a apropiarnos de las claves del encriptado que daba luz a la experiencia. En parte, sí se cumplió la expectativa. La universidad permeó en muchos de quienes pasamos por ella a finales de los setenta y primera mitad de los ochenta, regalándonos algunas herramientas intelectuales con las que elaborar un pensamiento propio. Pero hubo igualmente un montón de alumnos sobre los que la universidad rebotaba como una pelota en una pared de frontón. Estos chicos y chicas, incluso aprobando con buena nota los estudios, manifestaban una evidente —se les notaba a la legua— incapacidad para alimentarse de la universidad. Su naturaleza era a estos efectos la de un suelo impermeable. Algunos terminarían sus carreras y hasta se harían profesionales solventes, si bien la universidad nunca hizo mella en ellos. Igualmente podían haberse pasado

cinco años en una academia de artillería que estudiando códigos legales. Engullían información tasada y la escupían luego a demanda de las convocatorias de examen o de los ejercicios de oposición. Ciertamente, la vida no les iría peor que al resto.

El pertrecho formativo con el que entrábamos en las universidades era variopinto. Los chicos procedentes de las enseñanzas públicas no íbamos mal preparados, aunque sí de una manera muy irregular y desde luego no comparable con los que salían de ciertas escuelas religiosas o laicas (las menos) con una atención prolija a la formación de los bachilleres. La de finales de los setenta era una universidad que, por primera vez, atraía a grupos de jóvenes con orígenes sociales y geográficos muy diversos, y se notaba un montón. Como una coctelera, la universidad nos mezclaba antes de absorbernos. Especialmente los procedentes de familias sin tradición universitaria, los chicos españoles avanzábamos sin guías rectoras. Quienes se habían educado con los curas tenían al menos algún sistema de pensamiento concreto, que luego podrían desmontar o afianzar. El resto aportábamos a las aulas algún conocimiento difuso y una cabeza limpia de polvo y paja, muy moldeable. Vagábamos por el éter de nuestras propias inconsistencias. Los chicos españoles razonábamos poco y muy mal. Cada quien tenía sus ideas sobre la política y la sociedad, pero las defendía con argumentos pedestres y mucho vocerío, como el que se hace forofo de un equipo de fútbol y se parte la cara por sus colores. En la desorientación, nos espabilábamos eso sí gracias a la perspicacia.

En el verano previo al comienzo del primer curso mis certezas a propósito de gustos e intereses eran tan escuchimizadas que me da vergüenza anotarlas. Iba por primera vez en mi vida a compartir banco con chicos, ausentes en los quince años de vida escolar, pero sobre todo me entusiasmaba el hecho de toparme con personas e ideas que me ayudaran a definir esos gustos e intereses que aún no tenía. Mucho esperábamos de todo. Si hubiera tenido que escribir una carta de motivación para ser aceptada en una universidad buena, como hacen ahora los adolescentes de medio mundo, no se me hubiera ocurrido ni por dónde empezar. Incluso las pocas certidumbres en las que me apoyaba iban enseguida a hacerse añicos. Por ejemplo, la existencia de verdades “buenas”, correctoras de las filfas que nos habían hecho aprender en la escuela y el instituto. Así, no fue de extrañar que, pese a sentir predilección por la literatura, pensase que antes de dirigir mi atención a los

asuntos culturales, moldeables y relativos, necesitaba aprender historia, porque la historia era —en esos días— inconmovible y verdadera. A los diecisiete creía que “enterarme” bien de qué había pasado facilitaba mucho las cosas y que, una vez satisfecha la curiosidad sobre los pasados de la humanidad, ya habría tiempo para detenerse en las ideas o el arte, todo ello muy alejado de lo crucial.

En los años setenta la compartimentación del conocimiento humanístico en las ramas de las ciencias sociales convertía en melones las cabecitas dúctiles de los bachilleres. Yo había sido una niña preguntona, cotilla para las historias cercanas, pero sobre todo para las más abstractas, que se cogía rabietas si no entendía como es debido qué estaba pasando a su alrededor, o en un punto determinado de la vía de donde salía jaleo, pero al que los ojos no llegaban. Cuando los niños comienzan a tomar conciencia de la muerte y sienten cierta ansiedad, la mía estaba ya relacionada con el fastidio de no poder enterarme de qué pasaría cuando no estuviera aquí. La putada de morirse radicaba en la amputación del saber sobre los infinitos futuros por llegar, sobre todos los tiempos que ya no te pertenecen.

Siguiendo con el conocimiento, a finales de los setenta estudiar Letras (Filosofía y Letras) era una opción vista como anticuada que los planes de estudio rechazaban. En la escala de valores de lo moderno se habían permutado por un invento que en España lo parecía, aunque en Europa y América había demostrado sus limitaciones como enfoque sustitutorio de las humanidades. Hablo de las ciencias sociales, que efectivamente incorporaban la economía o la sociología, y que en esa España dispuesta a apuntarse a un bombardeo parecían el no va más del conocimiento con utilidad práctica. De manera que, para bien o para mal, que de ambas cosas hubo, me tocó aprender historia, y luego a hacerla (lo peor), según un marco renovado en el que ya no molaba hablar de personas en concreto sino de la humanidad como un ente indeterminado pero masivo, comprensible a partir por ejemplo de las estadísticas y qué se yo cuantas cosas más. Al desaparecer las figuras y los individuos del pasado, al ocupar las masas anónimas su lugar en el relato, la historia hacía juego con el nuevo régimen democrático. En esos años salirse de esta senda, y como negación frontal de todo lo anterior, se consideraba un atentado a la modernidad, pero sobre todo a la democracia. Fuera del marco social todo se juzgaba *carca*. De modo que los estudiantes tuvimos un empacho de historia estructural (esto es, de inspiración marxista)

que abarcaba desde el relato de la antigua Grecia hasta el del imperialismo americano. Para ser justos, adquiríamos una horma con la que componer por fin un sistema de razonamiento, el que fuere, muy útil durante unos años para ir domesticando los aprendizajes. La parte mala del asunto recaía en el hecho de que la estructuralista era la única verdad correcta para dar luz al pasado y, sobre todo, a la realidad en curso.

A los jóvenes de Letras se nos hacía discípulos sin preguntar de un marxismo diluido, de una dialéctica *soft* que a la universidad española le venía de perlas para liberarse de herencias atávicas y que insuflaba entusiasmo en los profesores, que por fin podían enseñar según su parecer o, dicho con mayor propiedad: libertad de cátedra. ¡Y qué trascendente nos parecía cuanto nos enseñaban! ¡Qué maravilla no ser rehén de las falsedades incrustadas en los viejos discursos hueros! Pasados tantos años de todo aquello, aún contemplo atónita la capacidad de succión de las mentes jóvenes ante aquel batiburrillo de la verdad social. Se fundaba en una teoría sencilla y convincente cuya principal cualidad era atornillarnos a las aulas que nos amamantaron. Hoy, muchos compañeros de clase de aquel tiempo mantienen el mantra de sus años estudiantiles, y la verdad es que me dan cierta envidia porque se les ve cómodos en la relación con el sistema comprensivo que les acompaña. En el caso de otros, exprimimos las enseñanzas de la historia estructural hasta donde el sentido común nos permitió, que tampoco fue mucho.

En esos días finales de la Transición se enseñaban las revoluciones como si, quitando la rusa, solo hubiera existido la francesa, antecedida por episodios míticos como el levantamiento de los esclavos en Roma. Para nuestros profesores —hubo excepciones— las maneras de la historia se inspiraban en los encuentros académicos acaecidos al otro lado de los Pirineos durante el tardofranquismo. Nadie nos mostró nunca las tradiciones del pensamiento liberal, ni en la escuela, el instituto, ni tampoco en la universidad porque, como he dicho, nunca se le daba oportunidad de encajar en nuestro sistema de comprensión. Qué mala suerte ha tenido el pensamiento liberal (y no solo el español) en España, cuánto se le ha ninguneado. Si de niños el coco podía parecerse fácilmente a un liberal (un señor con capa oscura y el rostro de un ser taimado), en el bachillerato se corría un velo tupido sobre él, dándosenos a entender que el liberalismo era una leyenda urbana sin interés. Para interesante ya teníamos la cultura

española del Siglo de Oro, a la que desde luego no quito el mérito. Aprovecho el ejemplo del maltrato dado al liberalismo en nuestras enseñanzas para poner desde aquí la primera piedra al monumento del autodidactismo que acompañó a toda una generación de incrédulos. Cuando hoy escucho a personas de mi edad que saben lo que no está escrito a propósito de música, cine, literatura, arte y ciencias, doy por seguro que en buena medida lo aprendieron por su cuenta, sin maestros. Aunque en la universidad nos convertíamos en adultos de una forma más regulada que los chicos que salían directamente a la vida laboral y echando mano solo del autodidactismo, tampoco nos sobró a los licenciados. La gente miraba y aprendía, probaba y erraba o acertaba.

La vida universitaria liberó nudos muy bien atados. Nos daba aliento por ejemplo para romper la corrección y lanzarnos a hablar como un carretero. Parte de hacerse adulto, nos parecía, consistía en tomar la palabra sin trabas y proferir términos censurados en la infancia. Una vez que se le cogía el gusto a decir en alto "hijo de puta" o "gilipollas", ya no había manera de aflojar usando sinónimos más finos. Todo menos enrojecer por cursis. Pero la mayoría de nosotros carecíamos de la ira que necesitan ciertos calificativos malsonantes para herir de verdad. Nos poníamos gallitos aportando la furia de la adolescencia, y sin embargo los tacos no pasaban del registro de muletillas juveniles para la autoafirmación. Estaban privados de la violencia cruda de otras palabras menos broncas. Personalmente, la palabra "cretino", dicha con autoridad, me ponía los pelos de punta. Expresiones del estilo de "¡tú te callas, cretino, o te parto la boca!", o bien "¡espabila, estúpido, que pareces retrasado!", guardaban una brutalidad malsana y primaria que no se oía en las universidades, pero sí en la calle.

En este punto, tras unos años de patillas largas y solapas como capotes, con el abandono del pantalón campana —moda frívola para los gustos nacionales—, a finales de los setenta la universidad era un oasis en mitad de un panorama en el que la rudeza en el trato era el pan de cada día. La piel mucho más dura que la actual, la gente convivía con este tipo de brutalidad como el que aguanta sin pestañear el chorro de agua que le cae de un techo en ruina. En el instituto y luego en la universidad se había normalizado afortunadamente el trato correcto entre profesores y alumnos, muy a pesar de lo cual seguían dándose episodios casposos en los que un chico era denigrado por no caerle en gracia al docente o parecerle especialmente zoquete.

También sufrían las chicas, bien por feas y torpes ("¿Es que es usted tontita?"), bien por haber crecido de tan bella manera que, intimidado, el enseñante la tomaba con ellas, haciéndoles la vida imposible. Algún profesor en la facultad se expresaba en términos que venían a decirle a la "señorita" que acudía al despacho, pongamos por ejemplo a una revisión de examen, que su bien desarrollado cuerpo la ponía en la mejor disposición de casarse, en lugar de ocupar el puesto de un varón con menos recursos naturales. No siendo forzosamente los profesores de esta especie de gañán de inspiración franquista, tenían sí por costumbre ya decir lo que pensaban, pues no existían cauces administrativos para cerrarles la boca. De manera que no era raro que, en una de cada dos sesiones de clase, el profesor aportase sus reflexiones particulares a propósito del sexo de los ángeles. Aquella libertad resultaba contundente y graciosa a ratos, siempre que el profesor tuviera ganas de agradar y convencer. De no ser así, el uso de la libertad de cátedra parecía más un ámbito de *punching ball* contra el destino que le había tocado en gracia a su dueño.

Ante los comentarios sobre nuestro físico, las chicas, planas o pechugonas, flacas o gordas, tirábamos adelante haciendo de tripas corazón y pasando página en cuanto podíamos. Cosas peores iban a pasarnos en la vida como para dejarnos amedrentar por el verbo de un primate. Sin desdeñar su importancia, el asunto del acoso verbal no era, ni siquiera para las afectadas, un tema sobre el que prestar mucha atención en esos momentos. Sabiendo que no existían oídos sensibles a nuestras quejas, bastante teníamos con pelear para hacernos hueco en los espacios masculinizados de las facultades. Y claro que nos molestaba que nos metieran mano en el metro —mi madre me aconsejaba llevar prendido algún alfiler en la solapa del abrigo y atacar con él si me veía en la necesidad—, o que andar por la calle supusiese recorrer una yincana de miradas groseras y frases sucias. Estos abusos callejeros eran una pesadez, que nos alentaba a responder, si no con un alfiler, sí con pisotones y patadas en el transporte, o con voces resabiadas en la calle. Yo admiraba a las chicas que eran sueltas de verbo, porque los silencios de niñas educadas ni servían de castigo ni dolían al agresor, que se los pasaba por el forro.

CAPÍTULO 10

HABRÁ QUE TRANSIGIR

Todos los adolescentes han sido amonestados en cualquier época por su empecinamiento en ir a la contra. En la España de los setenta, ir a la contra suponía para los jóvenes hacer lo único posible, pues las composturas formales llevaban tatuadas una etiqueta en la que se leía "anomalía moral". La razón de los jóvenes se empotraba contra un muro de ideas y normas tan anquilosadas, idiotas y dañinas, que nadie que tuviera algo de sesera podía quedarse impávido, sorbiendo el jugo macerado del españolismo tontaina en el que habíamos crecido. Las fuerzas renuentes a aquel "ir a la contra" generacional daban coletazos y bien gordos: en los primeros setenta —según contaban los hermanos mayores— asaltando las facultades y los institutos, al galope y porra en mano. En mi instituto se decía que la policía entraba hasta en los baños. Esta servidora no lo vio jamás. Y tampoco contemplé, ya en la Facultad de Letras, las famosas correrías de la policía a caballo. A los nacidos a comienzos de los sesenta nos pilló si acaso el eco mitificado de la agitación y la represión.

Cuando entramos en la universidad, España era un país situado de cara hacia la democracia, pero con el trasero aún aparcado en el franquismo. Aunque las oportunidades de que la tropa de energúmenos vestidos de gris la siguiera emprendiendo contra los contestatarios estaban mermadas, otra caterva de furiosos, cachorros estos nostálgicos de la mano dura de sus mayores, y adscritos a formaciones con olor a naftalina, como los Guerrilleros de Cristo Rey o Fuerza Nueva, se encaraba a cadenazo limpio con los viandantes despistados, pero sobre todo con los jóvenes que no les querían reír las gracias. El distrito madrileño de Moncloa estaba muy cotizado como plaza pública de falangistas y hedillistas. Bandas de macarras violentos bendecidas por el filofranquismo, como los Guerrilleros de Cristo Rey, se enervaban con consignas muy sencillas para no aturdirse. Gritaban y

zurraban a diestro y siniestro para después irse a la cama reventados por el ardor guerrero, y tan contentos.

Para el común de los mortales cada día en aquella Transición se presentaba como una aventura de resultado incierto. Hoy por hoy no tengo claro qué pensaba la gente que pudiera ser *de facto* la democracia, cómo dignificaría sus vidas o si de ella iba a sacar algo en claro. Entre curiosos y precavidamente expectantes la mayoría, se escuchaba una voz popular resumida en un resignado: "Habrá que transigir". Transigir, como contemporizar, daba a entender que quedaban proscritas tanto la imposición de las normas como cualquier oposición irracional a las mismas. Sin embargo, lo que en términos de diccionario parecía relativamente simple, en la práctica no lo era. La tolerancia en aquella España desplegaba un campo de posibilidades resbaladizo, donde era fácil dar un traspié y que se armara la gorda. Tropezones había entonces de todo tipo, al punto de poner en el disparadero a la opinión pública y encender alocados debates. Uno de los más intensos —achicado por asuntos políticos "generales"— fue el de las mujeres en la Constitución del 78. En España los feminismos estaban en proceso de comprenderse y definirse a sí mismos, y las autoridades, masculinas, los toleraban con escasa convicción. Las mujeres hacían a marchas forzadas y a la vez el trabajo de la teoría y el de la resolución de problemas reales, lo que se traducía en confusión, relatos cruzados y alguna pifia. De aquel carro tiraban meritorias mujeres peleonas que, como Lidia Falcón, una vez pasado su tiempo y cuando ya no se les ponía el altavoz, se dedicaron a atacar a sus correligionarias más jóvenes con la intransigencia clásica de los varones de antaño, prueba de que hombres y mujeres se igualan sobre todo en los vicios.

Los jóvenes teníamos ante los ojos un país de jauja. Gracias a la Constitución, ya podía hacerse de todo. Y es que la Constitución compelía a los individuos a dialogar y transigir. Bien clarito lo ponía escrito, en esas páginas de la sagrada democracia. Así, comenzábamos a familiarizarnos con términos nuevos: convivencia, tolerancia, consenso… Pero tampoco olvidemos que mucha gente se pasó un porrón de años escandalizada por las consecuencias a pie de calle de tanta anuencia. En su empeño, la intolerancia seguía expresándose en un ordeno y mando cabal. Los márgenes de la moral de los intransigentes eran más bien estrechos. En el toma y daca de la relación con los hijos, a los padres de los adolescentes se les hacía

cuesta arriba la aplicación de este nuevo credo indulgente. Un mal negocio les parecía a ellos una cultura popular que dejaba la puerta abierta a la negociación a propósito de las normas en la convivencia del hogar. A diferencia de hoy día, donde los progenitores se preocupan de fijar límites a la libertad de los adolescentes pensando en su seguridad, en la Transición la razón de los límites descansaba en el mantenimiento incólume de la autoridad de los padres.

Las transacciones generacionales y sociales habían llegado para quedarse y la contracultura de mediados de los setenta —que requería muros contra los que atizar— se aprovechó inteligentemente de la indulgencia recomendada para retorcer aún más la cuerda de la norma. Revistas como *Ajoblanco, El Víbora, Hermano Lobo* o *El Jueves* aportaban a los jóvenes información relevante sobre de qué hablar para no quedar como tontainas. Había mucho miedo a ser encasillado en esta categoría de muchacho complaciente con los mandados paternos. La gente llevaba estas publicaciones en el bolsillo de la zamarra como en la infancia el TBO en el del abriguito. En la facultad, había alumnos que exhibían como trofeos el carnet de afiliación al PCE o del sindicato CC OO. Era un puñado nada más, pero un puñado vanidoso de su propia gallardía. Tenía narices ser miembro con dieciocho años de una organización ilegal hasta solo hacía unos meses. En el 79, sabiendo casi nada de la historia de las izquierdas de este país, la muchachada pensante miraba con fe ovejuna los carteles de formaciones políticas extremas como la PTE-ORT. Imaginaban, angelitos, que detrás de aquellas siglas había demócratas inmaculados como la Virgen María, que seguramente era lo que pensaban de sí mismos los anunciados por sus nombres en los panfletos.

Los no iniciados apenas reconocíamos por sus nombres a los militantes salidos de las bases de la lucha antifranquista, y menos aún los de los cachorros de viejos liberales amoldados al régimen y tolerados en él por aquello de incorporar apellidos sonoros. Estos se arrimaban al carro del izquierdismo sin cortapisas, subiéndose al ir cogiendo este velocidad. La de tintas que cargaron algunos hijos de tecnócratas y militares sobre los más que confortables pasados de padres y abuelos, con tal de hacerlos digeribles a requerimiento de los nuevos tiempos. Los colaboracionismos han tenido siempre el defecto de pretender pasar por resistencias *a posteriori*. Y es que todo era muy confuso y tornadizo en esos días. A la gente le gustaba alardear

de batallitas en la oposición al franquismo incluso si —por sus actos les conoceréis— los hechos decían lo contrario. Así que te podías encontrar con una joven mamá que adoptaba con los amigos el pensamiento formal de los progres de libro, aunque a la hora de la verdad se comportase con la tolerancia beatífica que había aprendido de sus padres o del colegio de monjas del que acababa de salir para casarse en una iglesia, aunque de manera "informal" y rodeada de "gente muy abierta". Nacidos a mediados en los cincuenta, a los de los sesenta se nos hacía irritante la suficiencia de estos "demócratas de toda la vida", ignorantes por el beneficio de sus circunstancias familiares —esa suerte tuvieron— de lo que fuera el franquismo de verdad.

No sé cómo verían las cosas los alumnos de las facultades de ciencias. Los de letras íbamos doblemente servidos en este asunto de la política. Afrontábamos diariamente la experiencia del país en Transición a la vez que absorbíamos como esponjas las esencias de las materias humanísticas y sociales que debían iluminarnos. A los sujetos del presente y del pasado se les adjudicaba un puesto en una de las dos listas no escritas: la de los que merecían aprobación y la de aquellos a quienes les negábamos el pan y la sal. En la primera, Azaña se convirtió en el abuelo de toda una generación. Cada día se le mentaba varias veces. En cambio, les cogimos tirria sin ambages a los políticos de la UCD. El más detestado de todos fue Martín Villa. Era nombrarle y figurársenos una faz con cuernos y babeando bilis. En los pasillos que conectaban las aulas se mentaba a la Alianza Popular de Fraga y, de paso, al joven Jorge Verstrynge (admirador en su radicalidad del falangismo y epítome del derechismo extremo) como la versión actualizada del franquismo impenitente. Muy equivocados no andábamos. Hacia el 78 los seguidores del PSOE eran aún rarillos, incomprendidos tal vez por su exceso de moderación. Los españoles no habíamos llegado hasta ahí para dedicarnos a templar gaitas.

Entre los partidos exquisitos estaba aquel del ya mencionado Tierno Galván, con perfiles difuminados y que además sucumbió de muerte súbita en el 78. Tierno se mantuvo en la escena pública y bien que supo lucirse, no perdiendo ocasión de recrear aquel embozo de viejo profesor cristalizado en alcalde, que en el 86 llevó a las masas al paroxismo durante su cortejo fúnebre. Sobran los parangones con el entierro de Castelar en Madrid en 1899. En lo relativo al afecto político por el centro y la derecha, a nadie en su

sano juicio en la Facultad de Letras se le ocurría difundir su militancia en la UCD o AP. Los adolescentes recién llegados al mundo de la universidad veíamos poco avance en el suarismo y adlátere: un más de lo mismo moderado, una puerta al ayer con el resbalón bloqueado. Mis creencias eran demócratas pero inconsistentes. No acababa de entender toda la enjundia histórica que comportaban las izquierdas del país. Admito, eso sí, una inclinación muy fuerte hacia el magisterio de Europa en esta materia. Me dolía España (como a los grandes), pero sobre todo me fastidiaba carecer del carnet de socio europeo y que a los españoles mondos y lirondos como yo misma Europa les importase menos incluso que nosotros a los europeos.

La llegada a España de exiliados procedentes del amplio elenco de las dictaduras recientes de por ahí fuera era síntoma de que, efectivamente, estábamos transigiendo como era debido y, en consecuencia, se nos juzgaba como un destino posible y seguro donde refugiarse frente a los sinsabores del fanatismo. ¡Olé! Qué subidón daba verse en posición de poder acoger. Esto pasó en los setenta, cuando empezábamos a cruzarnos por la calle con personas que hablaban castellano con acentos no peninsulares o isleños. En muchas familias españolas se había dado la emigración a América. En la mía había parientes en Venezuela y Uruguay y, por la rama paterna —italiana y catalana— intuíamos antepasados en Ellis Island, y sabíamos de los que repatriaron capitales de Cuba tras el 98. América estaba en nuestras vidas desde siempre. Ahora sin embargo experimentábamos el rebote de tanta expatriación y exilio. De manera diferida, España no podría olvidar lo que es una dictadura, hecha carne ahora en las caras de nuevos paisanos procedentes de Uruguay, Argentina o Chile.

Los jóvenes descubríamos a personas de formación sorprendente: escritores, artistas y bandas de *rock*, gente como Calamaro o Ariel Rot —chicos guapos con pinta de granuja— que aportaban a la cultura juvenil una desenvoltura asombrosa. Se dejaron caer como si tal cosa entre nosotros y mejoraron sustancialmente el panorama. Recién llegados de Latinoamérica, los deportistas ocupaban posiciones en los equipos del fútbol nacional, regalando al juego agilidad y espectáculo, según decían los seguidores. En el teatro, los exiliados de América renovaron las técnicas actorales de nuestra escena, propiciando lo que luego serían puentes culturales de un lado a otro del Atlántico. En aquellos años los americanos del Cono Sur derrochaban un dinamismo social y cultural chocante en nuestras pesadas tradiciones. Traían

su cocina cárnica, sus empanadas y el mate, pero también su particular visión de la cultura política, de la justicia y los derechos humanos. Es cierto que, parcos en el discurso como somos a veces los españoles, nos calentaba la cabeza la cháchara excesiva de estos visitantes. Pero se trataba de eso, de apreciar lo nuevo y dejar de ver la paja en el ojo ajeno. De aprender todos a transigir un poco.

CAPÍTULO 11
EN LA FÁCUL

El primer año de facultad fue una enorme aventura, sobre todo en lo referente a eso que llamamos la educación sentimental. También una decepción. El conjunto de los programas era flojo en el fondo y la forma. Muchos llegábamos a la enseñanza superior desde los institutos, y los contenidos del primer año de la carrera, generalistas y comunes, no aportaban gran cosa a lo que traíamos examinado. Aquello se aprobaba con la gorra. Añado que las aulas, hasta la bandera de chicos y chicas desorientados, se convertían en gallineros a media mañana. Siempre un aliciente. Sin micrófonos, los profesores daban sus lecciones para los de las primeras filas, cotizadísimas y accesibles solo tras un madrugón. Se estilaba curso tras curso lo de "me guardas el sitio que ya te lo cojo yo mañana". Muchos días un señor autodefinido como republicano abría la puerta del aula, bandera tricolor en mano, y pegaba unas voces o entonaba "La Internacional". En otras ocasiones entraba en la clase "un pobre" que pasaba el cepillo por una bancada de estudiantes sin blanca, terminando por irse por donde había entrado, eso sí, de muy mala leche. El buen discurrir de las clases estaba cuajado de imponderables, al punto de que nunca se sabía si el folio que sacabas volvería a la carpeta con líneas caligrafiadas o en blanco.

Las sesiones se interrumpían sin venir a cuento, o cuando el bedel de turno desalojaba por alarma de bomba. Enseguida comprendimos que las amenazas eran fruto del interés de algún estudiante en mandarnos a todos a la calle. El bedel se marcaba un "¡desalojen!" cansino, que traducía un indiscutible "estoy hasta los huevos". El movimiento del centenar de chavales provocaba un ruido atronador: los asientos abatibles despedidos hacia arriba, las carpetas abriéndose y cerrándose al son de las gomas y anillas, y sobre todo la cháchara que acompañaba al embotellamiento de los pasillos. Las clases eran literalmente ratoneras a ras de suelo o en el sótano.

El cese de actividades académicas se originaba también por las asambleas de estudiantes, paros y huelgas, cuyas razones hoy ya ni recuerdo. Esta masificación de alumnos y el sinvivir cotidiano debió ser para algunos profesores fuente de su evidente alergia a enseñar. Desde luego, no me hubiera querido ver en su pellejo. En conjunto, el entorno de los aprendizajes resultaba entretenido. Se hacían amigos, y se miraba mucho con quién iba este o esta, o qué grupos hacían qué cosas. Lo normal. Me consta que en las cercanas facultades de Ingeniería o Medicina los alumnos llevaban un ritmo de vida menos disperso que el nuestro, aplicados a unos estudios que daban poca tregua. Allí, el profesor no se apartaba del encerado así llegara un tornado.

Una vez suspendida la clase a media mañana, lo natural era no reemprender ya la jornada. Unos se iban a sus casas, muchos a tomar cañas al barrio universitario y algunos a la biblioteca, a "pasar a limpio los apuntes". Este ejercicio que entrecomillo me dejaba desconcertada. Casi siempre realizado por chicas (por alguna razón misteriosa, los chicos no solían pasar a limpio sus apuntes), las notas de clase en limpio tenían un público generoso dispuesto hasta a comprarlas. Los más espabilados se camelaban a las amanuenses madrugadoras que, amablemente, les regalaban la posibilidad de fotocopiar sus magníficos apuntes. En mi caso, no sé si dejé o pedí alguna de aquellas joyas laboriosas. Seguramente sí. Pero muy esporádicamente. No tenía yo mucha cultura escolar de compartir. Había crecido en un ambiente de "juanpalomismo", por lo que prefería cocinarme yo sola mis notas en un estilo que, si bien a mí me era útil, no le servía a nadie más. Para empezar, en mis hojas el orden de la información no seguía las líneas del discurso. Conformaba una maraña de frasecillas ligadas por vectores, embolsadas en círculos, subrayadas… entendible solo por quien las escribiera. Me costaba tomar al dictado todo lo que escuchaba, era lenta y —recuérdese— no había querido aprender taquigrafía. Así que necesitaba fijar la atención, simplificar lo que escuchaba y anotar lo imprescindible. Luego repasaba lo anotado y, con la memoria preferentemente fresca, rellenaba huecos, anotaba dudas o enmarañaba más aún lo escrito, usando libros para restañar las heridas de los discursos amputados. Lo normal.

Al echar un ojo a aquellos apuntes tomados año tras año, una se da cuenta de que la letra de los universitarios evolucionaba rápidamente, al ritmo de las necesidades amanuenses y también del espíritu. La caligrafía ahuecada y

formal iba cediendo ante el garabato suelto que, según la personalidad de cada cual, ascendía o descendía, protestaba en las tildes o las ignoraba, abundaba en las contracciones y hasta creaba un lenguaje críptico para todos menos el anotador. Había personas que usaban un solo folio en toda la mañana. Lo colmataban de líneas hasta en el perfil. Otras en cambio lo reponían tras haber escrito diez líneas y gracias, usando cada día decenas de hojas. Si la primera versión me daba qué pensar, la segunda me producía escalofríos. ¿Cómo se podían obtener, al leer los folios, esos golpetazos de memoria visual, necesarios para aprenderse los contenidos, si cada idea se desparramaba en varias páginas, todas con el mismo aspecto? A la mayoría nos gustaban los folios blancos, pero algunos estudiantes los usaban de colores, el papel pautado y hasta cuadernos de espiral, un incordio para organizar los contenidos con los resúmenes de las lecturas suplementarias. En esos años, en las clases de Letras no se olía el lápiz. En España, que no en todos los países, un alumno adulto se diferencia del infantil en que ya no escribe a lápiz. Todo el mundo usaba bolígrafos y algún chaval había que se ufanaba de llevar a clase pluma y tintero. Yo lo intenté, porque me parecía bonito, pero me cansé enseguida. Las chicas íbamos a lo práctico y considerábamos el Bic fino, amarillo, un acierto del diseño industrial. Las alumnas más cuidadosas sacaban las tiritas del típex de la máquina de escribir o directamente el pincel de pasta blanca para tapar los errores y evitar así los tachones que afeaban las hojas. Pero tachar era, a mi entender, una práctica muy liberadora. Tachar las palabras mal escritas, las frases erróneas o conceptos mal entendidos era la bomba, se hacía con determinación. Y no solo tachar, también subrayar, enlazar las palabras y hasta añadir dibujitos. Por nada del mundo me hubiera pasado el tiempo de clase metiendo y sacando el pincelillo del bote de Tipp-Ex. Ya costaba no perder ripio como para entretenerse en lindezas.

Las clases se impartían en salas de diferentes tamaños, las más grandes destinadas a los primeros cursos, con decenas de personas encajonadas hombro con hombro en las bancadas, o sentadas en las escaleras y los poyetes de las ventanas. Con asientos retráctiles y muy separados de la mesa, al final de la jornada se te quedaba la espalda hecha un churro. La de escoliosis lumbares que hemos adquirido a cuenta de bancos mal diseñados. A la media hora de haber comenzado la clase el aula olía ya a cochiquera. Sin haber rematado aún la adolescencia, las hormonas campaban a sus anchas y el olor

corporal de todos componía un interesante *mix* atmosférico. Contribuía a ello el hecho de que en las clases se fumaba mucho. Fumaban alumnos y fumaban profesores. Y fumases o no, al llegar a casa la ropa y el pelo apestaban. No le dábamos la menor importancia. Estábamos acostumbrados a los ambientes cargados de humo y al olor a combustibles presente en las calles. A destacar la tonalidad amarillenta y cariado de las dentaduras de mayores y jóvenes. Los nacidos en los sesenta habíamos adquirido hábitos higiénicos dentales básicos. Usábamos el cepillo de dientes y cuando nos dolían las muelas íbamos al dentista. Eso era todo, que ya era mucho. El consumo temprano de tabaco, sumado al de alcohol y al del café malísimo que se bebía, deslucían mucho las dentaduras juveniles. Tampoco se nos hacía raro el hedor a sudor en el metro y el autobús, siempre de bote en bote. Muy poca gente, generalmente la que no usaba el transporte público, se ponía desodorante, si bien se abusaba del agua de colonia. También se fumaba en el transporte público y, si era la hora, la gente se zampaba un bocata de caballa de camino al trabajo. En comparación con las condiciones de salubridad del metro, las de un aula atestada de hormonas juveniles parecían las de un *spa*. A veces el mareo que experimentábamos en un autobús era la señal de que mejor bajarse antes de nuestra parada, para respirar algo de aire fresco y no caer redondo.

En la Fácul, la atmósfera más cargada se respiraba en el bar o cafetería: una suerte de nave industrial de techo bajo localizada en el sótano del edificio a la que se accedía —y se accede— por dos entradas que flanqueaban la librería. El bar era un lugar maravillosamente cutre, poco iluminado y muy ruidoso. Ni se ventilaba ni se limpiaba a fondo. Cuando se rompía una silla, rota quedaba, y si algún gracioso raspaba la mesa con una navaja a modo de buril aquello permanecía desbrozado para los restos. La cafetería tenía clientes fijos que ocupaban allí buena parte de la mañana o la tarde, consumiendo botellines de cerveza y cafés con sabor a matarratas, consagrados a la cháchara o a las cartas. A media mañana o tras la hora de la comida, lograr que te atendiera un camarero requería de mucha pericia: para saber colarse de refilón entre los resquicios del cuerpo tupido que formaba la muchachada, para levantar la mano al tiempo que se gritaba la demanda, o para ingeniar alguna forma original que atrajera la atención del empleado. En aquel fragor inútil, que sin embargo era parte crucial de la experiencia universitaria, no era difícil salir del bar con un lamparón en el jersey, un vaso

de café derramado sobre la pernera del pantalón, un dolor de cabeza y algún virus gripal. En el extremo derecho de la barra había una habitación ocupada por mesas con mantel que daba un servicio modesto, pero siempre más confortable, a profesores y administrativos.

Con todo, los que nos preocupábamos por conseguir ese vasito de café libre de manchas en la ropa éramos los auténticos privilegiados de la época. Miles de chavales trasegaban por la vida real, afrontando inconveniencias de las buenas. Al reflexionar sobre lo que nos perdíamos, se nos representaban vestidos para acarrear ladrillos o limpiar bujías. Podía imaginárseles agobiados por responsabilidades que nosotros, en el bar de Letras, ni olíamos. A modo de escudos contra el mundo, apoyábamos las chicas las carpetas contra el pecho, mientras nuestros quintos fuera de la Fácul se comportaban como si en lugar de dieciocho años tuvieran veintiocho, algunos incluso casados o a puntito de. Para ellos la vida seguía en unos términos muy parecidos a los de sus padres. Los estudiantes nos íbamos a sitios donde "respirar los aires del cambio": de bares, o a los colegios mayores que, como El Johnny madrileño —todavía masculino—, ofrecían alicientes juergueros y culturales (el *jazz*). Algunos hasta sacábamos tiempo para echar unos partiditos de tenis, o hacer atletismo en las instalaciones deportivas del campus.

Según se dejaba atrás el primer trimestre del primer curso, apreciábamos la distancia que separaba dos formas de vivir la juventud, algo que hoy, afortunadamente, es mucho más borroso. Amigas de la infancia y primas habían tirado por la "calle de en medio" a los catorce años, lo que venía a decir: tomarlas como vienen dadas. De alguna manera sentía que eran criaturas valientes, heroicas, a cuya suela del zapato no alcanzábamos los pusilánimes que acudíamos a diario a las facultades a pasarlo bien y, de paso, a prestar alguna atención en asuntos de tanto relieve como la Historia Antigua o la Estética. Allí estábamos los del cambio: tomando apuntes a propósito de las reivindicaciones sociales en el siglo XIX, mientras otros se tomaban la molestia de trabajar para comer materializando la otra cara de la moneda que era la democracia: el ejercicio de la responsabilidad. Estudiar era la nuestra, desde luego, pero de momento, y no nos engañemos, no era igual de contundente que la de ellos. Esta universidad de la democracia aportaba un nuevo tajo a la tradicional brecha social, una sima honda añadida a la clásica de la posición y del poder adquisitivo.

En general, la universidad española en aquellos días resultaba más inclusiva. La masificación era la prueba. Permitía salir de ámbitos desfavorecidos y afrontar el futuro con ciertas expectativas. La nuestra fue una generación pionera en la exploración de la meritocracia. Pero mientras la empresa de unos universitarios llegó a buen puerto, la de muchos se quedó en el camino, algo más raro en estos días. Los adolescentes procedentes de familias sin recursos, que les inspiraban para "querer ser alguien en la vida", resultaban advenedizos. Con los títulos bajo el brazo es posible que muchos chicos de aquellos años experimentasen sentimientos contradictorios: de alegría y orgullo, de tranquilidad tras el deber cumplido, pero también de enorme desazón. Recientemente he tenido la alegría de felicitar a un compañero de estudios por la obtención de un galardón nacional. Evocando pequeñas historias compartidas, he recordado la aspereza que para muchos estudiantes supuso la aventura de la Transición, en el salto con pértiga que hicieron desde pueblos y barriadas a las universidades.

En las facultades de finales de los setenta había muchos jóvenes procedentes de ciudades pequeñas y pueblos con pocos servicios, o chicas que vivían en barrios aún sin un alumbrado público. Todos regalaron al país un talento desarrollado a pulso, el suyo, que se manifestó en el flujo singular de médicos, arquitectos, maestros, profesores, ingenieros… salidos de esta nada referida. Además de estudiar lo que tocara, estos chicos hacían malabarismos para subsistir lejos de casa, para no enfermar ni dar a sus padres malas noticias. Al terminar los estudios tuvieron que pelear por hacerse hueco en el rígido mundo profesional lastrado por décadas de endogamia y que la democracia no conseguía varear: pervivencias del franquismo enquistadas en las fibras del músculo social. Con esfuerzo, tuvieron estos jóvenes la oportunidad de encontrar ese rinconcillo en el que poder desplegar sus aptitudes. Pero tampoco nos llevemos a engaño, pues esta apertura democrática fue más que nada cuestión de conveniencia general. El país estaba falto de profesionales para alcanzar, a toda marcha, la normalidad con el entorno europeo.

Por alguna conjunción de astros, que siempre las hay, en mi promoción abundaban los "hijos de". Los había de todos los estilos y credos políticos: hijo de este o aquel escritor afamado, de un arquitecto o artista de reconocida trayectoria. Había vástagos de profesores ilustres y herederos de flamantes firmas de abogados, a quienes sus familias no hubieran dejado bajo ningún

concepto atender a su vocación más íntima de ponerse al frente de un negocio de peluquería. Hasta compartíamos aula con los hijos del presidente del Gobierno, lo que en cierta manera resultaba natural pues tenía muchos, y desde la residencia de La Moncloa, al otro lado de la carretera de La Coruña, costaba poco cruzar a las facultades. Los escoltas eran discretos y una vez los tenías fichados, se invisibilizaban. Los hijos de figuras conocidas por haber hecho oposición a Franco, tras el exilio familiar, vivían ahora el choque del retorno. A sus padres se les enderezaba por fin la tortuosa ruta hacia la extinción y el olvido en la que les pusiera el régimen. En los últimos años estas familias habían ocupado una suerte de purgatorio social, aunque no exento de un balcón orientado al cielo. Los hijos de los proscritos ilustres se movían ahora por el pequeño mundo de la facultad española con la molestia visible en el rostro del que se pasa la vida comparando y no acaba de encontrarse a gusto. Se desplazaban con el cimbreo del que sospechaba que esto de España tampoco era para tanto como sugería la añoranza de sus abuelos, y que con su presencia proporcionaba ese toque exquisito del buen jamón curado a un triste puchero de alubias. Estos jóvenes, ellos y ellas, desplegaban en torno suyo la elasticidad social de los aprendizajes extranjeros.

Nada más empezar el primer curso, los “hijos de” ya se habían reconocido entre ellos, y habían hecho piña. Se juntaban para ir a clase y para no ir, para acudir al chalet de alguno, a hacer lo que les diera la real gana todo el santo día. Ya en el primer minuto de convivencia saltaba a la vista la diferencia entre ellos y el resto. El título universitario al que aspirábamos, a ellos les traía al pairo, pues lo suyo era sobre todo “experimentar”. Sabían que, antes o después, dando más o menos por saco a sus padres, acabarían por obtener una licenciatura. De momento, se permitían el lujo de dejar correr las convocatorias, de cambiar de carrera tras haber juzgado aburguesado el plan de estudios, y hasta de plantarse en casa con la peregrina idea de tirar los libros e irse a Cádiz a la pesca de atún de almadraba. Algunos de estos “hijos de”, además de políglotas, eran listos como ellos solos. Gozaban de una dispersión de carácter muy beneficiosa para la creatividad. Estaba claro que habían aprendido lo suficiente como para que les estorbara la formación encorsetada. También que, en cuanto se aclarasen un poco y se les pasase la efervescencia hormonal, iban a saber perfectamente qué hacer con sus vidas. Y de no ser así, ya se encargarían sus progenitores —los mismos de los que

ahora echaban pestes— de sacar partido a alguna de sus múltiples cualidades. Con dinero por delante siempre había una escuela en Suiza donde especializarse en Protocolo.

La mayoría de los estudiantes, incluso los que ya exhibían talento, tenían en cambio sus aptitudes ocluidas por dos pegotes: el atolondramiento propio de la edad y la ausencia de mentoría. En esta España moderna, en la que ya iba sobrando hasta la Unión de Centro Democrático, a los jóvenes les parecía que la capacidad de trabajo iba a abrirles puertas. Con esta candidez a cuestas finalizamos los estudios dejando atrás, con sus asignaturas pendientes, a varios "hijos de". Nos olvidamos completamente de ellos. Pero toda esa gente, que en la siguiente década iría despreciando el sistema de oposiciones o la naturaleza leonina de los contratos que acabarían firmando, terminó por reaparecerse quince años después. La vida es un auténtico gua. De pronto, los nombres que nos escamoteaba la memoria ya ocupada en otras cosas emergían grabados en alguna placa atornillada a la puerta de un despacho, bien de la alta Administración del Estado, bien en Bruselas, en las ruedas de prensa de alguna multinacional, o al frente de algún departamento cultural de una institución autonómica: todos esos puestos a los que no se llegaba subiendo escalones. En los ochenta, el sistema de las autonomías multiplicó las administraciones dando amplia cabida a los "hijos de" que restaba por colocar. Sin haber concluido los estudios de Bellas Artes o al menos la especialidad de Historia del Arte, estas personas aparecían al frente de una galería de arte o, ya en los noventa, usaban herencias familiares para meter baza en la aventura de los canales privados de comunicación. Al final, las ovejas vuelven al redil, que ya tiene cuidado de guardarles el sitio.

En los bancos de la Facultad de Letras había bastantes chicas. Al parecer a los chicos les iban más la economía y las ingenierías… Pero poco a poco, y según iba dejando atrás los primeros cursos, en mi clase se equilibraron con los varones. La especialidad de Historia Contemporánea no parecía ser tan del gusto de las chicas como el arte o la historia medieval. Así, terminé haciendo piña más con chicos que con chicas. El ambiente resultaba estimulante. Pese a haber tenido una educación segregada en el colegio y el instituto, normalicé el cambio de maravilla. Supongo que era lo natural. En el mundo de los varones —me fijé pronto— el perfilado de ojos o la renovación del guardarropa no tenían relevancia. A una edad en la que el día queda corto para todo lo que se pretende hacer, yo apreciaba que ellos llevaran la de

ganar: que exprimieran el tiempo despreocupados de banalidades. Hacia los dos últimos años de la facultad apenas veía a las chicas de la clase, cuya amistad descuidé, lo que he sentido mucho *a posteriori*. Las chicas que a la fuerza nos movíamos en espacios masculinos fuimos construyendo una impresión irreal del mundo, de la que solo seríamos conscientes pasado el tiempo, pues, aunque algunas no nos diéramos cuenta, las mujeres españolas lo seguíamos teniendo chungo en esos días. Nuestro papel en la sociedad se iba dibujando en la rigidez de la mentalidad colectiva. No todos los varones con quienes crecimos las chicas en la universidad, y que nos conocían bien, llegaron a asumir los valores que inspiran la igualdad entre los sexos, y algunas chicas —yo misma— no teníamos tiempo ni interés en tomar conciencia del feminismo.

Una joven diez años mayor que yo me regaló *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, animándome a que hiciera propias las ideas de una señora que había publicado este libro sobre las mujeres antes de los años cincuenta. Quizá por respeto a la persona que tuvo la amabilidad de instruirme, me leí el texto con atención. Menudo compromiso —pensé— iba a ser decirle que, además de aburrido, me había resultado un libro sumamente anticuado. Ya tenía dieciocho y nadie me había enseñado la bondad de la prudencia o de las mentiras piadosas. Beauvoir, de quien años después leí varias obras, inspiraba a las feministas españolas de entonces, lo que me hizo pensar que quizá fuese esta la razón por la que el feminismo en España resultaba tan dogmático, además de poco apreciado por muchos sectores de la sociedad. No ayudaba tampoco a las feministas el tener siempre en la boca el nombre de las pioneras españolas como Concepción Arenal, y de las de la Segunda República, véase Clara Campoamor; mujeres excepcionales pero cuya experiencia resultaba lejana en el tiempo.

Las chicas necesitábamos referentes realistas, tangibles, que nos aleccionaran sobre las respuestas a nuestros problemas. Seguíamos nuestra andadura especializándonos, trabajando en despachos de abogados, en los hospitales o la diplomacia del país, apartando cada día, aunque sin pontificar al respecto, los palos en las ruedas que nos iban poniendo. Estábamos absorbidas por el trabajo de atender la montaña de responsabilidades que nos exigíamos (como animalillos que se ponen a sí mismos los cepos en los que acabarán cayendo). Ejercíamos *de facto* un feminismo tenaz y sin rótulos. Éramos jóvenes, estábamos preparadas, teníamos arrojo y ganas de dar lo

mejor en nuestras profesiones. En paralelo, el activismo feminista crecía en una labor imponderable, si observamos el difícil contexto. Tenían las activistas el trabajo de verbalizar la naturaleza de los obstáculos y los agravios, a los que las mujeres de toda edad y condición plantaban cara a diario. En esa época solo queríamos ser "iguales"; con el tiempo apreciaríamos el valor de nuestra diferencia.

El tránsito de la infancia a la juventud es un duelo entre dos pulsiones opuestas pero esenciales ambas: la construcción de lo íntimo y privado, y el aprendizaje del alarde en sociedad. Durante la etapa universitaria, bares, cafeterías, *pubs* y discotecas acogían intimidad y socialización. Luego podía llegar el sexo. Apreciábamos los pisos de los amigos cuyos padres desaparecían como por arte de birlibirloque, dejándonos la casa para nosotros todo un fin de semana. En su defecto, no era extraño que grupos de amigos pagasen a pachas el alquiler de pisos céntricos y desastrosos. Los dueños, con tal de sacarse unas perras, hacían contratos de alquiler hasta a las ratas. Preferían no ver ni oír. De estas casas tenía llave hasta el tato. En la cocina siempre había un plato de arroz blanco y un huevo frito. El mobiliario y decoración dejaba todo que desear, aunque nadie se diera cuenta, y raro era toparse con alguien en el momento de pasar la escoba. Es un axioma plenamente aceptado que los jóvenes no tienen la mirada aún preparada para detectar la suciedad. Con ingresos modestos fruto de trabajos esporádicos y ahorrillos, los jóvenes nos permitíamos algún menú en las casas de comidas del barrio. La oferta de restauración hacia el 80 era tan pobre, incluso en la capital, que, no siendo restaurantes afamados de cocina regional a precios desorbitados para nosotros, *grosso modo* a lo más que podíamos aspirar para celebrar algo era a una mesa en algún italiano (contados con los dedos de una mano) o un chino de importancia. Referente en esos días fue El Buda Feliz, inaugurado un año antes de morirse Franco.

El paso a la vida adulta de las mujeres se acompañaba con iniciaciones que nos ponían en situaciones de arrobamiento, pero también desconcertantes y comprometidas. La más dura sin duda, la del embarazo no deseado. A las universitarias les pillaba el dilema del aborto en una situación no más grave que al resto de las chicas, pero sí peculiar, porque de la decisión dependía el terminar o no los estudios, y para ellas lo de casarse casi nunca era una opción. En las aulas no era frecuente ver a embarazadas o jóvenes madres. Como es bien sabido, a finales de los setenta y comienzos de

los ochenta en España no había forma legal ni razonable de poner término a un embarazo que, de interrumpirse, lo hacía quirúrgicamente en ciudades lejanas como Londres. En la anticipación de lo que se le venía encima a la embarazada, se producían llantinas sobre hombros amigos vestidos con jerséis llenos de pelotillas. Los suéteres de esa época hacían bolitas con las que convivíamos como si tal. Al sobresalto inicial de la chica, y del chico —los chicos de esa época eran sensibles y la mayoría se implicaba en un asunto que consideraban les concernía también a ellos—, le seguía un proceso corto, pues los plazos corrían en contra de la afectada, que debía asimilar la información, mentalizarse, tener charlas con personas de confianza y, a la postre, tomar una decisión. Una vez se había decidido a dar el paso, llegaba la búsqueda de recursos para cubrir los gastos de desplazamiento al extranjero y la intervención. En más de un caso se recurría a una especie de caja de solidaridad que solo se materializaba cuando se daba una necesidad acuciante. Las jóvenes que ya habían pasado por este trago o tenían cerca a alguien que lo hubiera sufrido, cogían el teléfono, llamaban a sus contactos, proporcionaban citas con médicos "majos" y, sobre todo, recolectaban los fondos necesarios. La deuda con estas personas, de afecto y monetaria, nunca llegaba a saldarse.

Sin una ley de divorcio vigente siquiera, la ley del aborto en España era apenas un deseo, y el acceso a los métodos anticonceptivos eficaces, una lotería. Tampoco se nos había instruido en los que estaban amparados por la Iglesia, los de nuestros padres. A propósito de la anticoncepción nadie nos decía nada. El sexo, como la vida, era prueba y error, un azar, y la suerte de una joven que no deseara seguir con su embarazo pendía de los escrúpulos morales de un médico. En España los ginecólogos —incluso aprobada la ley— eran por lo general de la escuela conservadora: de trato afectadamente paternal y condescendiente con las mujeres, dictaban su moral y miraban mucho de no recetar la píldora anticonceptiva ni siquiera cuando se despenalizó el uso. Asimilaban la píldora a las prácticas abortivas. Recuérdese que hasta el año 1978 el Código Penal castigaba la venta de "medicamentos o procedimientos capaces de evitar la procreación". A las jovencitas de entonces nos pilló una etapa, nuevamente, de tránsito entre lo que veíamos como un derecho y lo que se nos permitía hacer. Con el lío normal que se tiene a esa edad a propósito de casi todo, la abstinencia sexual era tan habitual como el desenfreno. Aún hoy, mujeres de mi generación

recuerdan que llegaron al matrimonio, en los ochenta, sin haber tenido relaciones sexuales plenas con su novio de siempre, el que fuera a ser su marido. Otro cantar era que la virginidad les acompañara también a ellos. Por el contrario, había chicas que experimentaron la sexualidad hasta los límites que quiso su voluntad.

CAPÍTULO 12

A BORDO DE UN DOS CABALLOS

Desde que comencé a levantar dos palmos del suelo sabía, como el que no duda de que el sol acompaña al amanecer, que aprendería a conducir y tendría mi propio coche. Hija de los sesenta, la cotidianidad estaba ligada a un utilitario, garantía de movilidad y, en consecuencia, libertad. Los jóvenes sentíamos la libertad como la imprevisibilidad en los desplazamientos inopinados, sin atención a horarios de salida de trenes o protocolos aeroportuarios. Somos muchos los que mantenemos ese vínculo peculiar con el coche, esa manía perentoria de conducir los fines de semana hacia cualquier otra parte, lo más lejos posible de donde estemos. De alguna manera los jóvenes de la Transición nos habíamos estado preparando desde niños para lo que significara tener acceso a un coche particular. En mi caso, a los diecisiete ya había aprendido a conducir, y a los dieciocho, edad legal para hacerlo, tenía un utilitario a cuyo volante ponerme. Era un dos caballos, en realidad un Dyane 6, nuevecito y de un azul tan intenso que quitaba el hipo. Su precio fue de unas quinientas mil pesetas pagadas a tocateja, pues en casa se era del parecer de que, en lo relativo a lo superfluo, pagar a plazos era de insensatos. Este coche no fue un regalo espléndido en premio a buenos resultados académicos; en mi familia nunca se recompensaba la tarea bien satisfecha ni se sancionaban los fracasos. Compraron el coche principalmente para proporcionarme una herramienta con la que poder echar una mano a mi padre, el único que conducía en casa, a la hora de atender recados. Puesto que primaba la relación coste-beneficio, nadie pensó que un coche a los dieciocho años podría tener ese tipo de uso lúdico que acelera los planes de independencia juvenil.

Tras recorrer concesionarios y mirar modelos, de primera y de segunda mano, trabajo que dio como resultado un panorama de opciones que iban desde un Renault R5 hasta un 850 con pocos kilómetros, mi padre se decantó

por un Citroën 2CV, en esa versión raruna que era el Dyane 6. Mi opinión solo fue tenida en cuenta por lo que respecta al color: el azul más alegre que había visto yo en la vida. Mi madre aportó su criterio práctico: puesto que íbamos a comprar un coche tan inusual, que al menos tuviera cuatro puertas para que pudiera subir ella con cierta dignidad. El dos caballos mondo y lirondo, que a mí me parecía mucho más bonito, a ella en cambio le recordaba a los coches “de los obreros”, y no le hubiera faltado razón de no ser porque en esos días la mayoría de los obreros españoles ni siquiera podía permitirse comprar un coche barato como este. De modo que cumplí los dieciocho con una propiedad a mi nombre: un descapotable —que lo era— de chapa azul y ruedas muy delgadas que, cuando fallaba la batería, podía arrancarse a manivela.

De lo que carecía esta servidora, un asunto no menor, era de carnet de conducir. Mi padre —con tendencia a comportarse con un margen leve de anarquía en relación a cualquier forma de autoridad— había puesto antes el arado que las mulas. Daba por sentado que, puesto que me había enseñado él a conducir, obtener la licencia sería un trámite. Había hecho un aprendizaje más o menos rápido, aunque áspero en ocasiones, pues el profesor era de los que te metían en bochinches callejeros para ver cómo te las apañabas tú sola. Ahí me las había visto yo, en medio de follones de tráfico a la altura del Bernabéu, que eran tela. En ese Madrid nadie se cortaba un pelo a la hora de hacer sonar los cláxones o bajar la ventanilla para vocear. A los diecisiete, mi padre me ponía al volante del coche familiar importándole una higa que pudiera pararnos la Guardia Civil. Me enseñó a enredar debajo del capó y hasta a cambiar una rueda. En casa se opinaba que un conductor ha de saber escuchar el motor de su vehículo y no arredrarse en la cuneta si pincha una rueda. Lo de llamar a la grúa ni pensarlo. Ya podía reventar una tubería que, por no ser ricos ni faltarnos dos manos, en casa no se pagaban servicios de operario alguno.

Pero lo más fácil, el carnet, no fue coser y cantar. De hecho, no lo obtuve hasta haber cumplido los veinte y tras examinarme cinco veces en aquellos polígonos infernales donde afrontar cada convocatoria resultaba como subir un Gólgota. El sistema contemplaba que uno pudiera examinarse por libre, con coche propio, o bien bajo el amparo de una autoescuela. En muchas familias con padres conductores se optaba por la primera opción, infinitamente más barata, por lo que matriculé los derechos de examen que

daban acceso a tres convocatorias, comenzando mi particular viacrucis y gastando a la larga lo mismo al menos que si hubiera ido de la mano de un profesor de academia. Pasado el teórico —estaba chupado— había que hacer la prueba práctica en un polígono habilitado para los exámenes, y luego en un circuito urbano local. En todas las provincias existían estos polígonos. En Madrid, por entonces, se ubicaba en Las Rozas. Hasta la quinta convocatoria no salí a hacer el recorrido por las calles del pueblo. Me tiraban indefectiblemente en los ejercicios del circuito, principalmente porque me presentaba con el coche paterno: un Seat 124, motor 1430. Como cada vehículo acaba teniendo la forma de quien lo conduce, este en concreto expresaba ya sus querencias, que mi padre apañaba a su antojo. Así, ya sabía yo que se calaba en esta o aquella situación o que, para que no se parara en una cuesta empinada, debía mantener agarrado el freno de mano, un poco flojo, sin descuidar el equilibrio entre embrague y acelerador. Como además era un coche anchote, para los estándares de la época, aparcarlo tenía su aquel. Requería de toquecitos adelante y atrás que sobrepasaban el número estricto de maniobras permitidas.

Cada vez que aparecía por casa con un nuevo suspenso del carnet, se mascaba el drama. El más indigesto, aunque silente, era el de mi padre, pues mi derrota era la suya. Así las cosas, a los diecinueve años, iba y venía a la Fácul en coche, pero sin carnet, y mi estado de ánimo acabó por relajarse, al punto de pasárseme la última convocatoria de la primera matrícula. Estaba tumbada en la cama leyendo alguno de los libros que tocaba, cuando me acometió una especie de arcada que me dejó lívida. Me levanté de golpe a consultar la carpetilla donde guardaba los papeles "oficiales", verificando lo que de forma súbita me había venido a la cabeza: se me había pasado la última de las oportunidades que contemplaba la matrícula. Ahora tendría que desembolsar el importe de una nueva. Desde esos días y durante muchos años tuve pesadillas relativas a mis fracasos al volante en el polígono de Las Rozas. Este es un sentimiento, creo, compartido por muchos de quienes han sufrido derrota tras derrota en un polígono de conducción. El permiso de conducir fue posible finalmente porque, harto ya de la situación, mi padre —comiéndose su orgullo— admitió el hecho de que solo inscribiéndome en una autoescuela iba a salir de aquello. Cubrí el expediente con una clasecilla antes de reaparecer en el escenario de mi desgracia, esta vez tutelada por un profesor colegiado. Al examinador de turno pareció agradarle el cambio de

rutina en mi expediente y, ya sí, en esta ocasión me otorgó el apto. A esas alturas, el carnet de conducir ya no me hacía ilusión. Me limité a reaccionar con alivio por no tener que volver a pasar esta angustia.

En aquellos casi dos años de conducción sin carnet nunca tuve un solo percance, ni un encuentro con la policía, afrontando el hecho de no llevarlo como si tal cosa, con la inocencia del que confía en su sentido común para no cometer infracciones. Esto no debería ser un ejemplo para nadie. Tuve suerte de que no pasara nada grave. Suerte, sin más. Tal vez por la obsesión de "hacerlo bien", sigo conduciendo tan atenta a los espejos retrovisores que pareciera que sufro de nistagmo: mis ojos en vaivén constante entre el espejillo interior y los dos laterales. Recuerdo con enorme agradecimiento la experiencia adolescente a bordo de aquel dos caballos azul, que fue en muchos aspectos la llave de mi independencia personal. Con el dichoso carnet de conducir en la guantera del coche imaginé haber cubierto las expectativas que mis padres se habían hecho a propósito de mi capacidad para valerme sola: tenía el bachillerato, escribía a máquina como los ángeles, me manejaba bien con el inglés y además conducía. Una preparación completísima para andar sola por el mundo.

Al volante del dos caballos me hice adulta. Con el coche exploré los márgenes de la autonomía física y sentimental. Era el lugar más privado al que tenía acceso. Al volante, me interné en la experiencia del viaje por carretera durmiendo a refugio de una tienda de campaña en los márgenes de las vías secundarias, que era entonces una manera accesible de recorrer Europa. Mi coche atravesó puentes y entró en ferris, mantuvo el pulso a los tractores; en los adelantamientos se midió audazmente con los vehículos pesados que circulaban por las carreteras europeas. Tuvo su particular pasaporte: la carta verde que era preciso obtener para ir a Francia, Países Bajos, Italia, Reino Unido, Austria… Llegué a Escocia aportando con el colorido del dos caballos la anormalidad de un coche de fabricación francesa que los talleres de la zona no sabían aún arreglar. El cochecito se llevaba bien con las carreteras angostas de un solo carril bordeadas de una vegetación tan frondosa que hacía peligrar la conducción. Aprendí a leer mapas de carretera con precisión rigurosa, a planificar trayectos y acampadas. Los jóvenes se sienten seguros allá donde van y, en esos días, un coche tan liviano nos ofrecía la protección de un tanque.

Con la poca potencia de este coche, los camiones que rebasaban al dos

caballos lo desplazaban literalmente hacia la cuneta. Había que mantener el volante firme y andarse con tiento para no derrapar. La loneta del techo sujeta con automáticos se abombaba por efecto del viento. La aventura del turismo a bordo del dos caballos incorporaba una dieta estricta de pan con queso, *foie gras* y tomate. El coche olía a camembert. Todavía puedo escuchar el sonido del motor y sentir el olor de los textiles del interior, que de qué estarían hechos, pues no se fue ni con el paso de los años. También rememoro el tacto de la palanca de cambios, de la bola —como de billar— que la remataba, o la forma de las manivelas que abrían las ventanillas. La velocidad máxima que alcanzábamos no superaba los noventa por hora. Los viajes, por carreteras secundarias, eran lentos. Las ruedas del este utilitario, alto y endeble o, si se prefiere, esbelto y airoso, tenían un palmo mal medido de ancho —hoy veo bicicletas con ruedas más gruesas—, lo que le daba poca estabilidad al coger las curvas. Y mejor que no lloviera, pues las escobillas del limpiaparabrisas eran de chiste: enanas, lentas y ruidosas. Llevaba un motorcillo de recambio por si se quemaba el puesto, lo que sucedió en una ocasión. Con el exceso de uso, el chisme moría de agotamiento. En un *camping* de Escocia, nos pasamos todo un día intentando reemplazar el motor del limpia. Ante la insistencia de la meteorología en dejarnos ráfagas de lluvia y viento imposibles de atravesar sin un limpiaparabrisas en buen estado, abandonamos las Tierras Altas rumbo al sur, en busca del sol y de un taller en el que hubieran visto alguna vez un coche galo.

La relación con un primer coche define en parte el carácter de quien lo usa. Supongo que debe pasar igual con las motos o, en tiempos pasados, con las monturas que te prestan servicio. El coche no solo otorgaba independencia, sino que ponía a prueba muchos elementos de nuestro carácter, haciéndonos conscientes de sus fortalezas y debilidades. En las situaciones inesperadas que nos deparaba la conducción aparecían los miedos, la irascibilidad, y también el alivio y contento que emana de haber sabido lidiar con un problema sin la ayuda de los adultos de referencia. A los jóvenes de mi generación, en una época en que el país tenía aún pocos servicios de carretera, en que circular por España para luego hacerlo por Europa te ponía en la tesitura de tener que comparar, nos permitió tomar conciencia de lo que teníamos y a lo que aspirábamos. A finales de los setenta comenzábamos a viajar con poco dinero, pero no por necesidad como nuestros padres. Nosotros no emigrábamos, tomábamos vacaciones, y

hacíamos del viaje una experiencia para el disfrute y el aprendizaje.

Pronto adecué mi estilo personal al del dos caballos. Una no se ponía al volante de un coche como aquel vestida de señorita. Aún descartaba el maquillaje y tampoco cuidaba con celo el peinado de la melena. Usaba camisas birladas a mi padre con vaqueros, botas planas y algún zurrón de cuero o similar. Sin abalorios —que no hubiera sabido llevar con gracia—; la idea de la simplicidad soportaba la del uso pleno del tiempo, que siempre era escaso, para conocer y hacer cosas. Así que, tiraba con dos o tres cambios de ropa, en tonos grises y azulados, beis y marrón. La moda era un concepto excesivo para nuestros hábitos cotidianos. Estábamos afanados en atender solo a lo sustancial, liberados de artificios. Éramos alegres, nos divertíamos y no nos andábamos con remilgos. En esos días resultaba estupendo quedarse al margen de las parafernalias sociales que exigen fingimiento. Conducir un dos caballos reforzaba el estilo rebelde, que entonces se llamaba "de progre".

Pero este coche gustaba igualmente a algunos esnobs del ala conservadora, que jugaban a despistar al respetable con una estética confusa. El dos caballos, como otros utilitarios baratitos, representaba en cierto modo la juventud y ambiciones de la democracia española: era amoldable y servicial, delicado de chapa, pero con un comportamiento honesto que nunca decepcionaba. Este coche no solía dejarte tirado —igual que la democracia— y sobrevivía con muy poquito, con revisiones sencillas. La nuestra no sería la mejor democracia del planeta, pero, como el dos caballos, te llevaba siempre a buen puerto. Quitando a personas de la máxima confianza, contadas con los dedos de la mano, jamás prestaba yo mi dos caballos a extraños. Me beneficiaba de él y por ello lo consideraba de mi entera responsabilidad. Nuevamente el aprendizaje de la democracia: beneficios con obligaciones. Como la democracia española, el dos caballos me hacía partícipe de unas necesidades que equilibraban los beneficios que me regalaba. De mí dependía alimentarle, tenerle limpio y lustroso, o verificar que sus achaques fueran atendidos por el mecánico. Yo corría con los gastos incluso cuando estudiaba en la universidad, bastante habían hecho en casa con comprarlo. Sabía que, cuidándole, duraría lo suyo. Y así lo hice.

Mantuve este coche la intemerata. ¡Menudos cáncamos de la misma época se veían en los desguaces cuando mi dos caballos andaba aún por las carreteras como si tal cosa! Dos décadas prestó servicio antes de tener que decirle adiós. Resistente a las inclemencias (siempre durmió en la calle) y

trotes diversos, a comienzos de los años noventa el cochecito mostraba desgaste. En ocasiones le fallaba el arranque, en otras el sistema de frenado. Un día en el aparcamiento de la Autónoma un desaprensivo rajó el techo de lona (espero que al menos se quedara a gusto) y hubo que sustituirlo. Ya no era del mismo color y no encajaba igual. Hubo un momento, a comienzos de los noventa, en que los mecánicos del entorno se fijaron en la hechura de mi dos caballos, decidiendo sin consultar que al dueño no le molestaría que se lo buitrearan. Ya no se fabricaban las piezas para remendar estos coches, por lo que los operarios se acercaban al mío y afanaban los embellecedores de la modesta carrocería, los retrovisores y hasta las tripas del sistema de combustible. En una calle desierta a plena luz del día saludé, muy educada, a un joven vestido con un mono grasiento que se me cruzó. Jugueteaba con un aro embellecedor de faro dándole vueltas con un destornillador. Ni se me ocurrió pensar en el momento del saludo que la pieza fuera propiedad de una servidora. Solo al llegar a la puerta de mi casa, donde tenía aparcado el dos caballos, aprecié su triste mirada bizca. Qué feo me lo había dejado el ladrón. Así eran las cosas en aquellos días. La gente tenía la moral muy floja para este tipo de asuntos.

CAPÍTULO 13

MODERNIDAD ATLÁNTICA

En medio del proceso tortuoso que me dificultaba obtener el permiso de conducir tuve la suerte infinita de que a mis padres se les metiese en la cabeza enviarme a pasar un verano a los Estados Unidos. Nada de Inglaterra, que debió de parecerles poco para que aprendiera el inglés real y no el libresco que ya sabía. Esta determinación suya fue providencial y nunca les estaré suficientemente agradecida por la idea y el esfuerzo que asumieron. Aquello era completamente incongruente con nuestras circunstancias. En mi entorno los padres no mandaban a sus hijos fuera de España si no era a buscarse la vida.

Un buen día llegó a casa mi padre con el plan cerrado (igual que con lo del piso de la habitación en quilla). Ahora era preciso encontrar los dineros para acometerlo. La idea de los Estados Unidos no fue mía, ni mucho menos, pues como buena adolescente española de la época me dejaba llevar por los atavismos de las izquierdas en cuanto a lo de manifestar críticas hacia los Estados Unidos: por aquello del Vietnam, las bases militares y esas cosas. Cierto que el país estaba en horas bajas por lo que se refería a la imagen internacional. El presidente Carter, demócrata, no era un mandatario de perfil sustancioso, y la crisis económica y social hacía estragos en las bonanzas de la cultura americana, tan a la moda en la década anterior en Europa. Aunque España y los Estados Unidos a finales de los setenta se comportasen como dos esposos que amagan toda su vida con separarse para no hacerlo nunca, la muchachada española veía en el gigante americano al aliado de Franco, al contenedor del capitalismo infecto cuyos usos imperialistas debilitaban a los países de su entorno. Era una época de gloria para el antiamericanismo. Eso sí, como pasaba en todas partes en los setenta, a lo que podían los críticos se compraban prendas americanas, de imitación.

América Latina en cambio cotizaba al alza en la Transición, quizá por

empatía con los efectos visiblemente devastadores de las dictaduras, quizá sencillamente porque es fácil amar a aquellos a quienes crees son de tu estirpe y se te parecen, que es la forma más primaria de amor hacia uno mismo. Ya nos había pasado con la Italia posfascista, que se convirtió en modelo fiable de nuestra modernidad sesentera (recuérdense a Gigliola Cinquetti y a Domenico Modugno) por aquello de que, al irles bien y parecérsenos (mentira esto segundo) los italianos —digo—, nos venía bien formar pareja con ellos, adoptando su estilo moderno (algo que los españoles no lograríamos tampoco). Franco no fue nunca un tipo "italianizable" al estilo Celentano, y desde luego menos aún "norteamericanizable". De haber podido echar un ojo a lo que sucedió tras su despedida, el antiamericano ferviente (menos cuando le convino) que era Franco se hubiera sentido satisfecho ante una juventud española atiborrada de hostilidad.

La desinformación a propósito de los Estados Unidos en España corría a la par que la utilización espuria de sus flaquezas en los discursos de las izquierdas. Qué tipo de conocimiento tendrían, por poner un ejemplo, los honestos miembros de la Casa del Pueblo de Montijo, Badajoz, a propósito de lo que realmente acaecía en la sociedad estadounidense para seguir justificando la profunda malquerencia hacia aquel país, sin distinguir autoridad y sociedad, viene siendo un misterio. Eran constatables el fiasco de la guerra de Vietnam, la violencia contra los negros o la intervención estadounidense en los procesos que desencadenaban las dictaduras latinoamericanas. Esta era la fotografía compartida a grandes rasgos. Pero del país en sí, de los Estados Unidos, en España no se sabía ni la forma del perfil. Para acentuar aún más el dislate partidista en tiempos formalmente aún de Guerra Fría, los chavalitos de clase bien jugaban a hacerse los enteradillos de las excelencias de la Unión Soviética, comandada entonces por un ser pétreo llamado Brézhnev. Y como el eurocomunismo hiciera de una vez por todas las paces con ciertas libertades burguesas, a partir del 77 se puso de moda también en España. Se abría paso la buena prensa de un tipo de comunismo blanqueado por el pragmatismo debido.

Permítaseme abundar un poco en el rechazo hacia la cultura anglosajona y la atracción por lo francés en los setenta. La percepción ciudadana, y sobre todo la juvenil, estaba guiada por las imágenes culturales de un antiamericanismo nacional de doble inspiración. Aunque la tecnocracia española bebía los vientos por los Estados Unidos, el franquismo había

marcado a fuego en la mentalidad española la idea de que los imperios anglosajones fueron destructivos, y una birria en comparación con la grandeza del español. Las izquierdas por su parte recelaron siempre del liberalismo atlántico —el histórico y el presente— como si en él recayera el origen de todo mal contemporáneo. Con estas ofuscaciones en la mollera colectiva, se respiraban en cambio los vapores del ya anacrónico Mayo francés, abrazándose la creencia de que la explicación universal de las cosas era un invento exclusivamente galo, santificado ahora por una coyuntura de aplauso general a la intelectualidad exiliada en Francia tras la Guerra Civil. La cantidad de referencias bibliográficas francesas que nos tragábamos los universitarios de finales de los setenta no hallaba equilibrio con las anglosajonas o las alemanas. Tantas eran, que mal que bien, fue comenzar la carrera y tener que ponerme a estudiar francés, esta vez en serio, para anotar sin faltas de ortografía la ristra de autores y obras referenciadas.

Hacia 1980 un visitante a las facultades de letras españolas hubiera podido pensar que, a nuestro entender, el mundo académico radicaba exclusivamente en Francia. Salvo rarezas, nuestros profesores en la universidad no sabían inglés, por lo que tampoco leían a los autores anglosajones no traducidos. La escasa demanda de estos textos desanimaba a las editoriales a la hora de favorecer la traducción de libros importantes en lengua inglesa. Así —por mor de mantener la *auctoritas* académica—, se enfatizaba la importancia de la academia francesa, dándose de lado a las demás. Añádase que el modelo explicativo en esos días en Francia primaba las dichosas estructuras y la especialización en las ciencias sociales de la que ya he dado cuenta. Razón añadida para que, pasada una década, la academia española fuese un mal calco de la francesa, desfasada por su parte de las corrientes mundiales hacía tiempo. Imagino que en terrenos particulares como la arqueología la situación no sería tan dramática. Un arqueólogo o sabía inglés y alemán o no tenía auténticas oportunidades de prosperar en su disciplina. Muchos profesores se habían formado en centros religiosos en los que la lengua extranjera por antonomasia era el francés. Otros, procedentes del erial público de la educación en los años cincuenta tenían poco trato con cualquier idioma que no fuera el castellano. Tan solo tuve, en los cinco años de licenciatura, un profesor que —sin saber él mismo mucho inglés— nos indicaba al menos la literatura que incluía autores británicos. Autodidacta esforzado, enseñaba sobre los procesos de descolonización y se pertrechaba

con libros cazados en sus visitas a las librerías londinenses. No era el más brillante de los docentes, pero tenía la notable cualidad de abrir ventanas desde las que otear otros paisajes.

Con respecto al proyecto de viaje a los Estados Unidos con el que abro este apartado diré que, tras el *shock* inicial, me hice sin sonrojo a la idea de que lo de ir a América iba en serio. De golpe y porrazo, las prevenciones a propósito del Imperio quedaron arrumbadas. Me puse en una disposición plenamente favorable. Sin becas ni gaitas, los dineros que invirtieron mis padres salieron del trabajo extra: nada ilícito, aunque todo muy misterioso, pues les encantaba dar realce a los asuntos corrientes inflando la excepcionalidad de su naturaleza. Lo primero y urgente era pagar el billete de avión y la agencia que organizaba la estancia. Esta servidora contribuyó al proyecto modestamente, sacándose unas perras con clases de inglés a niños cuyos padres pensaban —al igual que yo misma— que estaba preparadísima para este tipo de magisterio. En aquel estadio de formación, el inglés con el que me manejaba era más de lector que de hablante a pie de calle. En España se estudiaba gramática, fonética, vocabulario… Se hacían millones de ejercicios escritos, traducciones lucidísimas y hasta se le hincaba el diente a algún texto literario más o menos lustroso. Todo ello poco tenía que ver con la lengua al uso. La toma de contacto con el idioma en su contexto era parte de la quimera. Mis padres, que carecían de cualquier tipo de experiencia internacional, pues habían hecho su viaje de novios a Palma de Mallorca y luego ni siquiera habían tenido la desgracia de verse en la necesidad de emigrar —experiencia durísima pero que otorga una enorme perspectiva—, entendieron con prontitud que, a falta de mejores enseñanzas domésticas, tomarse en serio un idioma exigía meterme en un avión rumbo al espacio exterior, y cuanto más lejos, mejor.

Llevaba una pequeña bandolera y una maleta rígida sin ruedas cuando embarqué en la gigantesca aeronave de la Pan Am. Era el primer vuelo intercontinental de mi vida, si bien, mejor cabría decir que era la primera vez que me subía a un avión y estrenaba pasaporte. Me sentaron en mitad de una fila llena de chicos a los que no conocía. Íbamos todos a América, unos a la Costa Este y otros a la Oeste. La mayoría centraba su interés en salir de la protección familiar para hacer el cabra en un país donde —imaginaban ellos — las libertades eran infinitas y donde, como todo se hacía a lo grande, la juerga debía ser de campeonato. Menuda equivocación, ya de partida. El

puritanismo de muchas de las familias que nos acogieron daba la medida de convencionalismos y limitaciones alejadas de los falsos tópicos a propósito de los Estados Unidos. A diferencia del pasaje, los tripulantes de cabina solo hablaban inglés y alguna que otra palabra protocolaria en español. Los "aeromozos" pertenecían a ese tipo de estadounidense entrenado para no defraudar al interlocutor, pero que, cuando baja el telón, se trasmuta en un ser diferente. Como soldados de un batallón, los tripulantes de vuelo servían refrescos, alentaban a su público con bromas, se acodaban en los respaldos de los asientos y charlaban con la gente igual de distendidos que si no tuvieran nada más que hacer. A aquellos chicos grandotes y rubicundos, de brazos pecosos bajo sus magníficas camisas de manga corta blanca, que solo ellos sabían vestir sin parecer unos paletos, se les ponía cara de preocupación cuando un pasajero tosía dos veces o dormitaba con rostro mortecino. Era la suya un tipo de profesionalidad llevada a la cúspide, a resultas de un brioso entrenamiento actoral.

Los *baby boomers* españoles estábamos muy hechos a "lo americano". Quieras que no, habíamos aprendido a hablar al oído de dibujos animados y de cine americano con doblaje de Puerto Rico, y hasta los más adeptos a la canción protesta no se atrevían a taparse los oídos ante los *hits* musicales que llegaban de los Estados Unidos. En esos días la gente daba por americano todo lo que sonara en inglés. Encendías la radio y se escuchaba algo de *funk* o canciones de grupos tipo Eagles. La mundialización de la cultura pop *rock* americana era imbatible incluso en España. Durante las semanas que pasé en los Estados Unidos aprendí de lo lindo, y no solo a charlar como una cotorra con quien se me pusiese a tiro, una vez se me deshizo el tapón que bloqueaba mi lengua y dejé de esforzarme en traducir del español. Desde luego hubo un montón de situaciones incómodas, lugares que no cumplieron las expectativas que había puesto en ellos, y gente cuyo comportamiento, de doble perfil, se volvía un acertijo para una adolescente española acostumbrada a un mundo simple, de al pan, pan, y al vino, vino. En la América blanca en la que me soltaron, la tradición de las familias era católica y protestante. Tomar contacto con la cultura protestante me dio claridad a propósito de ciertos hábitos observables. También aprendí que los estadounidenses, de natural cariñosos y amables, infatúan su gestualidad en las interacciones sociales, creando una apariencia de empatía que da a entender que se ponen a la altura del último mono con el que traten, lo que casi nunca es cierto. En esta América, los

forasteros empáticos errábamos al confundir la amabilidad y la deferencia con el respeto sincero.

La española con que se toparon los miembros de la primera familia con la que me alojé no se parecía en nada a la idea que tenían de una chica procedente de nuestro país. Para empezar, no me llamaba Lola, Rosario ni Carmen, nombres todos ellos claramente hispanos. Tampoco era bajita, rechoncha ni tenía un cabello largo, negro y brillante o los ojos oscuros como carbones. Mi piel, tostada por el aire veraniego, era tan clara como la de los blancos del área neoyorquina en la que estaba y para quienes la España "de Europa" era misteriosa y atávica. En la casa me presentaban a las visitas como española, "pero" no de México. De origen germano e irlandés, la señora de la familia trabajaba en la administración de un colegio público y el marido era ingeniero técnico, aunque doblaba ingresos los fines de semana trabajando en la policía local. Me quedé muerta la mañana en que le vi aparecer en la cocina vestido con el uniforme azul, la gorra de plato de los setenta y todos los achiperres, pistola incluida, agarrados por cinchas a la camisa de manga corta y a la cintura. En la puerta de la casa apareció como por arte de birlibirloque un coche patrulla que, imagino, le habría dejado el poli del turno anterior. En esta familia se era de pocas palabras. Los cuatro hijos, adolescentes de diversas edades, tenían la tez blanca, el pelo negro azabache y los ojos azul intenso. Me hubieran parecido realmente guapas las mujeres de la casa, de no haber sido por el acné y las gorduras inmoderadas. Los chicos en cambio, flacos, resultaban bastante atractivos, con ese tipo de guapura que adorna a las personas de rasgos contrastados.

Este era un barrio de blancos, sí, aunque el término diera cobertura a un abanico de lenguas, costumbres y tonos de piel muy diverso. En esos años la migración procedente de América Latina ocupaba otras zonas, y los negros en esta se contaban con los dedos de una mano. A pocos kilómetros del corazón de Nueva York, no era desde luego una población representativa de los distritos de la megaciudad de los rascacielos —en sus horas más bajas—, sino más bien una comunidad anodina: ni fea ni bonita, tranquila por el día, donde las miserias se escondían al ojo del vecino. En la familia reinaba un desbarajuste convenido que satisfacía los intereses de todos. A los padres les permitía ahorrarse el cansancio de imponer orden. A los hijos, mientras no causaran problemas ostensibles, se les daba manga ancha para ir a su antojo, que es a fin de cuentas a lo que aspiran los adolescentes. La casa, de tres

plantas, culminaba la parte elevada de una praderita libre de arbolado. Se encastraba en el suelo sobre el típico sótano de factura inconclusa: ladrillos a la vista, pegotes de cemento, cables y tubos al aire, que se usa para guardar trastos y herramientas.

En una pared del fondo, la más alejada de la escalera que daba acceso al sótano, se alineaba una batería de máquinas de lavar y secar la ropa. Uno podía pensar que se atendía allí la limpieza del barrio entero. Lo que sucedía en realidad era que los cacharros estropeados permanecían junto a los nuevos, dando testimonio del estadio tecnológico del momento en que hicieron su función. Al cabo de un tiempo, donde debía haber dos electrodomésticos aparecían seis. El espacio nunca era un problema en este tipo de viviendas. Un rasgo peculiar del sótano era el olor a marihuana. *De facto*, cumplía la función de fumadero oficioso para los chicos de la casa y los amigos del barrio. La madre, que bajaba a diario a poner la lavadora y recoger la ropa requeteseca salida de la secadora, no se daba por enterada. Puede que tuviera el olfato atrofiado, o que no notara el intenso olor incorporado al espectro de olores de la casa. A mi entender, la mujer eludía las razones para tomar el hecho en consideración. Al salir del sótano, el azul intenso de los preciosos ojos rasgados de los gemelos, chico y chica de catorce años, adquiría brillos iridiscentes bajo los párpados pesados.

A primera hora de la tarde, la madre ascendía por la mencionada escalerilla cargada con un par de cestos llenos de camisetas, calzones de deporte, calcetines y blusas. Llevaba el cigarrillo colgando de la comisura de los labios e iba por la casa dando instrucciones con una voz lenta y pastosa. Se descalzaba y se repanchingaba en un sofá mirando la televisión, rodeada de toda esa ropa que había que estirar, doblar o desechar. Todos los días salía de este proceso un montoncillo de algodón agujereado que iba al cubo de la basura. Descubrí muy sorprendida que en las casas de los Estados Unidos no se planchaba la ropa al culminar su limpieza, y que la gente no conocía la experiencia de zurcir para darle una segunda oportunidad a un calcetín. En esos años desconocía también los efectos mortíferos sobre el algodón de una secadora. Ninguna camiseta costaba en dólares el esfuerzo de dedicar cinco minutos a coser un picadillo en una manga, muy al contrario de los ingleses, que cuanto más acomodados son, más remiendan sus preciadas chaquetas de *tweed*.

Todas las semanas se hacía una excursión a un *mall* gigantesco donde se

adquirían paquetes de prendas básicas que, a todos los efectos, eran de usar y tirar. En aquella casa, que me parecía destartalada, aunque pude comprobar que no lo era tanto como otras, emergían en cualquier rincón agrupaciones de cosas: ropa, gorras, bicicletas… La madre tenía unas manos pecosas y regordetas, de dedos cortos y muy ágiles, las sortijas prietas que le amorcillaban las falanges y unas uñas largas y picudas esmaltadas en rojo. La cara era redonda como un candeal, los ojos azules que habían heredado todos los hijos, clavados tras las mejillas carnosas. Andaba por la casa descalza y también descalza conducía su coche. Se ponía los zapatos para salir de la vivienda y nada más sentarse al volante se los volvía a quitar lanzándolos al suelo. La gente en los Estados Unidos arrojaba las cosas a su alrededor, no las depositaba armoniosamente sobre aparadores o mesitas. Daba la impresión de que para ellos los objetos no tenían valor.

Esta madre, joven y obesa, me llevó un par de veces al despacho donde trabajaba, en un *high school* de la zona. Era verano, pero nadie tomaba vacaciones, que se consideraban una excentricidad que además no podían permitirse. A estas personas se les pagaba por semana trabajada. El centro educativo tenía una estupenda biblioteca en la que me dejaban trastear. Podías moverte entre libros y revistas sin tener un ojo siempre encima diciéndote qué puedes y qué no puedes tocar, coger o llevarte a la mesa. Algunos libros, incluso con tejuelo, guardaban los vestigios de los lectores en forma de subrayados, anotaciones o picos de página doblados. En España en esos días, los estantes de las bibliotecas eran vitrinas repletas de porcelana china. Ay de quien osara poner un dedo en ellos sin consentimiento del bibliotecario. La madre de esta familia, que se mostraba serena quizá por no quedarle otra, prolongaba los quehaceres manuales deleitándose en ellos. Al contrario que muchas madres españolas, no se mataba por tener la casa hecha un pincel o por culminar las tareas “a tiempo”. Como una versión femenina de Perseo, para ella nada concluía nunca.

En la adolescencia una madre española de esos años podía ser un castigo. Quizá la americana no les pareciera a sus hijos una bendición, pero al menos evitaban que les cayeran dos ojos inquisidores en la nuca. De haber tenido más trato con esta mujer le hubiera cogido cariño. Me sorprendía gratamente su eficaz desapego de los disgustos. De tanto en tanto, debía caer en la cuenta de que los hijos merecían comer y, congraciándose con su condición de proveedora de alimento, al regresar de la oficina hacía una parada en el

McDonald's. Sometida al peso de sí misma y al de los paquetes del restaurante entraba en la casa resoplando e iba directa a la cocina a descargar. Sin decir palabra, soltaba los menús y las llaves, lanzaba nuevamente los zapatos al aire y desaparecía. Con el calor se le hinchaban los pies diminutos que la mantenían enarbolada de la mañana a la tarde. La circulación de sus piernucas era una visible marejada venosa.

Al aroma de mostaza y pepinillos agrios, acudían las fieras hasta ese momento ocultas en sus guaridas. Cada hijo arramplaba con su menú para devorarlo en el lugar de la casa que más le apeteciera. Como a mí me habían enseñado que uno se alimenta en el comedor y jamás en un dormitorio, me quedaba sola a la mesa de la cocina hincándole el diente al contenido de la bolsita que correspondiera. En cada paquete había guarismos con los que discernir si una hamburguesa llevaba queso o tocino, cebolla o tomate. La madre conocía las preferencias alimenticias de cada hijo, pese a que no tuviera la más remota idea de qué comían durante todo el día. En lo tocante a mi paladar, la mujer no preguntaba. Aplicaba la regla infalible de endosarme un menú *plain*, esto es: pan y carne, que yo agradecía muy sinceramente pues mi estómago sufría el exceso de salsas confusas con que los estadounidenses enmascaran sabores y olores, incluso si son ya de por sí artificiales. A las dos semanas de haber tocado tierra, como Colón, aún no me había habituado al sabor del kétchup, y extraía los dichosos *pickles* cautelosamente de entre las lonchas de pan. Hacer desaparecer aquellos restos de comida fue un quebradero de cabeza hasta que le perdí el miedo al triturador del fregadero. En la cocina no había cubo de basura y el triturador me parecía un monstruo capaz de arrancarme los dedos.

Sin pautas horarias para comer, el objetivo era "matar el hambre". Cada quien pillaba lo que fuera de la nevera o bien salía del castillo a comprar algo que llevarse a la boca. Veinticuatro horas al día abierto, el Seven Eleven de la esquina proporcionaba *snacks* y bebidas. Nadie cocinaba en la casa, si bien en alguna ocasión para cenar se asaron patatas que untaban con mantequilla. Me impresionó ver una patata como Dios la trajo al mundo allí donde todo comestible, vegetal o animal, tenía forma de barquilla de aluminio o de barrita embolsada. En una ocasión se me agasajó con una tarta chata y rectangular ¡casera! Se notaba en la hechura desbaratada de los pisos. Sobre el glaseado azul de la capa superior aparecía mi nombre escrito con azúcar blanco. Estas obras de la pastelería doméstica se veían expuestas en diversos

escenarios; por ejemplo, en la trasera de la parroquia a la que acudía la familia los domingos. Los feligreses aportaban pasteles dulces o salados que la gente compartía de pie y charlando al terminar el oficio. Me gustaban esos momentos, que en España no existían. Aquí, tras la misa dominical la gente salía pitando cada quien a lo suyo. Allí, se vestían para la ocasión y permanecían largo rato de charla con los vecinos. La madre se rodeaba de los polluelos díscolos, que el domingo parecían angelitos de Dios. El padre en cambio se perdía estos eventos por tener que cumplir con el servicio de patrulla.

Había alguna tertulia en el porche delantero con gente del vecindario invitada exprofeso para conocer a la extranjera. Se acompañaban estos momentos con latas de Root Beer o zarzaparrilla y gigantes ruedas de pizza de masa gruesa. Las noches de pizza eran momentos de relajo y conversación. Ante la caja caliente de un metro de diámetro, los asistentes metían la mano, doblaban la porción y al coleto. Ni platos, ni servilletas ni cubiertos… Para qué. Al terminar la faena, los restos de cartón y latas vacías iban a una bolsa de plástico que se sacaba al cubo de la basura junto a la casa. En la calle de dos direcciones, característica del suburbio, y acotada por arces rojos y parcelas de césped sin obstáculos entre las propiedades, el camión de la basura operaba como un ciclón que levantara de golpe un estrato, el de la porquería que eran los desechos no orgánicos. Los estadounidenses serían derrochones en lo referente al consumo de todo a lo que no se le pudiera echar el diente, pero aprecié enseguida que, en materia de comestible, no desperdiciaban ni las raspas. Los chicos de la casa rebañaban —literalmente — el cartón de la pizza llevándose a la boca hasta las pelusas.

La relación con la comida de estos adolescentes, flacos o gordos, era caprichosa y gorrina. Tragaban a deshoras y a todas horas, mezclando dulce y salado. El mito del estadounidense llevándose siempre algo a la boca seguramente tiene hoy menos fundamento. En la época a la que aludo me sorprendió su capacidad para mascar comida sin dejar de hablar y gesticular, de caminar al trote engullendo y sin atragantarse, de entrar y salir de los comercios para comprar chucherías… ¡La gente se levantaba de la cama a comer de madrugada! Estas personas me parecían ejemplares de una especie en posesión de estómagos virtuosos e insaciables. A la larga, una mirada menos crítica me ha hecho entender, y apreciar, el valor que también puede aportar a nuestras vidas el afrontar la alimentación sin tanta trascendencia

como lo hacemos los mediterráneos. No cambiaría por nada del mundo nuestra cultura culinaria y costumbres a la hora de comer. Pero no pierdo de vista que, también en este capítulo de la vida, merece la pena experimentar cierta dejadez.

Al final de aquel verano mi cuerpo adolescente había estirado una miaja, un progreso enmascarado por el hecho de haber perdido el estilo nervudo de la figura y ganado una extraña lorza en la cintura. El consumo de frutas en esta casa y alrededores se limitaba a manzanas y pequeñas bayas. El agua del grifo para aplacar la sed no se estilaba, viéndome compelida —y por no hacerle un feo a la familia en las ocasiones en que compartíamos mesa— a ingerir, además del medio litro de Pepsi (más popular que la Coca-Cola en esa zona) que me escanciaban en el vaso (una jarra para mis estándares), sodas de sabor raro y leche entera, riquísima en sabor y proteínas, pero también en grasas. Me impactaba la sed infinita de esta gente, la gran ingesta de líquidos que hacían estos estadounidenses (grandes a lo alto y ancho), mensurable por el tamaño descomunal de vasos y envases. Nada de lo que hasta aquí refiero es ya una novedad, pero en esos años lo era y mucho. En las casas españolas ya estamos acostumbrados a los envases tamaño XL de las bebidas, y a los tazones con una capacidad de palangana. La medida de referencia para los líquidos en España a finales de los setenta era el litro. En nuestras casas peninsulares o isleñas se bebía en zuritos, que tanto servían para tomarse una caña de cerveza, un chato de vino, una infusión de manzanilla o un vasito de leche caliente. Los juegos de café de las mesas españolas de esa época parecen hoy ejemplares de casa de muñecas.

En cuanto llegaban a la adolescencia, los chavales de mi edad hacían trabajos a tiempo parcial, y a los dieciocho o veinte habían salido de casa, bien por voluntad propia, bien por el empujón que les daban los padres, como habían hecho los suyos con ellos. Menos en esta última cuestión —que me parecía admirable— noté que esta gente no era tan distinta a los españoles de quienes se decía estaban haciendo la Transición. Trabajadores, obreros más o menos cualificados, se ensimismaban en los asuntos del día a día y vivían sin mucha fe en que la política les arreglara la vida. Los empleados modernos exhibían las mismas taras y parecidas virtudes en todas partes. Estos vecinos necesitaban sus coches hasta para estornudar, por lo que vivían con desconsuelo el incremento del precio de los carburantes. Conducían aún coches americanos: mucha chapa y motores que consumían demasiados

galones de combustible, encarecido y en ciertos momentos incluso escaso. Habitaban suburbios próximos a Nueva York, que vivía posiblemente una de sus épocas más deprimentes: deslucida en su aspecto y vendida a la criminalidad callejera, además de a constructores sin escrúpulos como un joven Donald Trump. El fiscal Rudy Giuliani prometía meter en vereda al crimen organizado del Distrito Sur de la ciudad, pero los delitos de sangre tenían horrorizados a los padres, al punto de que, incluso en el pasotismo que caracterizaba a estas familias, prohibían a los hijos coger el tren para ir a Manhattan. En qué momento se me ocurriría comentar que yo en Madrid iba a mi aire. "¡Aquí, no!", me espetó la madre. Y ahí quedó la cosa.

Al llegar a la Costa Este tardé unos días en tolerar con resignación el calor húmedo propio del verano. Nada más entrar en la vivienda se me hizo el honor de instalarme en el cuarto de las chicas. Por más que indiqué con educada tenacidad que no me importaba compartir un rinconcillo en cualquier parte, fui conducida a la planta superior de la casa e introducida en una habitación de tamaño generoso —tres veces hubiera cabido mi cuarto madrileño—, decorada toda ella en un incalificable color rosa de la época. El cuarto estaba muy bien. Había una cama grande, un sofá y una cómoda; también un armario hermoso, liberado de achiperres para esta servidora, y hasta una ventana bajo el ángulo a dos aguas del tejado. Solo fui consciente de la faena que me habían hecho cuando aprecié que, sin aire acondicionado, la temperatura de la habitación hacía saltar el mercurio. El calor nunca me había amilanado: soportaba de maravilla las sobremesas a cuarenta grados en agosto tanto en la región de Madrid como en la costa. Ahora bien, una cosa era el calor seco de la meseta, incluso el húmedo del Mediterráneo, y otra bien diferente ese clima chino que te ahogaba. No soy capaz de dar con las cifras que certifiquen la altísima temperatura que padecí durante semanas instalada en la habitación rosa de las chicas, que se acomodaron, muy cucas ellas y junto con el resto de la familia, en los cuartos de la planta baja, toda ella bien surtida con aparatos de aire acondicionado. Imagino que la sonrisa que me regalaron al bajar de allí tras la primera noche iba cargada de sorna. Opté sin embargo por adoptar el modo impávido que había visto lucir a los ingleses cuando vienen mal dadas, velando los efectos del azogue en el rostro con una mueca beatífica e informando a mis anfitriones de que había dormido estupendamente. No les iba a dar, encima, una satisfacción. A fin de cuentas —pensé—, una española habituada a la asfixia estival con ayuda de una

sombra, agua de grifo y un abanico bien puede apañarse sin el aire acondicionado, al que por otra parte tampoco estaba hecha.

A mitad del verano me trasladé a otro pueblo y a otra casa, cuya familia era bastante diferente a la anterior. Se componía de un matrimonio que a mí me parecía ancianísimo, aunque ya se sabe que cuando uno es chaval hasta los jóvenes pueden parecerle mayores. Había también dos hijas: la mayor de en torno a los veinticinco años y la menor de unos dieciséis. La primera era menuda y flaca, y no parecía estar cualificada en nada. De día trabajaba en una gasolinera y por la noche iba a bailar *disco*. *Fiebre del sábado noche*, la película, hacía estragos entre la juventud más cañera, razón por la cual los padres más estrictos no dejaban que sus hijos fueran al cine a verla. Huelga decir que esta chica solo me llevó a contemplar las contorsiones de su adorado Tony Manero, y ya de paso me subió en su cacharro de coche para acercarnos a Búfalo y dar una vuelta por el Niágara. Hablaba poco y reía menos, pero era la bomba. Disfruté mucho de su trabajo como cicerone. Evité, eso sí, abonarme a sus consumos. Mi cuerpo ya estaba revenido con la dieta y no era cuestión de darle también a la botella y a otras cosas. La menor de las hermanas parecía más lista y era muy sociable, con un punto sibilino. Hablaba pronunciando las palabras con una lentitud asombrosa. A pesar de su edad, parecía muy mayor. Tenía el pelo muy claro, lacio y escaso, que enmarcaba un rostro mantecoso y unos ojos de un azul casi gris. A su edad ya mostraba una obesidad mórbida, que no dañaba lo más mínimo su autoestima. En lo referente a chicos, su historial de experiencia superaba de largo el de otras niñas de su edad. Con dieciséis años conducía, fumaba, bebía, mantenía relaciones sexuales y tenía lo que podríamos calificar como una vida casi independiente, muy plena, en cualquier caso. Sus padres estaban orgullosos de su autonomía.

La nueva casa resultaba más confortable. El padre era un hombre muy mayor, militar retirado, con todos los atributos característicos que se les supone a los de este grupo: ese tono de voz metálico y arrastrado, una jocosidad como de oficio, el gusto por los deportes nacionales, los perritos calientes y las barbacoas, además de la adhesión al club de los estadounidenses con armas en sus casas. En cada planta de la vivienda había un mueble bar donde no faltaba el *whisky*. La esposa, por su parte, podía haber salido en cualquier fotografía de *Life* de los años cincuenta: el pelo hueco, tieso y alto, las perlas decorando el cuello blanquísimo, la sonrisa

Colgate y los conjuntos de chaqueta y pantalón veraniegos en tonos crema. Me la imaginé recorriendo las bases europeas del brazo del marido. Como tantas amas de casa se movía en coche del hogar a la gasolinera, de la gasolinera a los almacenes, y de los almacenes a la iglesia. Veía la televisión plácidamente acomodada en un sillón anatómico mientras acariciaba la cabeza de un perro grande y baboso de mirada moribunda y orejas gachas. Con la mano libre bebía del vaso tubo en el que se había preparado una copa. La casa era ordenada y enmoquetada hasta en los baños. El padre movía el aspirador por los cuartos cada dos por tres, sacando las madejas de pelo que soltaba el anciano perro que hacía juego con la moqueta y, sobre todo, con sus amos.

Pasé de un piso superior ardiente a un sótano fresquito, que estaba perfectamente habilitado como una vivienda bis: con amplios sillones, un televisor, un baño y la imprescindible barra de bar. Si en la familia previa se bebía líquido embotellado a raudales, en esta además se ingería alcohol. Los cuatro miembros de la casa lo añadían a la Coca-Cola que consumían durante todo el día, y es verdad que hacía tanto calor que beber líquido era una urgencia, pero quizá los brebajes alcohólicos no resolvieran el problema de la sed. Aunque no había luz natural en el sótano, se estaba de maravilla; y como se dormía fresco, costaba mantener alejado al perrazo baboso de cuello bamboleante que, en cuanto veía ocasión, bajaba a refugiarse allí, impregnando el aire de ese olor a perro mojado que es mezcla de sudor y vejez y que —pensé— debía compartir con los dueños.

Visité varias ciudades de la Costa Este: unas, históricas y reverenciadas; otras, poblaciones costeras con un encanto atlántico y de casino, aunque en esos días estos pueblos no terminasen de levantar cabeza. Fui a la Gran Manzana y no me entusiasmó. Llovía con frecuencia, a cántaros, y no había marquesinas bajo las que resguardarse. Central Park estaba vetado si no se iba con escolta. Era realmente peligroso. La contaminación y los desechos urbanos afeaban la ciudad que nunca duerme. Las calles estaban atestadas de personas enfermas y que dormían al raso; también de los excesos de los ricachones que buscaban beneficios municipales para evitarse pagar impuestos a la ciudad cuando más los necesitaba. Las tiendas de magníficos escaparates lucían inaccesibles. Los neoyorquinos parecían relacionarse entre sí con nula afabilidad. Sufrían. Me gustó mucho Bryant Park, la Biblioteca Pública, el Flatiron, incluso el Grand Central, que no vivía sus

mejores momentos. Y pese al desorden urbano también el Down, por intuir quizá todo el poder evocador que aún no captaba. En conjunto, el Nueva York de Manhattan de finales de los setenta pecaba de desasosiego.

A mi regreso a España imaginé que nunca echaría de menos una gran urbe que sonaba tan desafinada. La ciudad más famosa del mundo era perturbadora por culpa del miedo que se tenía a sí misma. Sucedía en realidad que, como turista que era, no había visto de Nueva York sino la raspadura de una piel que, en esos años, lucía muy sucia y agrietada. Creí llevar razón al identificar mi percepción con la de *Poeta en Nueva York*, en mi maleta. Quién era yo para llevarle la contraria a Lorca. La Transición estaba recuperando al poeta granadino y, de paso, inventándolo al gusto del país. El Lorca de la Transición, sin matices, poco tiene que ver con el Lorca de la democracia. Me consta que por entonces *Poeta en Nueva York* no era un texto de masas, como tampoco lo es hoy, aunque ya sea un libro muy leído. Pero me regaló todas las frases que no encontraba para dar voz a mi experiencia. Hoy sigue gustándome mucho este libro, que he releído con la vista puesta en la ciudad de 1929, la que le da un sentido más veraz. Pese a ello, con el paso del tiempo ya no comparto las impresiones que inspiraron a Lorca, y tiendo a pensar que, de haber podido repetir visita, a él le hubiera pasado igual.

CAPÍTULO 14
AL RALENTÍ

Cuando descubrí que mi padre se había dejado barba en el mentón tomé conciencia de que, durante mi ausencia, tanto en casa como en España, se habían precipitado los cambios. El desatino estético de esta barba sin bigote, ajustada al borde de la barbilla, produjo en la adolescente que era el mismo latigazo de vergüenza ajena que cuando en una boda el tío X te levantaba de la mesa para sacarte a "mover el esqueleto". Los adolescentes abusan de la perplejidad cuando se trata de comportamientos ajenos, especialmente los de sus padres. Experimentar bochorno ante el aspecto o la actitud de un adulto indica que el adolescente se desprende del vínculo y el afecto hacia la persona por la que ahora sentimos una vergüenza innecesaria, en el deseo sincero de evitarle el escarnio público que imagina. En este caso, me había dado la vuelta y el rostro afeitado y bien conocido del padre me devolvía la imagen de un hombre extraño, que hubiera perdido el sentido del recato natural. La voz y el gesto no habían mutado, pero sí la persona agazapada tras ellos.

No había que ser muy espabilado para darse cuenta de que, lejos de la vista de los hijos, se operan en los padres esas crisis de madurez que, cuando creen haber tocado la cima e iniciado el descenso, les rompen la confianza en lo que son. Los aspectos renovados manifiestan arrebatos de rebeldía, son expresión de anarquías íntimas, domeñadas hasta ese momento por las bridas de la cultura formal y la inercia en la que se dejan ir los varones abrumados por la responsabilidad familiar. El pálpito de incomodidad que sienten los adolescentes ante el fenómeno descrito reconoce la fragilidad de los progenitores, cuyo trabajo —resuelto a su pesar— ha consistido en mantenerlos a salvo contra viento y marea. Cuando salí de viaje, mi padre era el de siempre: hacía tintinear los llaveros de la casa y el coche cada vez que los metía y sacaba del bolsillo del pantalón, y fumaba con fruición sus

cigarrillos rubios. Lo había hecho desde los doce años —tabaco negro en esa época— aplicándose a este hábito con la fanfarronería de un chaval. Ahora en cambio sostenía el cigarrillo encendido en el arco de los dedos índice y corazón, como si un sexto dedo le naciera de la mano derecha.

En esos días en España, decir adulto era muchas veces decir tabaco. Seguro que los chicos de la época compartimos la imagen de un padre meciéndonos con el pitillo colgando de la comisura de sus labios, o entreteniéndose con las frágiles torrecitas de ceniza que deshacían de un soplido seguido de una breve mueca de regocijo. El hecho de fumar hacía que nos fijásemos en las manos de los hombres, en el manejo de sus muñecas y dedos. Todos estos padres, largamente fumadores, tenían dedos finos o anchos, curtidos por el manejo de la pluma o de herramientas toscas, deformados en alguna falange, las uñas partidas y las yemas amarillas a cuenta de la nicotina, que les afectaba también la dentadura y la voz. En las casas había ceniceros que los fumadores trasladaban de un sitio a otro, apareciendo llenos de colillas en el borde de un lavabo, sobre la lavadora o encima del televisor. En la mía los había con publicidad de alguna marca de bebidas. Recuerdo uno con forma de tricornio y las palabras "Vermouth Cinzano". En las tiendas se obsequiaba a los clientes con cajitas de cerillas con publicidad de las marcas.

Los padres fumadores coleccionaban mecheros. Los apreciaban por sus diferentes mecanismos o la calidad de la pieza. Los había de plastiquillo y bañados en finas capas doradas, con impresión en las cachas. Mi maleta americana de vuelta incluía como regalo un Zippo plateado. Cada padre fumaba las marcas de su gusto. El mío era de Fortuna, Winston, Chesterfield, Lark, Marlboro, Lucky Strike, Rex… Solo si le faltaba una de estas tiraba de los Ducados. Con el tiempo se ciñó al Winston. Aunque lo intenté, cuando correspondió afanar cigarros y esconderse para fumarlos, este hábito no tuvo cabida en mi destino, y ello quizá por el empacho al que nos sometía el vicio de mi padre. Según entraba por la casa, era capaz de distinguir la marca que había estado fumando ese día.

El aderezo de la barba rara fue solo un elemento del disfraz adoptado. En lugar del cigarrillo que, cuando conducía, cogía mi padre con la mano izquierda apoyando el brazo en el quicio de la ventanilla, ahora sacaba del bolsillo de la camisa una pipa pequeña. Fumar en pipa, me explicó, limitaba el número de cigarrillos diarios. No era mal plan. Implicaba entretenerse en

cargar la pipa con picadura que aplastaba con un artilugio de metal o con el propio dedo pulgar. La pipa, que no acababa nunca de tirar bien, se le apagaba con frecuencia. Entre unas cosas y otras, fumaba menos. Esta manía de la pipa duró una temporada, la misma que la barba rara o las gafas de metal dorado que sustituyeron a las de pasta. Las antiguas debieron ir a parar al cajón de la mesilla, el lugar privado de los padres a la hora de guardar sus cosas. Las nuevas gafas, a la moda según él, le sentaban tirando a regular. Le comían media cara. A nuestros padres les iba de maravilla el viejo estilo Marcello Mastroianni: el traje ajustado y el pelo negro y domesticado con algún agua de colonia intensa. El estilo de los setenta en cambio les desmejoraba mucho. Los españoles que superaban los treinta y perdían pelo se dejaban crecer las guedejas en la nuca y las patillas, a resultas de lo cual adquirían un aspecto poco atildado.

El sobresalto por el cambio sufrido en el aspecto de mi padre se acompañaba además por la impresión frente a una realidad relegada. Cuando salí de Barajas a comienzos de verano, el aeropuerto me pareció un lugar importante. A la vuelta ya podía juzgar teniendo un elemento de comparación. Barajas, al lado del aeropuerto JFK de NY era una casa de muñecas con avioncitos de juguete. Algo similar me pasó con los coches. Me subí a nuestro Seat 124 rojo con asientos blancos de imitación cuero y motor 1430 caballos (esta precisión no era gratuita en esos años), coche amplio en el panorama nacional, sintiéndome atrapada por las chapas de la carrocería. Al 124 le sustituiría pronto otro Seat, un Ronda blanco con faros redondos, muy en la línea de la estética de los soldados de *La guerra de las galaxias*, que seguiría siendo un coche canijo. En conjunto, yo había hecho la adaptación americana con poco esfuerzo. Ahora en cambio experimentaba un desconcierto brutal al que no le encontraba sentido. Resulta obvio que la desazón tenía que ver en parte con el *jet lag*, pero no solo. Nadie me había preparado para deglutir el impacto de la distancia entre ambos mundos. Durante días se me enquistó un desasosiego perceptible en la cara y en un estado de ánimo irritable. Me refugié en el sueño fragmentado y la inapetencia, fomentada por un asco visceral hacia los olores domésticos. Con solo unas semanas lejos me fallaba la memoria de la paleta olfativa. El recuerdo de la del otro lado del Atlántico tampoco me avivaba el estado anímico. Percibía la lentitud del mundo alrededor y me impacientaba. La vida madrileña parecía varada. El paisaje era reseco, polvoriento (a Madrid

siempre le ha faltado el mar y le han sobrado escombreras). El canto de las chicharras ni era canto ni era nada.

Las imágenes en la televisión española, aún en blanco y negro, iban al ralentí. La publicidad, comparada con la americana, que cazaba al espectador en el momento más inopinado, entraba en imagen pidiendo permiso para materializarse. Las noticias salían despacito de la boca de bustos parlantes cuyo discurso, estrictamente pautado, soltaba letanías. Las avenidas de la ciudad eran angostos callejones; los parques amarillos, solaneras alfombradas de rastrojos. En la casa, que me pareciera un sueño de confort meses antes, los espacios se manifestaron como realmente eran: pequeños; los cajones y los armarios, diminutos. De la calle llegaban voces de personajes que bien podían haberla recorrido hacía un siglo: el afilador o el chatarrero. Los ritmos del vecindario seguían dependiendo de las compras al menudeo en los ultramarinos del barrio. No había supermercados cercanos ni comida fácil de preparar. Ni un solo *mall* —los almacenes del Instituto Nacional de Industria, más conocido como INI, no contaban— en la ciudad. Los refrescos se vendían en diminutas botellas de cristal. Aún no se veían latas de aluminio. En definitiva, España carecía de la cristianización estadounidense que sí habían tenido los países europeos. Mis ojos daban fe de lo que hasta la fecha era solo teoría: la prosperidad española estaba hecha de otra pasta.

Algo seguía sin cuadrar en este país, provocando en los más jóvenes ese pellizco de vergüenza ajena antes mencionado. La permanencia impertérrita del botellín de cristal frente a la moderna lata de aluminio daba la talla de la distancia a recorrer y aliento para querellarnos contra el orgullo huero del españolismo formal que, a la hora de la verdad, a los jóvenes no nos servía de gran cosa. Es cierto que no entendíamos España en sus méritos reales —los no publicitados— ni su complejidad, y que nos fijábamos sobre todo en lo que, siendo deleznable, no se esfumaba de golpe. Los jóvenes estábamos impacientes. El país hacía agua por mil agujeros, razón de más para que —a nuestro entender— antes de seguir vanagloriándose de sus excelencias naturales hiciera acto de contrición, poniéndose manos a la obra para merecer los galones de los que se ufanaba. Este sentimiento de autocrítica, lo supe después, formaba parte de la tradición regeneracionista. Sin llegar a entender los cambios extraordinarios que España estaba acometiendo ya, cabía pensar que un mal boleto de lotería nos había hecho acreedores de la nacionalidad de un país fallido. El hispanismo foráneo nos hablaba de la pifia

consustancial al ser español, una tesis que encandilaba a los más protestones, sin miedo a ser tachados de extranjerizantes.

Muchos adolescentes de la Transición nos hicimos fervientes europeístas, anotando en nuestras libretas los beneficios de ser Europa para hacer una España mejor. En el 77, a punto de estrenar constitución democrática, para la mayoría de los españoles Europa era una gigantesca incógnita de la que recelaban, mientras que quienes aún no votábamos, y hubiéramos querido hacerlo, sentíamos España como una olla a presión de la que era forzoso salir por pies para no reventar con ella. La metáfora de la olla no es baladí, pues en esos años, el nulo mantenimiento de las válvulas y gomas en estos cacharros de cocina provocaba accidentes domésticos. En mi casa sin ir más lejos hubo un lamentable episodio que llenó de lentejas resquicios de la cocina que ni siquiera sabíamos que existían. Incluso bajo las circunstancias poco glamurosas que acompañaban a Estados Unidos durante la presidencia de Carter, en plena crisis económica y de identidad como potencia, los Estados Unidos me habían hablado de casi todo lo que venía bien escuchar por entonces. El modo de vida no era allí mejor que en España, pero América (respetando el término que los estadounidenses usan para referirse a su país) tenía un sistema que abordaba los problemas sin el ánimo dubitativo con que se hacían las cosas en España, donde antes de abrir la ventana de un rellano era preciso convocar junta de vecinos, lo que ya de por sí anticipaba que la ventana no se abriría por la falta de acuerdo.

Al regresar, aprecié no obstante una transformación que me satisfizo. La mixtura de apariencias en la calle probaba que la gente jugaba ya, con indecisión de principiante, a trastornar sus hábitos. Como mi padre —y para muestra un botón—, los adultos se apuntaban a la idea de inspirarse en lo que mejor les cuadrara. Que les parecía moderno echar mano de un bolso de mano llamado "mariconera" donde descargar todo lo que los ajustados pantalones de caballero no dejaban meter en los bolsillos, sin peligro de que les estallasen las costuras, pues se compraban una. Fue una liberación para los señores el uso de este estuche que cogían como un libro y que, para que no se les cayera, podían sujetar a la muñeca con una pequeña correa. La mariconera, generalmente de piel falsa y oscura, resultaba por sus varios compartimentos un buen organizador. Al llegar el varón a casa se desprendía de ella sobre el aparador de la entrada o tirándola en el sofá, sin miedo a que en este gesto liberador se desperdigase el contenido. De una cartera de estas

no se escapaba ni el aire. A las esposas les parecía bien el chisme incluso si su apelativo —que decían con risa picarona— era poco varonil, pues evitaba el desorden que esparcían los maridos al entrar por la puerta, y del que decían estar hartas.

Los cambios de estilo ayudaban a aventar el panorama. Todos incurríamos en ellos. Las extravagancias setenteras —excesos en el color y las formas— estaban en retirada a finales de la década, avecinándose ya un estilo más contenido a juego con el thatcherismo europeo y el reaganismo americano, cuyo epítome fue la Lady Di infantil previa al matrimonio. En España, las chicas nos cortábamos el pelo y nos lo teñíamos cada dos por tres. Pero por mucho que decapases la melena al estilo —ya superado— de una Jane Fonda activista, las corazas de la mentalidad se resistían. Pasada la fiebre de la protesta antifranquista, la gente todavía agitaba los brazos gritando consignas que tenían aires de copla. El legado de los cantautores combativos seguía vivo en los mítines del 80. Los seguidores de estos autores se sabían los himnos antifranquistas, que entonaban como si Franco siguiera vivo. Los jóvenes adultos tenían miedo a perder las señas de identidad de la lucha que les había empoderado diez años atrás. A los de nuestra generación, que respetábamos las razones de las quejas antifranquistas entonadas, ya no nos conmovían. En mi caso, apreciaba a Joan Manuel Serrat, cuyo "Mediterráneo" se me quedó prendido del corazón desde niña y ya no lo abandonó. Pasaba olímpicamente sin embargo de la canción protesta. Se me hacía pesada y fuera de onda. En el 78 me compré un disco divino, *Sweet Baby James*, de un cantautor llamado James Taylor, en el que, letra al margen, se apreciaba la calidez de la música.

Como el país, que acabó por deshacerse de las excentricidades de la Transición, los padres terminaron por normalizar su aspecto aceptando el paso del tiempo y sus consecuencias. El mío se rasuró el mentón, dejó guardada en una lata la olorosa pipa que iba soltando virutas por toda la casa y retomó, lamentablemente, el consumo inmoderado de paquetes de rubio. Escamoteó a la vista las horrorosas gafas de metal dorado, se acicaló las guedejas del cuello, asumiendo que el pelo le había clareado en la zona de la coronilla. Fue de agradecer que nos evitara la etapa del tinte o la tentación del peluquín. Al igual que le sucedió a España tras unos años de frenesí, esta vuelta a la contención no devolvió a los padres las personas que habían sido antes de su crisis de edad. A los Seat 600 de cuando eran jóvenes les

quedaban dos telediarios en la calle, y las vías principales —de doble carril por sentido y con arcén— se poblaron de vehículos valientes y coloristas que renovaron y acrecentaron el parque automovilístico. Junto al Seat 127 de primeros de los setenta y al dos caballos, ya referido, podían verse utilitarios como el "cuatro latas", un Renault muy popular en el campo y la ciudad, pues servía tanto para viajar como para hacer recados. Las pequeñas empresas encontraron en el cuatro latas un valioso aliado. El Seat Panda, cuyos asientos se abatían, fue una aportación útil para los jóvenes de la época, con pocos lugares en los que tener intimidad. Muy elementales y duros, todavía se ven por carreteras secundarias algunas unidades de los ochenta.

Estábamos rebasando la adolescencia cuando Adolfo Suárez, el presidente, del que se decía que había cumplido con creces el encargo del rey —quedando por ello para el arrastre—, tomaba la iniciativa de abandonar la primera fila de la arena política, que bien ganado se lo tenía. Poco quedaba de su estilo pizpireto del 75 cinco años más tarde: la nariz más afilada y las ojeras negras hasta las mejillas. Era verle a la espalda el bulto que le había formado el peso de la historia y darnos una fatiga que para qué: "¡A este hombre le va a pasar algo! Pero, ingratitud sobre ingratitud, tampoco se le ayudó a hacer el tránsito honorable y sosegado hacia la memoria que sin duda merecía. En el 81 se nos vino encima el Tejerazo, el frustrado golpe de Estado que puso a los diputados del Congreso bajo los asientos de los escaños, dejó a Suárez tieso y lívido como un muerto, y a nosotros recluidos en las casas, pegaditos a la radio porque la tele fundió en negro. Hay glosas muy enjundiosas de cómo le pilló a cada cual aquel suceso espantoso del que hoy podemos hasta hacer mofa porque sabemos que salió mal, pero que a la hora de la verdad sentimos como un alud que se nos venía encima.

Quizá esto explique la apabullante alegría cuando llegó el 82, y con él la victoria en las urnas del Partido Socialista Obrero Español, resultado que atornillaba la silla de la democracia al suelo, para que ningún otro teniente coronel de la Guardia Civil tuviera la menor oportunidad de removerla. Asistí como un puntito dentro de la masa juvenil a la apoteósica salida de Felipe González y Alfonso Guerra a la ventana del Palace. Iban cogiditos de la mano, a proclamar lo que parecía una quimera: que los progres se hacían por fin con el Gobierno de España. En ese momento parecía que serían amigos de por vida, y mira luego. Pero, guiados por ellos, los españoles hicieron posible

que en poco más de un lustro tuviéramos escuelas, un sistema de sanidad universal, divorcio y hasta una ley que despenalizaba el aborto. España se quedó en la OTAN pese al disgusto que se llevaron los votantes de izquierdas, a quienes no tengo claro que la entrada en Europa les compensase tampoco este mal trago. Quizá por mi atlantismo inconsciente me pareció estupendo. También porque le veía la gracia a que mi país formase parte de todas las organizaciones internacionales posibles. Enseguida puse todo mi empeño en visitar el continente del que España aspiraba a ser parte, si no con voto, al menos con voz. Me encantaba cambiar divisas, comer alimentos extranjeros, las *baguettes* y los panes raros, el olor a hierba fresca, y hasta me emocionaban los cielos plomizos en verano. Los jóvenes tienden a sobrevalorar lo que no tienen. Cuando llegó el momento de ingresar en las Comunidades Europeas, Europa no nos llovió del cielo. Los españoles nos lo habíamos currado a conciencia. Habíamos remozado el país desde los cimientos hasta la fachada.

Con tanta reforma casi olvidamos de dónde veníamos, y pusimos parte de la memoria colectiva a dormir. Habiendo sido la Transición una época de espabilados, de listos en busca de atajos para sacar la cabeza del hoyo o beneficio de la confusión, los adolescentes creíamos en el valor de la prosperidad del grupo, simpatizábamos con la honestidad. Queríamos un país con “iguales” oportunidades para todos. Un país que no se pareciera al de nuestros padres ni por el forro. A falta de guías espirituales —que estaban ya demodé—, la dialéctica blanda aprendida en las universidades (dictada en muchos casos por profesores que se habían secularizado abrazando “la izquierda” como trasunto de su viejo alzacuellos) nos dio un bagaje de procedencia ilustrada con el que creer a pies juntillas en un mundo mejor y más justo; lo que venía a ser, sin tanta pompa, de raíz cristiana, pero de la honesta, es decir: social. A la luz de toda esta teoría nos echábamos al monte de la vida pública para “implementar” mejoras.

Quienes se quejan hoy de las medias tintas con que sus protagonistas cargamos la Transición no saben de qué hablan. Créanme y no se me ofendan. Tras años de teorización a propósito de las justicias transicionales, es normal que ahora se nos reproche a los jovencitos de entonces no habernos partido la cara por identificar y poner grilletes a los culpables del daño a nuestros mayores. Es cierto, no se hizo. Al pasado, que es siempre inasequible, no había por dónde cogerlo y, efectivamente, se miraba al frente con las

anteojeras de burro que usan quienes tienen prisa por abandonar un lugar baldío y donde el formidable peso de los muertos ha allanado la escena. En un lugar así, incluso si se pudiera, que no se puede, tampoco merece la pena vivir. De manera que reconocer que todo pasado cae por efecto de su propia naturaleza (el ex-*beatle* George Harrison nos lo cantaba a comienzos de la década en un álbum titulado *All things must pass*: todas las cosas deben pasar) nos alentaba a seguir adelante. La tarea en esos días consistía en abrir caminos para orientar acciones. Y en esto, no se daba abasto. Cierto que el franquismo se iba de rositas (eso lo veíamos hasta los chavales) y que nadie estaba dando cuentas a propósito de los ajusticiados sin ton ni son, de los desaparecidos o de la hambruna con que el régimen crio a miles de niñas que fueron luego las madres anémicas que nos dieron a luz. Tampoco se rendían explicaciones sobre la violencia silente que espoleó durante décadas a una sociedad, la española, cohibida pero enferma de inquina. El olvido de lo concreto no resta fuerza a la memoria de lo que no lo es.

Como el mal no suele echarse a dormir ni cuando cae la noche, el presente de los setenta nos dejaba muertos diarios en la orilla: un goteo insufrible de víctimas del terrorismo, que no fueron pocas ni, para nosotros, de menor relieve que las de la represión franquista. Bajo la presión de este tipo de experiencia, quién no es capaz de perdonarse extravíos de la memoria. Con que cada tiempo se reconozca en sus males y en sus desgracias ya se tiene bastante. No olvidábamos a los abuelos, deshonrados y muertos de mala manera antes y después del 39. Pero, como el presente no era elástico, tampoco podíamos sufrirles con la intensidad que nos exigió después, en el nuevo siglo, una revisión de la Transición —a mi juicio— ramplona, porque saberse la Transición es relativamente fácil, pero cosa bien distinta es comprenderla. Evitando quitar yerro a cualquier forma de iniquidad, la vida, que nunca resulta como la queremos, es elección, y la Transición eligió decantarse —sabedora de que se la juzgaría por omisión y desacierto— por el mañana. Como imagen, me sirve la de una oleada de migrantes que atraviesan accidentes geográficos extremos para llegar, el mayor número posible de ellos, a un lugar seguro. Azuzados por la prisa y las condiciones del camino, casi no tienen oportunidad de dar sepultura a los que se van quedando en él. España debía coger velocidad para no sucumbir a una involución. Detenerse para desplegar la justicia y la reparación era arriesgarse a embarrancar, a dejarnos a todos en tierra de nadie. Se tiraba con

atolondramiento, pero con ahínco, de este sujeto aturdido que era España, con la esperanza puesta en poder sacarla cuanto antes de aguas fangosas. Acelerábamos sin mirar hacia atrás, pero con la cautela que exigía no desmembrar el cuerpo apresado en el limo.

El carácter de los jóvenes en Transición descubría los vicios legados de un pasado inevitable, pues de otro modo, ¿de qué serviría el ayer? La única heroicidad en este episodio fue la tenacidad que pusieron en él los actores bienintencionados. Quienes nacimos en los sesenta lo fuimos solo de refilón: no teníamos edad para protagonizar los hechos centrales de la Transición. Nos tocó en suerte el papel de actor secundario en un tiempo tan hormonal como nosotros mismos, una época en la que cuando te regalaban un macuto, recibías una mochila, y cuando te indicaban lo bien que te sentaba a la cara un jersey colorado, veías reflejarse en el espejo el rojo que en la infancia nos conminaban a no mentar.

Índice

ESPAÑA EN UN DOS CABALLOS

ADOLESCENTES Y TRANSICIÓN

MONTSERRAT HUGUET

